
PRUÉBAME
Y SEDÚCEME
L.M.R BELLO

PRUÉBAME
Y SEDÚCEME

L.MR BELLO

© 2026 L.M.R BELLO

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa por escrito del titular de los derechos de autor.

Esta obra es ficción. Los nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Primera edición: Agosto, 2026
ISBN: 9798193906919

Diseño de portada : Haneul_sok
Maquetación: Cherlys CM (bookdesign_)
Corrección: William Invernoz
PRUÉBAME Y SEDÚCEME

Para el hombre que supo leer mi incómodo silencio
y sanó mis heridas antes de poseer mi piel.

Te amaré por siempre, en esta vida y en la que
sigue.

Pruébame y Sedúceme contiene escenas sexuales y lenguaje verbal explícito que pueden resultar inapropiados para ciertos lectores.

Solo para público +18

Pero, si te gusta echarle un poco de picante a la vida(tanto como a mí), pasa la página.

Playlist

Photograph—Ed Sheeran
I see red—Everybody Loves And Outlaw
On My Way—Alan Walker, Sabrina Carpenter ft Farruko
Mind—Aj Mitchell
Tu Vuo´Fa ´l´americano—Renato Carosone
Until I Found You—Stephen Sanchez
Turning Page—Sleeping At Last
You Are The Reason—Calum Scott
Yellow—ColdPlay
Can`t Help Falling in Love—Elvis Presley
Before You Go—Lewis Capaldi
Another Love—Tom Odell
Home—Edith Whiskers
Better Together—Jack Johnson
Daylight—David Kushner

Capítulo 1

¿Te has detenido alguna vez a pensar qué es el amor? ¿Y si este puede prevalecer ante todo?

Porque yo sí.

Los años siguen pasando y la pregunta aún permanece en mi cabeza. Trato de no darle tantas vueltas y dejar que esa duda muera, pero cuando creo que está por desaparecer, emerge otra.

¿Es el amor lo único que nos mueve en la vida? ¿Cuánto serías capaz de arriesgar por amor?

En esta ocasión, y con desgracia, no tengo la respuesta.

Mi vida entera gira en torno a la cocina y, en especial, a Monroe. Un pequeño restaurante que está muy lejos de rozar lo extravagante. A pesar de ello, tener tan cerca las vistas de los jardines de Florencia, Italia, lo hace perfecto. Al menos para mí. Es de esos lugares donde puedes pasar una tarde completa acompañada de un café y un buen libro. ¿Y qué es mejor que una bebida caliente y una lectura divertida?

A mis treinta y dos años, aquella es una de mis actividades. Soy la chef «diamante en bruto» de la que todo el mundo llevaba unos años hablando. Estoy fascinada y, aun con cierto tiempo, no puedo creer que mi talento es reconocido en el lugar que tanto había amado desde niña y, sobre todo, en mi país.

Aunque no todo es color de rosa, más bien gris.

Un gris opaco y espeso.

El tiempo es escaso y paso mis pocos minutos libres perfeccionando otras técnicas. Por eso, mi vida amorosa permanece encerrada en un cajón, casi en el olvido. No recuerdo con exactitud la última vez que intenté salir con un chico. De primeras, conocerlo

mediante una app de citas no había ayudado mucho, y en segundo lugar…

El asco que había experimentado al sentir sus jodidas manos sudadas en mi pecho. Una bofetada y una maldición de mi parte había sido su recompensa antes de salir de su coche.

No tengo suerte. O quizá soy demasiado mojigata.

¿Acaso seré la única mujer del planeta que cree que en la primera cita es imposible el sexo? ¿Estoy tan chapada a la antigua? ¿Será locura?

No me importa demasiado lo que piensen de mí. Nadie se muere por no tener sexo y estar soltera. Y si la única forma de sentirme segura es junto a alguien, entonces hay un gran problema.

—Giovanna, te llama la Señora Monroe.

Me detengo al escuchar la voz de Rodolfo, uno de mis compañeros de cocina y buen amigo. Lleva el mismo tiempo que yo en estas cocinas y nos complementamos a la perfección. Rodolfo es discreto, y aunque su expresión no me dijera nada en particular, el simple hecho de que la jefa solicite mi presencia de un momento a otro no me da buena espina.

—Hazte cargo de la cocina mientras no estoy, por favor.

Rodolfo asiente y no pierdo más tiempo. Salgo de la cocina y camino por el pasillo en dirección contraria al salón. La puerta de madera del despacho de la Señora Monroe tiene una frase peculiar grabada que, cada vez que la veo, me es inevitable no pensar en ella.

«Soy feliz porque cada una de mis imperfecciones me hace más humana».

Katherine Monroe no es amante de la poesía. La conozco demasiado bien para saberlo. Pasar tantos años juntas ha reforzado una relación especial. Es el tipo de persona que con solo una palabra u oración puede hacerte ver la vida de manera diferente. Quizá por los años o porque sabe qué decir en el momento correcto.

Doy dos pequeños toques en la puerta antes de entrar y sentarme en una de las sillas de la oficina. Solo puedo describirla con dos palabras: delicadeza y perfección. Las paredes de madera y un par de muebles forrados con una tela aterciopelada de tonos

neutros conforman un ambiente del que no logro decir con exactitud qué es lo que más me gusta o por qué llama tanto mi atención.

—Te preguntarás por qué te hice llamar el día de hoy, pequeña florecilla.

Katherine roza los ochenta y seis años de edad, y a pesar de tener una enfermedad que hasta ahora ha sido compleja de curar, siempre lleva consigo una sonrisa en el rostro. Su piel pálida cubierta por un mar de pecas en sus mejillas me cautiva, sin mencionar el par de ojos verde claro.

La mujer frente a mí es como una segunda madre.

—Pues me conoce. No puedo mentir. —Sonrío mientras me cruzo de brazos—. No recuerdo haber hecho algo indebido, por lo que estoy muy intrigada por este llamado.

Katherine suelta una carcajada y se remueve en su asiento. En ese instante, lo único que nos separa es su escritorio.

—Florecilla, sabes que no hace falta tratarme de usted. Pero tu carácter, querida… —Apoya sus manos en el apoyabrazos de su asiento—. Eres testaruda, pero buena persona y eso se ve reflejado en los clientes. Nunca podrás decepcionarme. ¡Mira lo bien que nos ha ido!

Vuelvo a sonreír, recordando el día en que conocí a Katherine. Antes de ser chef en su restaurante, me ganaba la vida como mesera en uno de los pequeños bares a una cuadra de casa. Por cosas del destino, el encargado de la cocina había faltado por temas de salud y yo no desaproveché la oportunidad de entrar a la cocina. Ella había ido a ese bar.

Pero, a pesar de eso, algo no me cierra.

Frunzo el ceño y fijo mis ojos en sus manos.

—No me llamó sólo para decirme todo eso, ¿cierto?

La risa corta que suelta se pasea por mis oídos.

—No, sabes que no —hace un breve movimiento con su mano y abre una de las gavetas del escritorio—. Los últimos meses fueron complicados, pero cuando recibí esto, creí que era bueno mostrártelo. Hace unos días llegó un informe, pero no uno cualquiera. Al parecer un crítico importante vendrá al restaurante dentro de pocos días. Pero a diferencia de los críticos anteriores,

este hizo una petición por ser nuevo en la ciudad. ¿No crees que somos afortunados? Está haciendo una guía gastronómica y requiere de alguien que le muestre la ciudad, claro, mientras nos evalúa. —La veo esperar varios segundos antes de continuar—. Y tú eres la indicada.

¿He escuchado bien?

¿Un crítico y una guía gastronómica?

—No entiendo —espeto—. ¿Está diciendo que deje de desempeñar mi trabajo en la cocina para ayudar a este crítico? En tal caso, ¿no sería apropiado que usted lo haga al ser la dueña de *Monroe*? No es por discrepar, pero sabe que las últimas semanas hemos tenido pocos clientes, tenemos mucho trabajo por hacer. Sin contar que no hay suficientes reemplazos en la cocina como para faltar.

El restaurante que alguna vez había llenado filas hasta albergar a cientos de comensales, a duras penas llega a finales de mes para pagar las cuentas. Por ello, la temporada alta termina siendo nuestra única salvación, lo que supone quedarme hasta tarde para dejar todo perfecto.

—Ya quisiera hacerlo yo, pequeña florecilla. Pero sabes que debo viajar por temas de salud, los pulmones de esta vieja ya no funcionan del todo bien. En cuanto a los cocineros, no te preocupes, sé la capacidad de cada uno de ustedes y sé que podrán hacerlo. Que tú podrás hacerlo. —Suelta un suspiro, reclinando su cuerpo en el asiento—. No te preocupes de más, Giovanna. Si me permites darte un consejo, no dejes que el trabajo absorba la mayor parte de tu vida. Mírame. Desperdicié mi juventud y ahora pago el precio. No tardaré demasiado y, cualquier cosa que pase, sabes que puedes llamarme.

¿Qué puedo objetar a ello? ¿Cómo negarme cuando sé lo que significa? ¿Desechar una oportunidad? No lo haría. Por eso, horas más tarde, cuando el calor del fuego hace que olvide por segundos aquella sensación de tensión en mi cuerpo, respiro con tranquilidad. Todo se complica y solo debo prepararme para lo que sea.

Debo luchar con la misma fuerza de estos años, y no rendirme. No es la primera vez que un crítico cruzaba las puertas del Monroe.

—Ahora que lo pienso, no me dijo su nombre.

Muerdo mis labios con suavidad antes de darle un último vistazo al plato, esperando a que el mesero se lo lleve*. No debo preocuparme, claro que no debo hacerlo.* Todo está en completa normalidad aún. Estoy en la cocina, en el sitio con el que había soñado desde pequeña.

Y mientras estuviera ahí, nadie podría echarlo a perder.

Capítulo 2

La mañana siguiente me levanto con la misma sensación incómoda en todo el cuerpo. Trato de llegar a la conclusión de que son los nervios por lo que pudiera pasar en los próximos días. En especial, en este. La Señora Monroe se había ido sin darme muchos detalles, solo la hora aproximada en la que el crítico debería estar llegando al restaurante.

Nada más.

Me hallo expectante, y no me gusta nada que no esté bajo un mínimo porcentaje de control. Este sentimiento me recuerda a varios años atrás, cuando no tenía idea de mi pasión por la gastronomía. Era la chica sin amigos a la que pasaban por alto. Siempre fui callada, y eso parecía molestar. Al final de cada clase iba hacia un costado del patio central del instituto, donde nadie pudiera verme. Casi como un fantasma, no intervenía en los debates y repelía a cualquier persona que se me acercara.

Lastimosamente, no era un fantasma.

Los apodos despreciables dirigidos a mí comenzaron a correr por el instituto, uno peor que otro, y con el tiempo empecé a creerlos. Me mantuve callada, sin hablar con mi madre o alguien que pudiera ayudarme. Soporté las burlas hasta que estas se volvieron parte de mi rutina diaria. Los insultos ya no me hacían daño. Ya no pasaba las noches llorando en silencio para no alertar a mi madre; solo acepté que no había forma de cambiar aquello y que las cosas que me decían no me definían en lo más mínimo.

Cuando por fin terminó la secundaria, el alivio y el miedo fueron lo primero que sentí. Podía respirar con calma sin detenerme a escuchar lo que dijeran de mí a un costado. Pero a pesar de decir

que todo estaba bien, las marcas y viejas lastimaduras seguían presentes en mis hombros.

No todas las heridas deben ser visibles para ser dolorosas. Y las mías me estaban matando a fuego lento.

«Depresión».

Recuerdo las lágrimas de mi madre al escuchar las palabras del médico, y desde ese día no ha dejado de culparse por mi sufrimiento.

Yo pienso todo lo contrario.

Mi madre es la mejor madre de todas. Se había hecho cargo sola de su bebé y sin ninguna clase de ayuda. Juntas, habíamos logrado remendar nuestras heridas, aunque cada una de ellas fuera diferente. Con los años y al entender que nada de lo que había pasado era mi culpa, volví a tener una vida normal sin malos pensamientos. Recuperé la fuerza que había perdido todos esos años, y me obligué a entender que el odio que aquellos habían profesado hacia mí no era más que el reflejo que tenían de ellos mismos: que alguien feliz no hace el mal.

Faltando treinta minutos para ir al trabajo, me dispongo a salir de casa. Me freno en la nueva cafetería que abre unas cuadras adelante y me siento en una de las mesas. Al llevar la taza a mi boca y probar el café casi gimo de gusto. Tengo como costumbre probar productos diferentes, adoro conocer sabores nuevos y deleitarme con ellos, aunque nada puede compararse con el café de Colombia y ese sabor intenso y persistente que no desaparece incluso después del primer sorbo. Eso, sumando la dulzura del azúcar de coco, es como tomar un café caído del mismísimo cielo.

—Muchas gracias, quédese con el cambio.

Me despido para salir con rapidez. Detesto llegar tarde, incluso cuando yo soy quien abre el restaurante. Mientras camino hacia la cocina, no dejo de pensar en los platillos que podría presentar. *Joder*. No sé nada de él o de ella; desconozco sus gustos y hasta los mínimos detalles necesarios para no echarlo todo a perder.

—Tendré que cocinar para un fantasma.

Suelto una carcajada. Haría lo que fuera para que se marchara con una sonrisa en los labios.

∞∞∞

El restaurante está lleno, lo cual es bueno. No sucede muy seguido y debemos aprovechar todas y cada una de las comandas. Para mi desgracia, los intentos por entrar a la cocina se ven frustrados por la orden directa de Katherine. El mando de la cocina quedó en manos de Rodolfo, y yo tengo prohibida la entrada, al menos hasta que llegue aquel ser. Suspiré. Lo único que me tranquiliza es saber que cada plato estará bajo buen escrutinio.

Suelto un bufido ante la idea de no estar en las preparaciones.

¿Acaso no tengo que impresionar al crítico? ¿Entonces por qué carajos estoy sirviendo tragos en la barra? ¿Quién demonios bebería tan temprano?

Pero esto último se debe a un problema aparte. Y ahora que no contamos con el personal suficiente, debemos turnarnos para realizar otras tareas. Estamos acostumbrados, así que no es tan difícil. Kevin, uno de los cocineros auxiliares, ahora hace el papel de mesero. Al verlo pasar por mi lado, me sonríe y luego niega con la cabeza. Le había pedido encarecidamente que me avisara en cuanto llegara el crítico. Pasa de largo y yo cierro los ojos durante unos segundos ante los murmullos de las familias, con un suave jazz de fondo.

—Un Martini doble, por favor.

La voz me saca de mis pensamientos. No supe cuánto tiempo llevaba ahí, pero por la expresión en el rostro del hombre, no parece importarle. Tomo todo lo necesario para el trago y me pongo en marcha, sin dejar de echarle un vistazo mientras coloco su bebida frente a él.

Es rubio, lleva el cabello prolijamente recortado y con una presencia elegante e imponente. He conocido a varios hombres como él y todos parecían llamar mi atención con el único objetivo de llevarme a la cama.

Retomo mi postura y siento el peso de su mirada sobre mí. Comienza a molestarme, sin dudas. ¿Por qué no aparta sus ojos?

¿Llevo ropa demasiado sencilla?

Vamos, que no es nada del otro mundo.

Visto unos pantalones negros a medida con una camisa de botones blanca con el logo de Monroe a un costado. Al igual que mi atuendo, el maquillaje es algo que uso poco —rozando la nada misma—, por lo que sólo llevo puesto algo de colorete en las mejillas, máscara de pestañas y labial rojo.

¿Entonces, por qué no deja de mirarme de forma tan abrasadora?

Suspiro para decirme a mí misma que estoy exagerando, que no hay nada en mí como para interesarse y que seguramente estará pensando en algo más mientras mira en mi dirección. Minutos después, y luego de atender a varios clientes, aún soy capaz de sentir el peso de esos ojos verdes. El tipo sigue ahí, sin moverse.

—¿Quiere otro trago? —pregunto al asomarme.

Una sonrisa se dibuja en su rostro antes de negar con la cabeza.

—No es necesario, ya debo irme.

Bueno, ya no estará cerca, pienso.

Pero para mi sorpresa, en vez de irse sin mirar atrás y dejarme respirar por primera vez desde que percibo su presencia, saca su cartera y de esta, un billete de cien dólares.

—Lo siento, pero no puedo aceptar eso.

—Tómalo como una propina de un cliente que ha quedado feliz por el servicio. —Me acerca el dinero—. De todas maneras, volveré más tarde. Así que podría tomar otra copa como forma de cambio. ¿Qué le parece, señorita...?

Habría sido tan fácil negarse, decirle que puede tomar su billete y guardarlo donde no le entre el sol. Que no me apetece beber siquiera agua con él…

Pero ¿a quién engaño? No soy tan borde.

—Está bien. —Sus ojos brillan mientras espera mi respuesta—. Gracias por la propina.

—Hasta dentro de poco, entonces.

No es hasta que cruza la puerta del restaurante que siento que vuelvo a respirar. Me pongo pálida a los segundos. ¿Acabo de aceptar beber con un jodido desconocido? ¿Pero qué carajos tengo

en la cabeza? Bufo al mismo tiempo en que mis ojos se posan en el billete de cien dólares.

¿Propina? ¿Otro trago?

Camino hasta llegar al bote de propinas y dejo caer el billete dentro. Me dispongo a relajar mi rostro al notar que sigo frunciendo el ceño. Después de todo, ¿qué tenía de extraordinario aceptar un trago?

Es eso.

Un trago.

Solo un jodido trago.

Me repito esas palabras en lo que intento recuperar la calma, antes de volver toda mi atención a la voz del hombre mayor frente a mí que insiste en que le prepare un mojito.

Capítulo 3

El turno está por terminar y no hubo rastro alguno del crítico. Luego de cerrar la barra y tomarme un pequeño descanso, decido preguntarle a Kevin de nuevo si sabe algo. Para mi suerte, todas y cada una de sus respuestas fueron negativas.

¿Qué clase de profesional se ausenta de tal manera?

Quienquiera que sea, el mejor o peor crítico de todos los tiempos, me deja en claro que la puntualidad no es parte de sus habilidades. Aunque, en realidad, mi enfado no se debe a su poco compromiso, sino al hecho de quedarme fuera de la cocina todo un día por él. Había perdido tiempo valioso sin apartar los ojos de la puerta principal.

Fue ridículo y agobiante.

Ring, ring.

Saco el móvil de mis pantalones y sonrío al ver el nombre de mi madre. Deslizo el dedo por la pantalla antes de llevarlo a mi oreja. Mi madre no está tan lejos de casa, por lo que la visito seguido. Al ser hija única, tenemos una relación muy unida. Incluso a través del teléfono, presiento lo que está haciendo.

Mermelada de fresas.

Mi favorita.

En la última visita, una semana atrás, me había dado unas cuantas, pero ya no me quedaba ninguna.

—Mamá.

—Gio, hija. ¿Cómo va el trabajo?

Suelto un suspiro para apoyarme en la pared al lado de la entrada de la cocina. Miro el reloj colgado en la esquina de nuevo. Cincuenta minutos para terminar el turno.

—Todo está bien.

Al otro lado, parece escucharse el sonido de una batidora. No obstante, no es suficiente para apartar los miles de pensamientos intrusivos en mi cabeza.

—¿Segura? Sabes que puedes hablarme de todo, soy tu madre.

Esbozo una sonrisa, ligeramente conmovida.

—Lo sé.

Fiorella, mi madre, había quedado embarazada a la edad de dieciséis años. Tanto ella como mi padre tenían la misma edad, jóvenes e inexpertos, por esa misma razón ninguna de las familias había tomado la situación con agrado. La familia de mi madre era siciliana y muy tradicional, quizá demasiado. Y al ver que su hija había quedado en cinta de un cabrón que no dudó en dejarla sola al saber de mi existencia, no tuvieron otra brillante idea que tirarla de patas a la calle. Todo esto con la única excusa de que no podían permitirse ser la burla del pueblo.

Fue así como sola y sin ningún tipo de contacto, mi madre decidió irse de Sicilia y comenzar a trabajar en una lavandería a tiempo completo, aguantando con fuerza los mareos y horas de cansancio solo para que yo estuviera bien. Con el paso del tiempo, logró hacerse de una casa con el sudor de su frente. No tengo recuerdo alguno de mi padre o abuelos y, aunque cada vez que podía daba a conocer mi aversión por ellos, mi madre solía recordarme que no debía ser rencorosa.

¿Cómo podía seguir siendo bondadosa luego de todo lo que había pasado? ¿Cómo su corazón no se ha envenenado por todo el sufrimiento?

—Recién terminé un par de mermeladas, esta vez le agregué un ingrediente nuevo que creo que te gustará.

—En mi defensa, sabes que me gusta todo lo que cocinas.

Cierro los ojos y dejo que la voz de mi madre me aleje de todas las preocupaciones. ¿Hace cuánto que no tomo unas vacaciones? Tal vez, luego de salir de esa visita y del regreso de Katherine, deba pedir una semana o quizás un mes de licencia. *¿Qué le agradaría más a mamá, la playa o la montaña?* Había escuchado maravillas de

las playas de América Latina. Sí, no es mala idea. Un viaje donde solo estemos nosotras dos.

Cuando vuelvo a abrirlos, siento una presencia a mi lado. Rodolfo me mira con una sonrisa y de la nada, asiente.

¿Es lo que creo? ¿Acaso...? Arrugo mi entrecejo y llevo mis ojos al reloj.

¿Cómo…?

—El crítico ha llegado.

Mi corazón comienza a latir con fuerza, y respiro antes de hablar nuevamente.

—Te llamo luego mamá, te amo. Voy a colgar.

Tomo el delantal de cocina que me acerca mi compañero y sonrío al entrar a la cocina.

Elaborar comidas sin conocer los gustos de alguien era difícil, pero no imposible. En cuanto la lámina delgada de maíz dulce rellena de queso y cerdo sutilmente frito está lista, toco la campana para anunciar que el plato puede salir. La cara de todos me dice que es irreal que esa sea una entrada, que es demasiado fuerte para empezar.

Yo me limito a permanecer callada y seguir en lo mío.

A simple vista puede parecer algo arriesgado, pero confío en mi instinto.

Kevin se lleva el plato segundos después, y todos permanecen expectantes sin dejar de mirar a la puerta ni un solo instante. El reloj avanza cada vez más.

Es la primera puntuación. Lo que suceda con aquel plato marcará una diferencia a lo que nos espera los siguientes días. Transcurren quince minutos casi eternos en los que veo pasar a nuestro camarero por la puerta.

—Le ha gustado.

Hay un segundo cargado de silencio, suficiente para que todos dejen de respirar. Rodolfo suspira un *«lo sabía»* en voz baja y Marco, otro chef de mi área, da un golpecito sobre la mesada. Siento una sonrisa queriendo escaparse, pero me obligo a mantener el gesto neutro.

Es solo una entrada, no una estrella ni una puntuación.

Kevin continúa de pie junto a la puerta con una expresión extraña, de esas que salen a la luz cuando aún falta algo por saber. O por decir.

—¿Y?

Parpadea como si recién recordara que debía seguir hablando.

—Quiere conocer al chef.

El ruido de la cocina se apaga en un abrir y cerrar de ojos. Incluso Rodolfo deja de moverse y todos se giran hacia mí.

—¿Al chef? ¿Sólo por una entrada? —bufo sin muchos ánimos.

El muchacho asiente, juntando los labios.

—Preguntó quién preparó el plato, y que quería verlo.

Miro alrededor a la espera de que alguien diga que era una broma, que se sumen a lo que imagino. Nadie emite ni medio sonido, nada.

—Vamos, debes ir, Gio —alienta Rodolfo, apoyando su mano en mi espalda—. No creo que sea bueno hacerlo esperar. No te preocupes, la cocina seguirá intacta.

Le lanzo una mirada, dejo ir una bocanada de aire, me quito el delantal y doy una rápida pasada a mi uniforme en busca de manchas. Nada grave, solo una pequeña mancha cerca de la cintura. Decido salir de la habitación acompañada de Kevin, quien camina a mi lado hasta detenernos por unos segundos en el límite que separa la cocina del salón principal.

—No estés nerviosa.

—No lo estoy.

El camarero me dedica una sonrisa, y en cuanto nuestros pies pisan el suelo de la sala, recorro las mesas vacías hasta llegar a la única ocupada de al fondo. Respiro para sentir una opresión en el pecho. Comienzo a rezar para que mi estómago permanezca tranquilo como hasta entonces, y para que mi lengua afilada no cometa ningún error. Tengo la misma cantidad de disgusto y nervios en el cuerpo, pero quien me viera no se daría cuenta.

No es para tanto, me recuerdo a mí misma.

Después de tantas horas esperando, creía que me encontraría con un señor de sesenta años vestido de traje gris con cara de pocos amigos y una libreta llena de críticas tan destructivas como su propia

alma. Similares a los que habían llegado alguna vez, y quienes no hacían más que responder en monosílabos. Por esa razón, trato de que mi mirada no caiga en él desde el principio, pero mientras me acerco me doy cuenta de que estoy pensando mal.

No es un hombre mayor, ni lleva libreta y ni unos sombríos ojos con la intención de parecer el peor de todos. Está sentado con una tranquilidad absurda, mirando alrededor como si tuviera todo el tiempo del mundo. Camisa blanca, mangas remangadas hasta los antebrazos y una muñeca adornada por un reloj.

De inmediato, siento una punzada de irritación recorrer mi cuerpo, al mismo tiempo en que nuestros ojos se encuentran. Conozco de primera mano esa sensación de horas atrás.

—Señor, le presento a la creadora de este plato, nuestra chef.

Me observa un segundo más antes de asentir. Kevin me hace una seña con los ojos justo antes de marcharse más rápido de lo que esperaba.

Tiene que ser una jodida broma.

¿Él? ¿En serio? ¿Por qué…?

—Así que eres tú.

Su voz sigue igual de tranquila.

—¿Disculpe?

Me hago la tonta, y una sonrisa aparece en la esquina de su boca, como si acabara de confirmar su teoría.

—Con que la persona que hará que cambie de opinión sobre este restaurante serás tú. —Sus ojos verdes sostienen mi mirada pocos segundos, luego baja hasta mi delantal antes de extender su mano hacia mí—. Chef Giovanna Greco.

Giovanna Greco.

Mi nombre sale de sus labios con ligereza. Me lo pienso varios segundos antes de estrechar su mano. Trato de no pensar demasiado. Su mano está tibia, muy al contrario del apretón firme que le proporciono. Aunque parece devolverme el golpe y tarda medio segundo más de lo necesario en soltarme.

—Lorenzo Moretti. —Frunzo el ceño y él parece divertirse por mi reacción—. Ese es mi nombre. —Lo veo, en silencio, hacer una

pausa y mirar hacia el lugar de donde Kevin y yo habíamos salido para luego volver a mí—. Tengo algunas preguntas sobre este plato.

—Lo que quiera saber, estoy aquí para aclarar sus dudas.

Sonrío.

Eso es, Giovanna. Sé educada y profesional. Como si no lo recordaras de hace pocas horas atrás.

Lorenzo asiente y cruza sus manos.

—¿Por qué esto?

Parpadea sin comprender.

—¿Disculpe?

Él señala el plato con su dedo.

—Maíz dulce, queso y cerdo. —Su tono cambia, y aunque aquella pregunta puede rozar a la crítica, noto los atisbos mínimos de curiosidad—. ¿No le parece mucho para una entrada? ¿Qué le hizo tomar esta elección?

Pienso unos segundos antes de responder. El crítico tiene todo el derecho de juzgarme. Si llego a decir algo fuera de lugar, será mi condena.

Llevo mis manos tras la espalda.

Sus preguntas no me incomodan, si quiere hablar de comida, entonces hablaremos de comida.

—La mayoría de los comensales espera una entrada ligera. Un platillo que prepare el paladar y ya.

Asiente apenas.

—Está en lo correcto.

—Este plato no está pensado para preparar el paladar —simplifico y su ceja izquierda sube—. Mi intención es despertar el apetito. —El silencio me da pie para continuar—. Explicándome mejor, lo dulce del maíz es lo primero que saborea la lengua, luego el queso que equilibra el resto por su sabor fresco y corta la untuosidad y sal del cerdo. Puede parecer pesado, pero la porción está medida para dejar esa sensación de saciedad parcial, no completa.

—¿Lo calculó?

—En esta cocina, no improvisamos nada.

Su boca se mueve casi imperceptiblemente, como si hubiera querido sonreír pero se arrepintiera a mitad de camino.

—Creo que eso ya lo noté.

Espero con paciencia un comentario desagradable, que refute mis palabras y diga que estoy demente por ofrecerle algo así. Todo, menos esto.

—Gracias.

—¿Puedo saber por qué estaba usted en la barra antes? ¿Pasa normalmente?

¿A qué vienen estas preguntas? ¿No está aquí solo por la comida y nada más? Respiro y respondo.

—Señor Moretti, soy chef.

—Eso también lo sé.

Mis dedos empiezan a golpear suavemente mi muñeca. Lorenzo levanta el vaso de agua frente a él y le da un breve sorbo.

—Sólo es curioso ver que un restaurante tenga a su chef sirviendo tragos.

Sonrío.

—¿Y usted siempre analiza a las personas cuando sale a comer en vez de los platos, u hoy es una ocasión especial?

Por primera vez desde que empezamos a hablar, parece sorprendido.

—No, no pasa seguido. Solo cuando algo llama mi atención.

Su tono tranquilo consigue molestarme más.

—¿Se puede saber qué fue ese algo exactamente, *señor*?

Sus ojos sostienen los míos. Mi pecho da un tirón extraño al ver cómo toma la servilleta y la deja sobre la mesa antes de ponerse de pie. No dice una sola palabra. Acomoda una manga de su camisa y se dirige hacia la salida. Me quedo parpadeando, esperando a que se detenga, que responda; que diga algo, lo que sea, pero no lo hace.

Simplemente sigue caminando, y mis falanges se tensan, extendidas.

No mira atrás. La puerta se abre y se cierra después de él.

¿Eso fue todo? ¿Qué carajos pasó?

Permanezco inmóvil frente a la mesa y luego, miro el plato. Trago saliva al notar que aquel permanece intacto. No fue tocado en lo más mínimo.

Arrugo el ceño.

—¿Qué fue lo que te dijo? ¿Está todo bien?

La voz de Kevin llega poco después, pero yo soy incapaz de moverme.

Vuelvo la mirada hacia la puerta y siento un calor subir hasta mis mejillas. Una sensación de impotencia y vergüenza me invade. ¿Por qué se molestó en llamarme si no había probado el plato? ¿Por qué dijo que le había gustado? ¿Qué era lo que pasaba por su cabeza?

Lorenzo Moretti es un idiota, y se marchó dejándome con aquella conversación servida a medias.

Capítulo 4

—Te he dicho miles de veces que no debes darle tantas vueltas a lo que te sucede en el trabajo, Gio.

Escuchar la voz de Stephannie, mi amiga y la persona que oye cada uno de mis lamentos, se siente reconfortante. Luego de terminar todo en el restaurante, recibí una de sus llamadas, casi como si estuviéramos conectadas. Me sorprendí tanto al verla que fue imposible negarme a su invitación.

Stephannie es la hija de uno de los hoteleros más grandes de todo Estados Unidos, por lo que las salidas juntas se ven condicionadas por temas de trabajo y asuntos familiares. Mi agenda estuvo demasiado ocupada y la suya parecía estar anclada al mundo hotelero, aunque eso no evitara que tuviera aventuras por todo tipo de lugares y una fila de hombres a sus espaldas.

La música del bar retumba fuerte, pero logramos escucharnos. Aunque este no sea mi ambiente, debo admitir que ahora mismo es todo lo que necesito. Aún más con lo que ha pasado en un solo día. Miro el teléfono por última vez al recibir una notificación de mi madre deseándome las buenas noches. Antes de llegar me he asegurado de enviarle un mensaje para que no se preocupara.

Aunque me falten pocos años para los cuarenta no significa que mi madre se preocupe menos.

—Si tan solo hubieras visto su cara, ¡lo estaba disfrutando! —Tomo la botella de cerveza y le doy un trago—. Reconozco ese brillo en los ojos.

—¿No estarás exagerando?

—¡No probó el maldito plato! Además… —hago una mueca—, estoy segura que sabía quién era mucho antes. No puede ser un

jodido adivino.

Mi amiga levanta una ceja y toma su copa entre los dedos.

—¿Y eso te molesta porque…?

Me quedo mirándola.

—¿Cómo qué por qué?

—No lo sé, por eso te pregunto.

Suelto una risa seca.

—Es raro, pero en verdad raro y no exagero —aclaro—. Es el primer crítico que conozco que llega tarde, que no toca el maldito plato y que luego de hacerme preguntas tontas, termina yéndose como si nada.

Mi amiga me presta atención en silencio mientras gira el hielo dentro de su vaso.

—Ya.

—¿Ya?

Stephannie sonríe.

—Para mí no hay nada raro en lo que me dices. A menos que esperaras que dijera que está obsesionado contigo o alguna tontería romántica de un depravado sexual que ni te conoce. —Se encoge de hombros—. Quizá solo te molestó que te hablara antes y no dijera quién era en verdad. Algo que, te recuerdo, la mayoría de los críticos hacen.

Bueno, en cierto punto tiene razón.

—No digas estupideces, Steph —espeto.

—Entonces no entiendo el problema.

Abro la boca, dispuesta a hablar, pero no pasan ni diez segundos en que la vuelvo a cerrar. Muevo la cerveza entre mis manos. Ahí está el problema; no sé cuál fue. No me había faltado el respeto ni había criticado mi comida de forma arrogante. Ni siquiera demasiado amable.

Ella se inclina hacia delante.

—Déjame hacerte una pregunta, de amiga a amiga —suspiro y asiento sin más—. ¿Cuándo fue la última vez que alguien te preguntó algo sobre ti y no sobre *Monroe*?

La miro, atenta. Al no haber respuesta, ella prosigue.

—Y no hablo de reservas, platos, horarios o puntuaciones. Sobre ti. —Bajo la mirada hacia mis manos en cuanto ella me señala. Intento recordar, pero no se me ocurre nada. Stephannie sonríe al notar mi silencio—. Eso pensé.

—No creo…

—No estoy diciendo que le gustes, porque sería algo ridículo viniendo de un completo desconocido, solo digo que parece que te estaba mirando antes de que supiera que eras la chef. O incluso, sabiendo quien eras, prefirió dejarlo de lado. Te hizo preguntas comunes, y por alguna razón lo ves mal.

El sonido del bar vuelve de golpe. Trato de quitarle importancia a las palabras de mi amiga con una mueca de desagrado.

—Eso, o solo estaba aburrido.

—Aunque si mañana vuelve y pide hablar contigo otra vez, yo empezaría a cobrar entrada.

Le lanzo una servilleta para oírla carcajear, y por un momento, yo también. Stephannie aparta el flácido papel con su mano y niega con la cabeza.

—Hablo en serio, Giovanna. Llevas años haciendo exactamente lo mismo. Si alguien intenta acercarse a ti con una simple pregunta, te pones a la defensiva.

—Es mi trabajo, debo estar centrada.

—No, claro que no. Te levantas, vas a trabajar, visitas a tu madre cuando puedes y luego vuelves a trabajar. Y cuando milagrosamente tu amiga viene desde tan lejos para saber de ti, no haces más que hablar de este crítico… ¿Cómo dices que se llama?

—Lorenzo Moretti.

—Lorenzo o el mismísimo dueño del mundo —exagera cuando toma otro sorbo a su copa—. Me haces sentir que solo recurres a mí cuando te sucede algo.

Hago una mueca.

—Eso me dolió, ¿sabes?

—¿Duele, cierto? Estamos iguales.

Si Stephannie tiene un superpoder, es el hecho de que no puedes verla de mal humor más de cinco minutos seguidos. Incluso cuando el mundo se le cae encima encuentra la forma de seguir con una

sonrisa en el rostro. Somos tan diferentes que quizá por eso seguimos siendo amigas.

Mi única amiga.

Nos habíamos conocido de la forma más absurda posible, hace varios años, cuando ambas decidimos refugiarnos en el mismo café para escapar del trabajo. Ella estaba sentada en una de las mesas con su portátil, peleándose con alguien por teléfono. Yo estaba agotada después de un turno interminable y solo quería tomar café en silencio.

No hablamos al principio, hasta que una de sus maldiciones me hizo reír y esta, en vez de enojarse, se sentó a mi lado.

Después vino un café, seguido de otro y con el tiempo nos volvimos tan unidas que incluso Steph decía que ella me había adoptado como su hermana. Pero si alguien me preguntara, yo sostendría que simplemente nunca aprendió a dejarme en paz, aunque no fueran más que mentiras.

¿La verdad? Probablemente está en algún punto del medio.

—Por cierto, tengo una noticia.

—¿Buena o mala?

—Depende de cuanto estés dispuesta a soportarme.

Frunzo el ceño.

—Eso no responde nada.

Stephannie apoya la copa en la mesa, y me mira directo a los ojos.

—Voy a quedarme en Florencia.

Parpadeo varias veces.

¿Estoy escuchando bien?

—¿Qué?

—Mi padre quiere abrir una nueva línea del hotel en Milán y quiere que supervise algunas cosas desde aquí.

—¿Por cuánto tiempo?

—Si Dios se apiada de mí, unos meses.

Unos meses.

Viniendo de una mujer que vive entrando y saliendo de ciudades por trabajo y eventos, esas palabras se sienten como un sueño con

fiebre. Hubo épocas en las que solíamos pasar meses enteros sin vernos.

—¿Qué carajos significa esa expresión?

Alzo las cejas, saliendo de mis pensamientos.

—Nada.

Pero ya es demasiado tarde.

—Giovanna Greco, escúchame muy bien. —Señala con su índice entre las dos—. Cada vez que podamos vamos a salir, y no acepto excusas. Ninguna —sentencia. Su mirada se torna seria—. Sé que tu entorno me lo agradecerá, hace tiempo que no sales de esa cocina. No te estoy diciendo que cambies, solo déjame compartir un poco de tu vida antes de que cumplamos cuarenta y termines casándote con un horno industrial.

Suelto una risa, una real.

—Eres una idiota.

Ella levanta su copa.

—Y tú eres una adicta al trabajo.

Levanto mi botella y la golpeo con suavidad contra su copa.

—Me alegra… —Deja de beber y yo me encojo de hombros—. Me alegra que te quedes.

La noto parpadear sin apartar sus ojos de mí, ciertamente asombrada. No es algo típico que palabras de afecto salgan de mi boca, y ella lo sabe muy bien.

—Entonces queda decidido, voy a obligarte a tener vida social. Seré como un grano pegado en el culo, así que luego no te quejes.

Resoplo.

¿Vida social? ¿Yo?

No soporto estar en un lugar repleto de desconocidos. Incluso ahora me mantengo al margen porque está ella. En otra situación, ya hace mucho que me hubiera ido a casa.

—Buena suerte con eso —espeto.

—Gracias, la necesitaré.

Las siguientes horas pasan volando mientras hablamos de cualquier cosa. Problemas familiares, hombres que en su vida jamás volvería a ver y la receta de mermelada nueva de mamá. Cuando mis ojos caen en la hora de mi teléfono, no siento la culpa de no

estar en la cocina. Afuera del bar, el aire de Florencia está fresco. Stephannie se despide con un abrazo rápido y una amenaza poco seria sobre secuestrarme el fin de semana antes de subirme a un taxi.

Veinte minutos más tarde, y luego de salir de una buena ducha, me dejo caer en mi cama. No estoy pensando en el restaurante, las puntuaciones, en Lorenzo Moretti o en lo que me deparará el día siguiente.

O al menos, intento convencerme de eso antes de cerrar los ojos.

∞∞∞

Katherine Monroe me había enviado un mensaje a primera hora de la mañana. Al parecer, todo había salido bien con los exámenes de sangre, pero aún le faltan otros estudios por terminar.

Katherine:

¿Qué tal te fue ayer?

Trato de ser lo más sincera posible, aunque me termino guardando para mí varias cosas. No quiero que se preocupe y que eso termine dificultando su salud. Al fin y al cabo, no ha pasado nada lo suficientemente malo.

Suspiro y me miro por última vez en el espejo de mi habitación.

Cabello corto perfectamente peinado, algo de maquillaje y una expresión seria que parece acompañarme incluso en mis días más alegres. La luz de la mañana se cuela por la ventana, haciendo que mi piel luzca todavía más clara de lo normal.

Inclino ligeramente la cabeza.

No estoy mal, solo… cansada.

Tomo las llaves del departamento y salgo rumbo al Monroe.

Florencia despierta poco a poco a medida que sale el sol. Las cafeterías recién abiertas y el aroma constante a pan recién hecho comienza a perderse entre las calles. Amo el lugar donde nací con demasiada fuerza, si me dieran a elegir no lo cambiaría por nada del

mundo. No podría dejar atrás el olor a flores y la amabilidad de las personas al verte andar.

Llego al restaurante con quince minutos de retraso, pero nada tan mal después de todo. Reviso las listas de reservas y entro a la cocina con una sonrisa que nada ni nadie lograría quitar de mi rostro. O eso creía, porque unos minutos más tarde, cuando salgo al salón para dar un vistazo, esa misma felicidad y simpatía se ve reducida por una presencia.

Lorenzo Moretti está sentado cerca de la ventana principal, con una tranquilidad que me hace imposible no fruncir el ceño. En cuanto nota mi presencia, levanta la vista y eleva sus comisuras. Yo, en cambio, no puedo evitar soltar una pequeña risa mientras me acerco con paso firme hacia él.

—¿Esto es algo normal en usted, señor Moretti?

—¿El qué?

—Llegar a la hora que le plazca sin avisar.

Lorenzo ríe por lo bajo.

—¿No es eso lo que hacemos los críticos? ¿Llegar sin avisar?

Me quedo quieta. Tiene razón.

Él acomoda uno de sus brazos sobre la mesa.

—Aunque si tanto le disgusta, estoy dispuesto a venir a la hora que me indique.

Aprieto mis manos y niego.

—No hará falta. —Doy la vuelta antes de que pueda agregar algo más—. Le traeré algo de desayuno. No somos una cafetería de especialidad, pero haré una excepción por usted.

El Monroe siempre está tranquilo a estas horas. El sonido de la leche vaporizando rompe el silencio mientras intento ignorar el extraño pensamiento de la llegada temprana del rubio.

Lo repito, no puede haber un crítico más extraño.

Una vez lista la bandeja, vuelvo hacia el salón.

—Aquí tiene, espero que lo disfrute.

Lorenzo deja el teléfono a un lado ni bien apoyo el desayuno frente a él. Sus ojos recorren la taza de café y el *maritozzo* antes de volver hacia mí. Asiento y estoy por regresar a la cocina cuando escucho su voz.

—Acompáñeme.

Mis dedos se tensan alrededor de la bandeja. Tengo trabajo que hacer, un montón de pedidos por revisar y una cocina entera esperando. *Joder.* Aun así, termino tomando asiento. Él lleva la taza de café a sus labios y lo prueba antes de tomar una porción del maritozzo. Sus ojos bajan con gusto hacia el pan.

—Hace mucho tiempo que no comía uno de estos.

Frunzo el ceño.

—Disculpe la pregunta, pero ¿usted no es de Italia?

Aprieto mis manos bajo la mesa y maldigo para mis adentros. ¿Es muy obvio que busqué un poco de información de él?

Lo veo limpiar un poco de crema de su dedo con la servilleta propinada.

—Mi familia lo es. Nací en Italia, pero pasé la mayor parte de mi niñez y adolescencia en Estados Unidos. —Hace una pequeña pausa —. Eso es algo que puede que no sepan los medios.

Asiento.

Tiene sentido. Todo el mundo y páginas web parecen conocer a Lorenzo Moretti, el crítico con mano de oro y el hombre capaz de acabar sueños con uno solo de sus párrafos. Cuarenta y cinco años, aparentemente soltero y con un amplio repertorio de honores y reconocimiento en el mundo. Supuse que era italiano, pero al parecer incluso los medios no terminan por saber del gran Lorenzo.

Mis ojos bajan hacia mi preparación y relajo mi ceño al ver el plato vacío. Respiro con alivio.

¿Cómo es posible?

—¿Hay algún problema?

Vuelvo a mirarlo.

—Ayer no dio ni un solo bocado.

Lorenzo parece confundido por un instante.

—¿Perdón?

—A la comida —aclaro—. Casi pensé que no volvería, o que algo no le había gustado.

Una pequeña sonrisa aparece en la esquina de su boca.

¿En serio es gracioso para él?

Abro los labios con intenciones de agregar algo más, pero él es más rápido.

—No acostumbro a comer de noche, nada en particular. Es una costumbre que tengo desde niño. Disculpe si mis actos hicieron que pensara lo contrario, pero era la verdad y solo la verdad, cuando dije que el plato me había gustado.

—¿Cómo puedes saber que algo le gusta sin probarlo?

El rubio deja la taza sobre el plato y sus ojos verdes me miran fijamente.

—Solo con verlo, es suficiente.

Observo hacia un lado al sentir que mis mejillas de pronto arden. No entiendo nada de este hombre, y no puedo dejar de pensar en cómo se supone que deba soportar una semana con su presencia.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

Vuelvo la mirada al frente. Lorenzo parece estar enfocándome con atención. Pienso antes de responder, ¿por qué habría que mentir? Resoplo y me muevo en la silla.

—Ocho años.

—¿Siempre has estado en la cocina? ¿Cómo ha sido tu experiencia?

—Antes de responder, ¿debo temer que alguna de mis respuestas afecte directamente al Monroe? —consulto sin escrúpulos, notando que inclina la cabeza con curiosidad—. Si es así, permítame no responder.

Ríe por lo bajo, lo suficiente como para que los hoyuelos de sus mejillas se muestren.

—No exactamente.

—Es un alivio, me alegra saber que mi vida personal no influye en la puntuación del local.

Puede ser que esté siendo ruda. Si Rodolfo o alguno de los demás chicos me escuchara, seguramente me diría que me estoy pasando, que debo mantenerme a raya.

¿Pero cómo se supone que esté a raya de alguien que hace lo mismo?

—Depende, tal vez la chef influya más de lo que imagina.

Arrugo el entrecejo. Ahí está otra vez. Esa forma extraña de hablar y de confundirme. Lorenzo termina la taza de café antes de mirar hacia la ventana.

—Florencia es bonita por las mañanas, el clima es perfecto para salir a dar una caminata, ¿no crees?

Veo lo que él mira. Afuera, el sol ha salido por completo y la gente camina sin prisas. Florencia siempre fue un gran eje del turismo, y a estas horas puedo ver a más de un turista entrar despavorido a las tiendas de *souvenirs* recién abiertas.

Vuelvo la vista hacia él.

—Supongo, aunque algunos tenemos mucho trabajo por las mañanas.

Lorenzo apoya un brazo sobre el respaldo de su silla y ladea la cabeza. Desde aquí, y gracias a la luz, puedo ver con más claridad su rostro.

—Me alegra saber que esto también es trabajo.

Suelto una pequeña risa ante tal comentario.

—¿Caminar por la ciudad?

—Observar y conocer. Entender el lugar donde comes también forma parte de disfrutar la comida, no basta solo con saborearla.

He pasado la mayor parte de mis años perfeccionando el arte de la cocina, y en todos ellos jamás había conocido a alguien que pensara de esa forma. La mayoría de las personas sólo quieren comer, disfrutar de un buen plato e irse. Nadie pregunta cosas de más, ni trata de descifrar nada.

Sea cual sea su razón, Moretti no deja de dejarme en claro que no es igual a nadie que haya conocido hasta ahora, para bien o para mal. Tomo una bocanada de aire antes de levantarme de la silla.

Es momento de volver a la cocina.

—Si me disculpa, tengo una cocina entera esperando por mí, señor Moretti.

—Lorenzo. —Sonríe—. Llámame Lorenzo.

—Tengo una cocina esperándome, Lorenzo.

Parece satisfecho al escuchar su nombre.

—Entonces, permíteme hacerlo más sencillo para ti. —Eleva su muñeca y mira su reloj antes de ponerse de pie—. Necesito que me

acompañes, después de todo, se supone que debes enseñarme Florencia.

¿Ahora? ¿Está demente?

—No puedo hacerlo, si me disculpa.

—Katherine Monroe me dijo que no habría problemas, ¿debo pensar que no es así y que me ha mentido?

La sola mención de Katherine hace que apriete mis manos. Claro. ¿Cómo pude olvidarlo? Este asunto ha sido hablado con anterioridad. Si le digo que no, todo va a empeorar.

—Termina lo que tengas que hacer. No pienso robarte todo el día, Giovanna.

—¿Qué pasa si digo que no?

Sus ojos verdes vuelven a clavarse en los míos.

—Entonces asumiré que la chef le teme un poco a salir de su cocina.

—Eso no va a funcionar conmigo.

—Perfecto —responde, sin perder la sonrisa—. Entonces nos vemos en una hora, Giovanna. Te estaré esperando afuera.

Antes de que pueda responder algo más, toma su saco y sale del restaurante como si acabara de ganar una discusión que ni yo misma sabía que estaba teniendo. Lo observo desaparecer tras la puerta mientras aprieto la mandíbula.

—Definitivamente, voy a perder la cabeza con este hombre.

Capítulo 5

Pasaron varias horas antes de que pudiera quitarme el delantal. Había tenido que hacerme cargo de varios pedidos, llamadas y una breve discusión con uno de los proveedores por una entrega retrasada. En todo ese tiempo, logré convencerme de que Lorenzo no seguiría esperando afuera como había dicho. Nadie con una agenda tan ocupada pierde el tiempo de tal manera. O al menos alguien con cuatro dedos de frente.

—¿Seguro que estarás bien solo? —pregunto mientras Rodolfo revisa unas comandas sobre la encimera sin levantar la vista.

—Giovanna, por quinta vez, deja de preocuparte. Todo estará bien.

Reniego, aunque termino sonriendo.

Rodolfo siempre fue un buen compañero de trabajo. Diligente y lo suficiente capaz para tomar el control. Quizá me estoy preocupando demasiado y solo son cosas mías. Me cuesta horrores despegar mis manos de la cocina.

—Llámame si ocurre cualquier cosa.

Le lanzo una última mirada antes de salir por la puerta.

Si tan solo Dios tuviera algo de misericordia a mi existencia, ese hombre no estaría esperándome. Podría dejar su idea absurda de lado y volver a la cocina, el lugar al que pertenezco.

—Giovanna.

Lastimosamente, mis deseos casi nunca son escuchados.

Apoyado contra un Maserati gris oscuro, de brazos cruzados y unas gafas de sol descansando sobre el puente de la nariz, está Lorenzo. Mi respiración se detiene un segundo.

No se fue.

¿En serio ha esperado todo este tiempo?

Levanta la cabeza y eleva las comisuras con lentitud.

—Pensé que habías escapado.

—Lo consideré —admito.

Él ríe por lo bajo y se incorpora antes de abrir la puerta del copiloto para mí. El gesto me toma desprevenida y tardo unos segundos en reaccionar. Puede parecer estúpido de mi parte, pero no recuerdo la última vez que alguien ha hecho algo tan simple por mí.

—Gracias —murmuro al entrar.

El interior del auto huele a cuero y a algo que no logro identificar del todo. Creo, en lo más profundo de mí, que viene acompañado por el olor característico de la menta y un poco de madera.

Lorenzo rodea el vehículo y toma asiento frente al volante.

—Bueno, chef —enfatiza y arranca el motor—. ¿Cuál será nuestra primera parada?

Miro por la ventana. Florencia comienza a pasar lento frente a mis ojos. Pienso en mamá, en los domingos, y en un lugar al que he ido tantas veces que casi puedo recorrerlo con ojos cerrados.

—*La Piazza delle Cure*.

Él gira el rostro hacia mí.

—¿Una plaza? ¿No es una elección poco turística para un guía?

—Por eso mismo, es ideal.

Su rostro se ilumina, y la curiosidad cruza por sus ojos antes de volver la vista al camino. El trayecto transcurre en silencio, y alguna que otra conversación de la ciudad. Y en cada una de ellas, puedo afirmar que, tal y como había dicho Lorenzo, no sabía nada de Italia a pesar de nacer en ella.

Cuando llegamos, el mercado sigue lleno.

Los toldos de colores llenos de frutas, quesos y flores junto al aroma del pan recién horneado y el café de especias. Algunas señoras discuten precios no muy lejos de nosotros, mientras un hombre acomoda cajas de tomates.

—Vengo aquí con mi madre desde pequeña, es casi una tradición —relato en lo que caminamos entre los puestos—. Mi madre tiene la

creencia que para entender la ciudad primero tienes que ver cómo compra su gente.

Él escucha en silencio, no interrumpe. Sus ojos no paran de ver a los lados, fascinados, como si no hubiera visto nunca nada parecido. Eso, de cierta manera, comienza a ponerme nerviosa.

Me detengo frente a un pequeño puesto donde un hombre mayor termina de cortar una *focaccia* recién hecha.

—Aquí hacen una de las mejores *schiacciatas* de Florencia —digo —. Y no lo digo solo porque el dueño me regalara dulces cuando era niña.

El hombre detrás del puesto me reconoce enseguida.

—¡Giovanna! Hace semanas que no te veo.

—He estado algo ocupada, Billy.

—Eso me dijo tu madre.

Mi acompañante observa la escena con atención mientras el mercante corta un trozo de schiacciata caliente y nos la entrega envuelta. Me despido de Billy con un saludo y le tiendo la comida a Lorenzo.

—Prueba esto, te gustará.

Él no titubea. Le da un pequeño mordisco al principio. Luego otro mucho más grande.

—Está delicioso.

No puedo evitar el cosquilleo en mi rostro al ver el suyo, y sonrío, victoriosa.

—Billy lleva años en el negocio, y antes de él, su padre y toda su familia. —Me encojo de hombros—. Son una prueba de que no todo ocurre dentro de grandes restaurantes.

Seguimos caminando varias horas en las que nos detenemos en distintos puestos hasta que, de pronto, los pasos de Lorenzo se frenan cerca de una pequeña entrada cubierta de flores trepadoras.

Más allá hay un jardín escondido lleno de rosas blancas, lavandas y alguna que otra camelia. Todas crecen alrededor de una vieja fuente de piedra.

—Vaya… —Ladea la cabeza—. No esperaba encontrar algo así aquí.

Sonrío y paso a su lado hacia dentro de la entrada. Lorenzo no tarda en seguirme, y el ruido del mercado desaparece al atravesar el arco de hierro. No es la primera vez que vengo a este jardín y no he logrado olvidar algo de él con el paso del tiempo.

Mamá me contó cientos de historias de niña, pero solo una me quedó fresca en mi mente.

—Dicen que hace siglos este jardín pertenecía a la hija de un comerciante florentino. —Los pétalos comienzan a moverse con el viento—. Se enamoró de un escultor que trabajaba cerca de aquí, pero la familia de ella nunca aceptó la relación. No les importó, y desde ese día se encontraban en secreto en este lugar todas las mañanas. Él le dejaba flores distintas sobre la fuente para que supiera que había estado ahí. —Estiro mi mano y toco con delicadeza una de las flores—. Un día, el escultor desapareció y con eso empezaron a correr rumores. Algunos decían que los padres de la mujer lo expulsaron de la ciudad, o que había muerto intentando regresar a verla. Nunca se supo con certeza qué pasó, solo que ella siguió viniendo aquí durante varios años y dejaba flores en la fuente esperando que volviera.

—-¿Nunca regresó?

Niego lentamente.

—No, pero la gente empezó a traer flores al jardín con el tiempo. Por eso nunca dejaron de crecer aquí.

El silencio cae sobre nosotros. extraño y pesado. Cuando giro el rostro, descubro que él no está mirando las flores.

Me está mirando a mí.

∞∞∞

El camino de regreso transcurre mucho más tranquilo de lo que esperaba. La ciudad es completamente distinta a la de la mañana. Las calles están iluminadas por faroles y sus reflejos dorados, que al caer sobre las fachadas antiguas hacen que Florencia se sienta más suave, casi en cámara lenta.

Yo también me siento extraña. Debo echarle la culpa al cansancio de los últimos meses, o quizás al hombre sentado a mi lado.

—Ya es tarde —susurró, leyendo mentalmente la hora en el teléfono—. Debo volver, tengo trabajo mañana.

Lorenzo aparta la vista del camino por un segundo.

—Tienes razón, yo también.

Suelto una risa ante su respuesta.

¿Trabajo? ¿Está cansado? No lo creo.

—Olvidaba que caminar por la ciudad es parte de su empleo.

—Eso, y sobrevivir a explicaciones gastronómicas.

Ruedo los ojos, aunque una sonrisa mucho más fuerte que la anterior amenaza con escaparse. El auto se para en un semáforo y el rubio tamborilea los dedos sobre el volante antes de hablar otra vez.

—¿Qué te parece ir a por una copa?

Lo miro.

—¿Una copa?

—Después de todo, me debes una.

Observo al frente y suelto un bufido.

—No recuerdo haber aceptado eso.

—Entonces intentaré sobornarte —admite con absoluta tranquilidad—. Si aceptas, prometo dos cosas.

—Temo preguntar.

—Mañana llegaré puntual —asegura y yo quedo atenta a él, su rostro está serio, o tal vez es muy bueno convenciendo—, y comeré absolutamente todo lo que pongas frente a mí.

No respondo de inmediato. Necesito pensar y tomar la decisión correcta. Ahora mismo, lo único que quiero es llegar a casa y dormir, pero no hay nada de malo en tener una pequeña salida luego de este día…

¿No?

—Conozco un bar cerca de aquí.

La sonrisa que aparece en su rostro es tan leve que cualquiera podría pasarla por alto. Pero yo no.

∞∞∞

El bar está lleno, demasiado para mi gusto.

La música vibra entre las paredes y el olor a alcohol llena el ambiente. Algunas parejas bailan cerca de la pequeña pista justo al fondo del local. Lorenzo observa alrededor con curiosidad mientras avanzamos entre la multitud.

Varios ojos se fijan en él, y claro, todas mujeres.

—¿Siempre está así?

—Es peor los fines de semana —respondo.

Encontramos una mesa pequeña y Lorenzo aprovecha de tomar asiento frente a mí y dejar el saco sobre el respaldo de la silla.

—¿Qué quieres tomar?

—Una cerveza estará bien.

Asiente y da un pequeño golpe en la mesa para levantarse.

—Ya vuelvo.

Lo veo perderse entre la multitud y aprovecho el momento para soltar el aire que, sin saber, estaba conteniendo hasta ahora. No entiendo cómo he terminado aquí. Yo no soy de las que sale con desconocidos. Y definitivamente, no me siento en bares llenos de gente un miércoles por la tarde.

—¿Que hace una mujer tan bonita sola?

Mi cuerpo se tensa al escuchar la voz tan cerca de mi oído.

Levanto la vista y me encuentro con un hombre tambaleándose, intentando mantenerse en pie frente a la mesa. El fuerte olor a alcohol llega antes que sus palabras.

¿Sola? ¿Será ciego y no ve el saco sobre la silla?

—No estoy sola.

El tipo sonríe y se acerca como si no hubiera escuchado nada.

—Vamos, *prec-ciosa*, solo será un baile.

—No, gracias.

Intento ignorarlo mirando hacia otro lado, pero él da un paso más.

—No seas antipática.

Aprieto la mandíbula.

¿Qué consecuencias podría tener si le doy un puñetazo a este imbécil?

El hombre apoya una mano sobre la mesa y se inclina hacia mí.

—Solo un baile y querrás pasar toda la noche junto a mí, te lo prometo.

—Ya dije que no.

Intento sonar firme, pero él no hace más que reírse. Sus ojos recorren mi rostro con descaro antes de bajar hacia mi cuerpo. Siento el estómago revolverse.

—No tienes que hacerte la difícil, *car*[1]*iño*.

Intenta tomar mi muñeca, pero otra mano aparece antes. Los dedos de Lorenzo se cierran alrededor de su antebrazo con tal fuerza que incluso yo creo escuchar el pequeño quejido que escapa de la boca del sujeto.

—Creo haber escuchado que dijo que no.

La voz de Lorenzo es tranquila, y eso resulta peor.

El ambiente parece tensarse alrededor de nosotros. El hombre intenta soltarse, pero Lorenzo no se mueve ni un centímetro. Sus ojos verdes ya no tienen nada de aquella calma con la que me había hablado durante todo el día. Ahora lucen fríos.

—Vamos, amigo, solo estaba hablando con ella —balbucea.

—Entonces aprende a escuchar cuando una mujer no quiere seguir haciéndolo contigo. —El silencio se vuelve cada vez más incómodo. Finalmente, Lorenzo lo suelta con brusquedad—. Ahora, lárgate.

No alza la voz, ni siquiera parece enfadado. Pero su expresión hace que el hombre dé un paso atrás de inmediato antes de perderse entre la multitud, murmurando insultos por lo bajo. Mi respiración tarda pocos segundos en volver a la normalidad. El rubio deja las latas de cerveza junto a los vasos encima de la mesa y se inclina hacia mí.

—¿Estás bien? ¿Te hizo algo?

Niego despacio.

—No pasó nada… y estoy bien.

La verdad es que, desde el momento en que apareció, dejé de sentirme incómoda. Lorenzo me presta atención unos segundos más

hasta asegurarse de que no le miento. Luego suspira y se afloja apenas la corbata.

—Bien, necesitamos cambiar el ambiente antes de que termine cambiando de opinión y vaya por ese imbécil.

No puedo evitar reírme.

—¿En serio lo golpearías?

—Yo no pensaba detenerme.

Lo dice tan serio que vuelvo a reír, y esta vez, él también lo hace.

La música cambia en ese instante. El silencio pesado que llenaba el lugar desaparece y es reemplazado por la melodía de una canción. La reconozco al instante.

«Tu vuò fà l'americano».

Varias personas silban y empiezan a moverse hacia la pista. Lorenzo me mira de lado y de pronto tengo su mano frente a mi rostro.

—Ven.

—¿Qué?

—Baila conmigo.

La carcajada se me escapa sola.

—¿Sabes bailar al menos?

Él toma la lata de cerveza, la abre y da un trago antes de responder.

—Absolutamente no.

La mano sigue extendida. Lo observo por breves instantes antes de bajar la vista hacia su manos.

Dios, debo estar demente.

Acomodo mi mano contra la suya antes de poder arrepentirme.

La pista está llena de gente riendo, cantando y bailando unos con otros mientras la música retumba en las paredes. Lorenzo coloca una mano sobre mi cintura con evidente torpeza y yo no puedo evitar mirarlo con diversión.

—Pareces una estatua.

—Estoy concentrado en no pisarte.

Tu vuo' fa' l'american'
'Mericano, mericano

Ma si' nato in Italy
Sient' a mme, nun ce sta niente 'a fa

Intento guiarlo mientras nos movemos al ritmo de la canción. Para mi sorpresa, realmente lo intenta. Aunque de manera terrible.

Muy terrible.

—¡Ay!

Suelto otra carcajada cuando pisa mi pie.

—Lo siento, te advertí que no sabía bailar.

La canción continua y se lleva consigo todos los problemas de hace minutos. Estoy aquí, riéndome en medio de un bar lleno de desconocidos. A mi lado está Lorenzo Moretti, el crítico más jodido de todos, y quien intenta seguir el ritmo de la canción sin destruirme los pies en el proceso.

Capítulo 6

Abro los ojos y suelto un gemido al escuchar la alarma de mi teléfono. Deslizo la pantalla, y cuando por fin la desactivo, vuelvo a dejar caer mi rostro en la almohada.

¿Por qué estoy tan cansada si ayer no bebí más de una cerveza?

Me siento en el borde de la cama y espero varios minutos en volver a la realidad. Dentro de poco debo estar en el Monroe, y no puedo seguir somnolienta.

—*Estaré para el almuerzo, así que espero que me sorprendas.*

Luego de dejarme en casa, Lorenzo me había recordado aquellas palabras antes de poder decirme adiós. Me sorprendo a mí misma ansiosa por ver si será verdad esta vez. Entro al baño, me aseo y una vez lista me visto como siempre.

Antes de salir de casa, envío un mensaje a mamá preguntando cómo se encuentra. Debo ir a visitarla cuanto antes, aunque el trabajo no me ha dado respiro.

La respuesta llega casi de inmediato.

Mamá:

Estoy bien, hija. Recuerda no trabajar demasiado.

Suelto una risita y guardo el teléfono dentro de mi bolso.

—Demasiado tarde para eso.

El Monroe estaba tranquilo cuando llegué. Recojo mi cabello, tomo un delantal limpio y me obligo a concentrarme en lo único que

realmente sé hacer: *cocinar.* Aunque se me complica cada vez que pienso para quién estoy haciéndolo.

Abro una de las cámaras frigoríficas y veo los ingredientes. Puedo preparar pasta fresca, uno de los platos clásicos del Monroe. Algo seguro y que cautiva cualquier paladar, pero me repito que estoy tratando con *ese* hombre. Y Lorenzo no parece ser el tipo de persona que disfruta de las cosas seguras.

Suspiro y cierro la puerta.

Si realmente va a sentarse frente a mi mesa y probar mis platos, entonces debo preparar algo que me caracterice entre todos los demás. Algo que hable de mí. Mis ojos recorren la encimera hasta detenerse en el atún fresco que había llegado por la mañana. La idea aparece por sí sola.

Tataki de atún rojo sellado, acompañado de crema de parmigiano y miso blanco, reducción de aceto balsámica y verduras grilladas con gotas de aceite de sésamo.

Japón e Italia. Dos cocinas distintas intentando convivir en un mismo plato.

—Es arriesgado.

Y perfecto.

Comienzo a moverme por la cocina. El cuchillo golpea la tabla con precisión mientras corto cebollín, jengibre y las demás verduras. Dejo el atún marinando con soja cítrica y semillas tostadas antes de centrarme en la crema. El aroma salado del parmigiano empieza a mezclarse con la suavidad del miso caliente.

—Buenos días, chef.

Levanto la vista al escuchar la voz de Rodolfo entrando en la cocina. Detrás de él, aparecen Marco y Kevin, quienes terminan de atar sus delantales.

—Llegan tarde —menciono, sin verdadera molestia.

—Son cinco minutos.

—En la cocina, cinco minutos son una auténtica tragedia.

Las risas no tardan en llenar el lugar. Niego un poco con la cabeza y tomo una bocanada de aire antes de mirarlos a todos.

—Muy bien, escuchen. Hoy tenemos reservas completas para el almuerzo, así que necesito concentración. Rodolfo, te encargarás

como siempre de las entradas y platos principales. Marco, platos fríos y postres. Kevin, atenderás las mesas.

Todos asienten y sonrío. Este es mi equipo.

—A trabajar.

El ambiente cambia al instante. Las filosas hojas empiezan a sonar contra las tablas, y el Monroe despierta por completo frente a mis ojos. Un par de horas después, limpio mis manos con un paño y miro la hora.

Exactamente la hora acordada.

No sé por qué pierdo tiempo comprobándolo. Salgo unos pasos fuera de la cocina y miro hacia el salón. Para mi sorpresa, ahí está, tal y como prometió. Sentado en el mismo rincón de la ventana principal, y perfectamente vestido como siempre, Lorenzo revisa su celular mientras un vaso de agua ya vacío descansa frente a él.

Vuelvo a la cocina mientras inhalo profundamente.

—El crítico ha llegado.

Todos me miran por un tenso instante. Sabemos qué hacer, y nos ponemos en marcha.

La sartén caliente sisea al contacto del atún que toca la superficie. Dejo que tome calor unos pocos segundos por lado, lo suficiente para sellarlo sin perder el centro crudo. La crema de parmigiano y miso primero sobre el plato, encima acomodo con cuidado las láminas de atún, las verduras grilladas, y por último, unas gotas de reducción balsámica.

Permanezco contemplando la presentación. Es simple y elegante, de esos platos que solo necesitan de un bocado para saborearse.

—Kevin, puedes llevarlo.

Él toma el plato con cuidado y desaparece rumbo al salón.

Esta vez no salgo a mirar. No cuando las comandas comienzan a llegar y la cocina deja de girar alrededor de Moretti para convertirse en un caos organizado de fuego y voces cruzadas. Ni siquiera momentos después, cuando Kevin vuelve con el plato completamente vacío, me inmuto.

Las siguientes horas pasan rápido, aunque no lo suficiente.

Los platos entran y salen con la misma velocidad. Apenas logro pensar en otra cosa que no sea mantener el servicio en pie. Cuando

el último cliente se marcha, siento el agotamiento caerme encima de golpe.

—Lo hicieron increíble, chicos. Descansen. —Me enderezo y reconozco al ver a Rodolfo y los demás irse.

Podría irme con ellos, tenemos el mismo final de turno, pero soy incapaz de dejar el lugar sin que quede todo perfecto. Poco a poco, la cocina queda en silencio, lo que me hace recordar que el Monroe siempre se siente extraño después del cierre. Una vez todo listo y en su sitio, me quito el delantal y camino hacia el salón para irme.

Frunzo el ceño y me detengo al ver que Lorenzo sigue ahí, sentado en la misma mesa. La luz del portátil ilumina parcialmente su rostro mientras escribe algo concentrado. Cuando nota mi presencia, levanta la vista y cierra el computador de inmediato.

—¿Qué hace aquí todavía?

Él se reclina en la silla.

—Investigaba un lugar mientras esperaba tu hora de salida, no quería importunar tu turno, otra vez.

¿Está diciendo que, de nuevo, ha esperado más de ocho horas aquí sentado? ¿Por qué Kevin no me había dicho nada? Bufo ante la idea.

—¿Qué lugar era tan interesante como para esperarme?

—*Piazzale Michelangelo*.

Mis ojos se levantan hacia los suyos.

—¿El mirador?

—Dicen que Florencia se ve maravillosa desde ahí, y creo que sería buena idea ir.

Me quedo callada, luego asiento. Ya debería saber que volver a casa será imposible estos días. Lorenzo parece saberlo, este sigue mirándome como si adivinara la respuesta que daré. Doy varios pasos a su lado para acabar por girarme hacia él.

—¿Nos vamos?

∞∞∞

El viaje a *Piazzale Michelangelo* transcurre mucho más tranquilo de lo que esperaba. La ciudad se desliza detrás de la ventana del auto y la gente afuera todavía camina entre las calles llenas de adoquines. Pero dentro solo se escucha la música baja que sale del estéreo, acompañado del sonido suave del motor.

Estoy agotada.

He pasado todo el día de pie cocinando y pensando de más. Sumado a eso, la presencia de Lorenzo en mi rutina en la última semana es algo que ni yo misma puedo ignorar. Apoyo la cabeza contra la ventana del auto y cierro los ojos un momento. *O eso creo.* La siguiente vez que vuelvo a abrirlos, una voz grave murmura cerca de mi oído.

—Giovanna.

Parpadeo confundida.

El rubio está inclinado hacia mi lado, lo suficiente para que pueda sentir el calor de su cuerpo.

—Ya llegamos.

Mi respiración se atasca y me incorporo rápido.

—Lo siento, no pretendía quedarme dormida.

Estoy por agregar algo más, pero la pequeña sonrisa que aparece en sus labios me para.

—No debes disculparte, debes estar cansada.

No hay burla en su voz, solo una tranquilidad que me hace apartar la mirada. Veo que baja primero del auto y lo rodea antes de abrirme la puerta. Tomo su mano casi por reflejo al bajar, y apenas levanto la vista hacia el frente, me quedo quieta.

Dios.

Tengo la sensación de que Florencia brilla bajo nosotros ahora mismo. Desde aquí, la ciudad es similar a una pintura cubierta de pequeñas luces doradas. Reconozco el Duomo entre los edificios, enorme y majestuoso incluso a la distancia mientras el río Arno atraviesa la ciudad.

Hay algunas personas alrededor, parejas tomándose fotos, turistas hablando y uno que otro músico callejero tocando. A pesar de ello, nada es suficiente para arruinar el lugar. Avanzo varios pasos y siento el aire fresco nocturno tocar mi rostro.

—Vaya… —Lorenzo llega a mi lado y sus hombros casi rozan los míos—. No se equivocaban. En verdad es hermoso.

—Sí, yo también lo creo.

Al principio del viaje, pensé que terminaría arrepintiéndome, que lo mejor sería decirle de volver a casa. Pero estaba muy equivocada. No puedo creer que por tantos años me estuviera perdiendo esto, aun cuando vivo aquí.

—Se nota que amas a Florencia.

—Es el lugar donde nací, ¿cómo no amarlo?

—¿No has pensando en buscar algo mejor que el Monroe?

Frunzo el ceño, aunque no aparto la mirada de la ciudad.

—¿A qué te refieres con algo mejor?

—Otro restaurante, otro país. Tienes mucho talento, pero no pareces aspirar a más.

La pregunta, como todas las que hace este hombre, me toma desprevenida. Tomo mi tiempo en responder, no hay un reloj a mi lado ni nada parecido que pueda apurarme.

¿Por qué no quiero más?

Veo un pequeño pájaro volar sobre nosotros hasta llegar a un árbol cercano donde lo espera un nido con sus bebés, casi rogándome sonreír.

—Supongo que la idea nunca ha pasado por mi cabeza —admito al final—. Para mí no existe otra cosa que la cocina, y el Monroe me dio todo lo que soñaba desde que era niña. —Inspiro. Él permanece a mi lado en silencio, escuchando—. La mayoría de los chefs sueñan con abrir restaurantes propios o trabajar en distintos lugares hasta recorrer el mundo. —Presiono mis labios inconscientemente, bajo la vista hacia mis manos, y muerdo mis labios antes de continuar—. Yo nunca fui así. Ni siquiera estudié gastronomía en una universidad como los demás.

Giro el rostro y descubro sus ojos puestos sobre mí. Suelto una pequeña carcajada.

—Lo sé, debes estar pensando cómo un restaurante puede tener una chef sin título universitario. —El viento mueve algunos mechones de mi cabello, por poco distrayéndome—. Solo hice unos cuantos cursos, lo demás lo aprendí trabajando, cocinando y

equivocándome. Katherine Monroe fue quien me vio cocinar por primera vez y decidió darme una oportunidad, ella me dijo que tenía lo necesario y no le importó mi situación.

Mi garganta se cierra de a poco.

—Después de eso, todo pasó muy rápido. Los medios empezaron a hablar del Monroe… y de mí. La joven chef, la promesa italiana, una de las mejores. —Suelto otra risa—. Pero incluso con todo eso, a veces siento que no soy una chef completamente. Siento que por mi culpa el restaurante está decayendo.

Me detengo porque, si sigo hablando, estoy segura que terminaré en las lágrimas. El Monroe, donde había cumplido mi sueño, no está bien. Sí, seguimos teniendo clientes a los que atender, pero ya no como antes. Cada vez se siente distinto. Ese es uno de los motivos por los que este último año me quedé hasta lo más tarde posible. Aún con cada uno de mis esfuerzos, la sensación de que mis manos se alejan cada vez más de la cocina me consume.

Katherine también sabe la situación, aunque cada vez que trato de hablar del tema cambia de enfoque. Lo puedo notar en su mirada, en los lamentos desde su oficina y en cómo las cuentas cada vez son más difíciles de pagar.

No podemos decir aquello, no en voz alta.

Por primera vez desde que conozco a Lorenzo, parece no saber qué decir. Yo me obligo a sonreír. He hablado, tal vez, demasiado.

—Esto te lo conté como Giovanna, no como la chef Giovanna Greco. —Lo amenazo desde el rabillo de mi ojo—. Agradecería que no tomes esto para alguna de tus críticas.

Él se ríe y niega con la cabeza.

—No debes preocuparte por eso —asegura, sus ojos vuelven hacia mí—. Ahora mismo yo tampoco soy Lorenzo Moretti. —Mi respiración se vuelve más lenta y continua—. Y, por si mis palabras te sirven de algo, he conocido chefs con veinte diplomas colgados en sus paredes que no tienen ni la mitad de talento que tú.

El calor sube por mis mejillas y aparto la vista antes de que pueda notarlo.

—Gracias.

No sé qué más responder a eso, y casi como si pudiera leer mi mente, Lorenzo termina salvándome de mi propio silencio. Empieza a hablarme más de él, del reto que significó crear y escribir la guía gastronómica, y de los países que ha visitado los últimos años. Francia, Japón, España. Me cuenta todo, incluso de la ocasión en que casi pasó un mes entero recorriendo pequeños pueblos costeros de Grecia solo porque alguien le habló de una panadería.

La incomodidad se disuelve con el paso de los minutos, ahora me siento sin esa presión en el pecho.

—Entonces… —Lo miro de reojo—. ¿Todo lo que te he enseñado hasta ahora ha valido la pena?

Lorenzo mete las manos dentro de los bolsillos de su abrigo mientras pone su foco en la ciudad frente a nosotros.

—Me he llevado muchas sorpresas. —Su cabello rubio se desordena por la brisa, pero eso no parece importarle—. He visitado muchos países, pero Italia ha sido una maravilla. —Sus ojos me recorren disimuladamente—. Esta ha sido la semana más interesante de toda mi vida.

Mi corazón da un pequeño vuelco innecesario.

Esta semana, aunque fuera un caos, también podría decirse que había sido entretenida.

Asiento con cuidado.

—Sí, también lo creo.

Él me imita antes de volver la vista hacia Florencia. Y gracias al cielo, el silencio que sigue ya no se siente pesado.

El camino de regreso es mucho más corto. Cuando el auto se detiene frente a mi edificio, desabrocho el cinturón. Para mi sorpresa, Lorenzo apaga el motor antes de mirarme.

—Mañana no podré ir al restaurante —dice—, tengo una reunión importante.

Asiento despacio e intento ignorar la pequeña sensación de vacío que aparece en mi pecho. Aprieto mis manos.

—Entonces supongo que el Monroe tendrá que sobrevivir un día sin su crítico estrella.

Mis palabras lo hacen reír. Eso me cosquillea.

—Intentaré no desaparecer demasiado tiempo, chef.

Sin más, abro la puerta antes de bajar del auto.

—Buenas noches, Lorenzo.

—Buenas noches, Giovanna.

Y mientras camino hacia la entrada del edificio, puedo sentir su mirada seguirme hasta desaparecer detrás.

Capítulo 7

Lorenzo no apareció por los siguientes dos días.

El mundo siguió girando sin su presencia. El trabajo en el Monroe, y las comidas siguieron entrando, aunque esta vez la avalancha no había sido tan difícil de detener. Aquel descanso fue suficiente para concentrarme por completo en la cocina.

O al menos, eso intenté.

Cada vez que alguien entra al restaurante, mis ojos terminan yendo hacia la puerta principal. Al final del primer día, comprendí que Lorenzo Moretti probablemente estaba ocupado y que en verdad no vendría.

Me obligué a dejar de pensar en ello. La semana está por acabarse, y no puedo desaprovechar los días de trabajo. Suspiro. Esta mañana llegaron varios sobres, a los cuales no pude evitar echarles un ojo, aunque sé que Katherine terminará regañándome en cualquier momento de su regreso.

Seis meses atrasados de impuestos, con una multa equivalente a diez mil dólares.

¿Qué pasará con el Monroe si esto sigue así? ¿Alguien más sabrá de esto? Estoy segura de que ninguno de mis compañeros están enterados. Si lo supieran, el terror no tardaría en azotar sus rostros. Cada uno de ellos tiene sus necesidades y familias a las cuales mantener, y al igual que yo, el restaurante es lo único que tienen.

Guardo el papel en uno de los cajones del escritorio, tratando que aquel quede sepultado en la oscuridad para siempre, mientras rezo porque su existencia sólo se trate de un error o una terrible pesadilla.

Los sábados cerramos temprano, por lo que aprovecho el resto del día para visitar a mamá. Apenas cruzo la puerta principal de la casa, el aroma dulce a frutas llena mi nariz.

La cocina está cálida, llena de vapor y frascos cerrados sobre la encimera.

—Siéntate, te daré tostadas con mermelada.

Sonrío y hago caso a sus palabras.

—¿Es de fresa?

—¿De cuál más iba a ser?

Mi madre, además de tener un talento innato con la mermelada, tiene facilidad para hacerme reír en los peores momentos. Justo lo que necesito. Ella se acerca con la cuchara de madera para darme de probar un poco.

El sabor dulce invade mi boca y gimo de gusto.

—Está increíble, como siempre.

—Claro que está increíble, es mi receta —responde, abordada una falsa arrogancia.

Niego, un poco más animada, y cuando estoy por agregar algo más, el teléfono vibra dentro de los bolsillos de mis pantalones.

Stephannie.

—¿Dónde estás? —pregunta al instante en que atiendo la llamada.

—En casa de mamá.

—Perfecto, entonces iré para allá, pero antes pasaré por ti. Quiero que estés lista en veinte minutos —pide—. No quiero llegar con las manos vacías, así que necesito que me ayudes a comprar algo para cenar.

Antes de que pueda contestar, cuelga la llamada.

Bufo mientras guardo el teléfono.

—¿Problemas? —consulta mamá, dejando el plato de pan junto al tarro de mermelada en la mesa.

—Peor, Stephannie.

Y eso basta para hacerla reír.

∞∞∞

Media hora más tarde camino junto a mi amiga entre los pasillos de un supermercado. Ella va delante de mí, hablando sobre algo relacionado con uno de los hoteles de su padre. Por desgracia, mi mente está dispersa como para seguirle el ritmo por completo.

—Giovanna.

Parpadeo varias veces y levanto la cabeza. Steph me observa desde el otro lado del carrito con los brazos cruzados.

—¿Qué?

—Eso mismo iba a preguntarte yo. Llevo hablando sola casi diez minutos —refunfuña en lo que toma algo de la estantería y lo deja dentro del carrito—. ¿Te pasa algo?

—No.

Mi respuesta es rápida. Agarro un paquete de láminas para lasaña y lo observo.

—¿Qué te parece la lasaña?

Stephannie entrecierra los ojos.

—Sabes que me gusta.

Su tono me deja en claro que entiende lo que intento hacer, pero para mi suerte no insiste de nuevo. Recorrimos varios pasillos más mientras ella llenaba el carrito de cosas innecesarias. Vino, queso, postres y demasiados aperitivos para una cena de tres personas.

—¿Piensas alimentar un ejército acaso?

—Es mi dinero, y no me molesta. Así que déjame gastarlo en paz.

Suspiro y niego con la cabeza.

Por desgracia, eso no consigue despejarme por completo. Mi mente sigue regresando una y otra vez al Monroe y a las cuentas atrasadas.

Cuando volvemos a casa de mamá, el ambiente vuelve a sentirse cálido y tranquilo. Stephannie se sienta en la sala junto a ella y comienzan a hablar. Yo, en cambio, me refugio en la cocina. Es la única forma que conozco de poner en orden mi cabeza.

La salsa hierve y aprovecho de acomodar una nueva capa de pasta sobre la fuente. Luego me dispongo a cortar un poco de orégano seco, pero me distraigo al escuchar las risas de mamá y la voz de Steph hablando sobre uno de sus tantos viajes a Milán.

Intento concentrarme en lo que estoy haciendo, a pesar de que mi mente busca la manera de ir contra mí.

«Ha sido la semana más interesante de toda mi vida».

Aprieto la mandíbula.

¿Qué demonios me está pasando?

El cuchillo resbala sobre mis dedos y el ardor aparece de inmediato.

—¡Mierda!

Suelto el cuchillo mientras noto la pequeña línea roja en uno de mis dedos. ¿Dónde carajos tengo la cabeza? Siento pasos acercándose. Mi madre es la primera en aparecer en la cocina, seguida de mi mejor amiga.

—¡¿Giovanna, pero qué pasó!?

—Nada, mamá. Estoy bien… —murmuro con calma mientras dejo correr agua fría sobre el corte.

Steph suspira y toma el pequeño botiquín sobre la nevera. Pongo los ojos en blanco mientras ella toma mi mano para desinfectar la herida y colocar una curita.

—Listo —simplifica en cuanto esboza una tierna sonrisa—. Aquí no pasó nada.

Mamá me observa varios segundos antes de asentir con alivio.

—Déjalo, solo intenta descansar un poco, hija.

Asiento, aunque las tres sabemos perfectamente que eso no va a pasar.

∞∞∞

Luego de despedirme de mamá con un abrazo, entro al auto junto a Stephannie. La ciudad estaba mucho más tranquila a estas horas.

—Bien, ¿piensas decirme en que estuviste pensando todo el día?

Giro el rostro en su dirección.

—¿De qué hablas? —Frunzo el ceño—. No sé a qué quieres llegar.

—Pues, no parecías tú misma.

Suelto aire y apoya la cabeza contra el respaldo del asiento.

—Tienes razón, tanto trabajo me está volviendo loca.

Ella hace una mueca.

—Claro, seguro que es eso. —Sonríe y gira el volante—. Menos mal, por momentos pensé que esa distracción tenía nombre y apellido.

Me quedo quieta por segundos. Después miro hacia la ventana.

—Pues sí, pensaste mal.

Stephannie no insiste, y yo se lo agradezco. Cuando llegamos a mi edificio, me despido con rapidez antes de que se le ocurra algo nuevo para molestarme. Subo al departamento, me despojo de mi ropa y entro al baño. El agua caliente cae sobre mi cuerpo mientras cierro los ojos.

Minutos después y ya dentro de la cama, observo el techo oscuro de la habitación. El cansancio empieza a caerme encima con lentitud. Mañana es domingo, y el local no abre los domingos, lo que significa dos cosas: la primera es que podré descansar igual que un oso, y la segunda, que tendré que esperar hasta el lunes para volver a ver a Lorenzo.

La idea aparece tan rápido y natural que yo misma me quedo quieta por segundos.

¿Pero qué carajos…?

Arrugo el entrecejo y giro sobre la almohada.

Debo estar demente por pensar en él.

Sí, definitivamente. No hay duda.

Estoy perdiendo la cabeza.

Capítulo 8

Abro los ojos cerca del mediodía.

Esta vez no me despierta la alarma. El departamento está en silencio, y durante varios segundos me quedo quieta mirando el techo tratando de entender qué demonios debo hacer con tanto tiempo libre.

Stephannie ahora mismo no es una buena idea, menos con todo lo que pasó ayer. Lo menos que quiero son preguntas, solo descansar.

Resoplo y termino levantándome de la cama. Entro al baño, me ducho y dejo que el agua tibia despeje mi mente. Cuando salgo, me visto con el pijama de estar en casa y me voy a preparar el desayuno.

Café, pan y un poco de la mermelada que me traje de casa de mamá.

Me siento frente al televisor con el plato sobre mis piernas, y trato de buscar algo que ver. No tengo suerte. Un programa absurdo llena el lugar de ruido mientras termino de comer. Quiero distraer mi mente para que esta no termine volviendo a lo mismo.

Dios.

Apoyo la cabeza contra el respaldo del sofá y cierro los ojos pocos segundos. Estar en esta casa desolada es peor de lo que pensaba. Quizá, tendría que haberle hecho caso a mi madre cuando me dijo que una mascota no sería tan mala, y alegraría mis días. No he adoptado una porque no me gustaran, sino porque no me apetecía descuidarla por el trabajo. No se lo merecía. Nadie se lo merece.

—Tal vez salir un rato me haría bien.

La idea no es mala. Necesito aire, y algo con lo que distraerme.

Luego de dejar todo limpio y en su lugar, me cambio de ropa. Un vestido azul cielo sencillo, flores blancas y una chaqueta blanca tejida.

—Bueno, a ver cómo nos va —susurro ante el espejo antes de tomar mi bolso.

Florencia está especialmente hermosa hoy domingo. Eso, y rebosada de turistas y familias atraídas por la melodía de los músicos y el aroma a café. Camino sin rumbo fijo, me pierdo entre las calles y sonrío al sentir el frescor del viento tocar la piel de mi rostro. En cierto punto llego a disociarme de la realidad y solo sigo mi instinto, perdiéndome entre callejones llenos de casas de antigüedades.

Suelto un suspiro al salir del callejón, y cuando levanto la vista otra vez, no puedo evitar soltar una risa irónica.

De alguna forma llego al Monroe, casi como si mis pasos hubieran tomado el camino de vuelta a casa. El restaurante luce distinto estando cerrado. Observo las ventanas oscuras y siento mi pecho apretarse.

¿Qué pasará si la situación empeora?

¿Qué será de todos nosotros? ¿De Rodolfo, Kevin, Marco y Katherine?

¿De mí?

Mis ojos se detienen en el letrero del local.

Ahora entiendo la insistencia de Katherine con Lorenzo Moretti. La importancia que había detrás de su petición. Si él hace una buena crítica… tal vez las cosas podrían llegar a mejorar. Quizás el restaurante vuelva a llenarse como antes y las deudas dejarán de perseguirnos.

Aprieto las manos.

Todavía hay esperanzas.

Katherine confía en mí, todos lo hacen. Y no puedo defraudarlos.

Doy una bocanada de aire y me obligo a apartarme de la entrada, necesito seguir el día y no arruinarlo por culpa de mis pensamientos. Camino unos cuantos pasos cuando el sonido de un motor me hace girar el rostro. Un Maserati gris se detiene a pocos metros, y mi

corazón comienza a latir con ganas antes de que Lorenzo salga del auto. Lleva puestas gafas de sol y traje negro.

Varias mujeres que pasan por su lado se le quedan mirando.

Dios santo, no las culpo.

Debería ser ilegal verse así un domingo al mediodía.

—Sabes, acabo de recordar que no tengo tu número de teléfono.

Lorenzo se acerca, y una risa amenaza con escaparse de mis labios, pero consigo contenerla.

—¿Qué haces aquí un domingo? —continúo caminando, él no tarda en seguirme—. ¿Pretendes que cocine en mis días libres?

—No exactamente. —Carraspea—. Recién me liberé de mis obligaciones, y lo primero que hice fue venir a verte. —Lo miro de reojo, él sigue luego de aclarar su garganta—. Además, es un buen día para conocer la ciudad, ¿no?

Muerdo el interior de mi mejilla.

Me detengo en seco, y él hace lo mismo.

—Esta vez el recorrido será a pie.

—Encantado.

Seguimos caminando por las calles de Florencia mientras le explico pequeños detalles de algunos edificios por los que pasamos. Lorenzo escucha con atención. A veces hace preguntas absurdamente específicas, mientras que otras solo observa alrededor como si estuviera tratando de memorizar cada rincón.

Terminamos sentados frente a una heladería pequeña. El aire mueve mi cabello en lo que observo a las familias caminar por la plaza con helados en las manos.

—Entonces… —Apoyo el codo sobre la mesa—. ¿Todo salió bien con tu reunión?

Lorenzo aparta la mirada por un instante.

—Sí, bueno…

Un teléfono vibra antes de que termine la frase. Él frunce el ceño, y saca de los bolsillos de sus pantalones el teléfono antes de ver la pantalla y suspirar.

—¿Me das un minuto?

Asiento, justo antes de que se aleje para contestar. Su voz es baja como para entender algo, por lo que aprovecho el momento

para mirar y sonreír hacia un par de niños corriendo. Por momentos estoy así, perdida en mis pensamientos vagos.

—Perdona la molestia.

Parpadeo varias veces cuando vuelve a sentarse frente a mí. Vuelvo en sí al instante, y me enderezo en la silla.

—¿Todo bien?

—Sí.

No parece querer profundizar en eso. Se queda callado y sonríe levemente.

—Quiero mostrarte algo. —Mis ojos se iluminan de curiosidad y él ríe por lo bajo—. Pero necesitaremos el auto.

∞∞∞

Algo me dice que debería ser incómodo estar junto a un hombre a solas en su auto, que debería sentirme tensa junto a él, pero por alguna razón, no me siento para nada así. Recuerdo que es peligroso, pero también trato de no darle tantas vueltas a la situación.

Conecto mi teléfono al sistema del auto luego de decirle a Lorenzo y empiezo a buscar alguna canción hasta que una melodía conocida invade el vehículo.

Él gira el rostro y una risa suave escapa de sus labios.

—Te gusta mucho esta música, ¿no?

La sonrisa crece en mis labios mientras subo el volumen. ¿Debo responder lo que pienso? Muevo mis dedos entre ellos, tratando de calmar los nervios. ¿Por qué estoy así por una simple pregunta?

Trago saliva y miro por la ventana, buscando algún escudo invisible que logre protegerme de lo que sigue.

—La canción me recuerda a alguien.

Puedo ver la mirada de Lorenzo por reflejo en la ventana, sus cejas se arquean sin apartar la vista del camino pero no me atrevo a girarme. La canción continúa sonando y yo termino por relajarme contra el asiento.

—¿A quién?

Abro la boca y cierro los ojos al instante.

Maldición.

No respondo. Decido ignorarlo antes de morir de vergüenza.

Minutos después, el auto disminuye la velocidad frente a un edificio, y siento como mi respiración se detiene al leer el letrero.

Magazine Hotel & Suites.

Siento mi corazón latir con fuerza al ver que Lorenzo baja primero y rodea el vehículo para abrirme la puerta. Lo observo varios minutos antes de aceptar su mano.

¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué estamos aquí?

¿Por qué no soy capaz de preguntarle?

Un botones se acerca y Lorenzo le entrega las llaves del auto y empieza a caminar hacia la entrada. Yo camino a su lado, tratando de ignorar el ligero temblor de mi cuerpo. La recepción es enorme. Suelos de mármol claro, lámparas doradas y un leve olor a vainilla flotando en el ambiente. La recepcionista sonríe cuando el rubio la saluda antes de entrar en el ascensor. Mi mente empieza a trabajar por sí sola.

¿Y si él me trajo aquí para…?

No, Giovanna, deja de actuar como una adolescente.

Las puertas del ascensor se abren varios pisos después. Avanzo junto a él por el pasillo elegante hasta que se detiene frente a una puerta donde coloca una clave. Cuando abre la puerta, mis ojos no dudan en recorrer lo que están viendo.

La habitación parece un departamento de lujo más que una simple suite. Los ventanales enormes con vista a la ciudad, una sala enorme acompañada de luces cálidas y una cocina moderna al fondo.

—Adelante —señala, ciertamente encantador—. Ponte cómoda.

Siento la sequedad en mi garganta.

Estoy a punto de preguntarle por qué demonios me trajo aquí, pero no me da oportunidad, no cuando se pierde directamente hacia la cocina. Se quita el chaleco sin prisa y se remanga la camisa negra hasta los antebrazos. Varios botones se desabotonan por el movimiento, por lo que me encuentro viendo parte de su piel.

Sin dudas, tiene buen cuerpo.

Luego, de la nada, comienza a sacar ingredientes.

Parpadeo confundida.

—¿Qué haces?

Lorenzo levanta la vista mientras toma un cuchillo.

—Cocinar.

Me quedo quieta observándolo. Comienza a picar verduras con precisión.

¿Cocinar?

—¿Qué haces ahí parada? —pregunta divertido—. Siéntate.

Obedezco y tomo asiento frente a la isla de la cocina

—¿Vas a cocinar… para mí?

—Estuve estos dos días practicando algunas cosas, y quería enseñarte —responde, sin dejar de prestar atención a la tabla de picar—. Pero sabía que hacerlo en el Monroe sería imposible, así que te traje aquí.

Trago saliva y bajo la vista a mis manos.

Carajo.

Toda la tensión absurda que había construido en mi cabeza empieza a desarmarse poco a poco. Lorenzo continúa moviéndose por la cocina con tranquilidad.

—¿Y qué estás preparando, exactamente?

Pongo los codos sobre la encimera.

—¿No se supone que los chefs odian que revelen sus platos antes de tiempo?

—Sí, pero tú eres un crítico, no un chef.

La risa que sale de sus labios es baja.

—Soy ambas cosas, pero tomaré eso como un cumplido.

Resoplo y niego mientras lo observo. Sus manos son rápidas y se manejan con facilidad.

—Lo haces muy bien.

Lorenzo deja el cuchillo a un lado y se gira hacia mí.

—Casi todo lo aprendí de mi abuela paterna. Se pasaba la mayoría del tiempo cocinando y obligándome a ayudarla.

—Eso debió ser divertido.

—Más bien traumático.

El sonido del aceite caliente empieza a llenar la cocina junto al aroma del ajo y especias. Mi cuerpo se relaja al verlo cocinar. Mis ojos terminan recorriendo el lugar otra vez.

—¿Te hospedas aquí desde que llegaste? —Él asiente—. Debe costar una fortuna.

—No es un problema para mí.

El rubio toma la sartén y empieza saltear poco antes de hablar.

—Aunque casi no he estado aquí…

—¿Porque te la pasas recorriendo media Florencia?

—Porque desde que llegué, he estado contigo.

Lorenzo vuelve a concentrarse en la comida. Reconozco algunos ingredientes: coco, cilantro, curry rojo… pero también hay otras cosas que me extrañan.

—¿Puedes decirme al menos qué cocina es?

—Tailandesa —responde—, aunque con algunas modificaciones mías.

—Jamás he probado la cocina tailandesa auténtica.

—Entonces hoy será tu primera vez.

Siento calor subir por mi cuello.

Varios minutos después, coloca un plato frente a mí. Fideos de arroz salteados con camarones, vegetales crocantes, salsa cremosa de curry y coco, acompañado de maní tostado y unas gotas de lima.

—Pad Thai. —Sus ojos reposan en mí con atención—. Anda, pruébalo.

Tomo el tenedor, el vapor sube frente a mi rostro mientras enrollo un poco de los fideos y doy el primer bocado. *Dios mío*. El sabor explota en mi boca. Dulce, salado, picante y cítrico al mismo tiempo. Los camarones están cocidos a la perfección y la salsa termina de envolver todo en cada bocado.

Gimo de gusto sin poder evitarlo.

—Tomaré eso como una buena señal.

—Está increíble.

—Me alegra que te haya gustado.

Asiento mientras vuelvo a comer. Entonces lo recuerdo, y bajo el tenedor. Un solo plato. Mis ojos vuelven a Lorenzo. ¿En verdad no piensa probar un bocado?

—¿Cocinaste solo para mí?

Se encoge de hombros.

—Como te dije, no suelo comer de noche.

Muerdo mis labios y antes de que pueda responder, toma mi tenedor directamente de mi mano y prueba un pequeño bocado.

—Aunque supongo que hoy puedo hacer una excepción.

Mi corazón se mueve con fuerza. Bajo la vista otra vez, intentando ocultar el desastre que debe ser mi cara ahora mismo. Continúo comiendo y trato de respirar con normalidad.

—Espera, tienes algo aquí.

Levanto el rostro y él se acerca lo suficiente como para rozar con el pulgar la comisura de mis labios y limpiar restos de salsa. El contacto dura segundos, pero siento el calor atravesarme.

—Gracias.

Lorenzo me observa unos segundos que siento eternos antes de apartarse.

—De nada.

Termino el plato intentando ignorar mi propio cuerpo traicionándome cada cinco minutos. Cuando finalmente dejo los cubiertos a un lado, me levanto.

—Yo lavaré esto.

—Giovanna, no hace falta.

—Cocinaste para mí, deja que al menos haga algo.

Escucho su voz detrás de mí mientras abro el grifo. El agua tibia cae sobre mis manos. Aprovecho esos segundos para recuperar la compostura, necesito con urgencia dejar de reaccionar así por culpa de un hombre.

—Me voy mañana.

El plato casi resbala de mis manos. Me quedo quieta varios segundos de espaldas a él mientras el agua sigue corriendo. *Mañana.* ¿Por qué me sorprende? Lorenzo Moretti no vive aquí, todo esto es temporal desde el inicio.

—Tengo otros asuntos que atender y no puedo quedarme más tiempo. —Su voz es suave, casi en un susurro—. Mi vuelo sale en la noche, así que iré mañana a despedirme.

—Bueno, ¿debes seguir el viaje, no?

Lorenzo no responde enseguida, solo me observa como si me intentara descifrar, pero yo sigo concentrada en el plato.

∞∞∞

Al final, termino rechazando que Lorenzo me lleve a casa.

—Está bien, de verdad —insisto, sabiendo que mis ojos están perdidos, cuando esperamos afuera del hotel—, tomaré un taxi.

—Giovanna…

—No me pasará nada, estaré bien.

Sé que no piensa dejar de insistir, por eso, en cuanto veo un taxi a la distancia lo detengo. Abro la puerta, pero él la sostiene antes de que entre.

—Dame tu número.

—¿Qué?

—Así podré quedarme más tranquilo, y saber que llegas bien.

Lo observo varios segundos, pero no por mucho; el taxímetro sigue corriendo. Termino diciéndole mi número y momentos después, siento mi teléfono vibrar.

—Listo, también tienes mi número —dice, guardando el móvil con una sonrisa en el rostro—. No olvides avisar cuando llegues a casa. Que tengas buena noche.

—Igualmente, Lorenzo.

Entro al coche antes de arrepentirme. Durante el camino de vuelta no puedo evitar pensar en él. Maldigo entre dientes. Cuando llego a casa, entro directo al baño. En el momento en que el agua caliente cae sobre mi cuerpo, cierro los ojos. No logro despejarme, porque cuanto más intento de dejar de pensar en Lorenzo Moretti, más presente parece estar en mi cabeza.

Salgo del baño envuelta únicamente por una toalla. Mi piel sigue caliente, y no por la ducha. Camino hasta la habitación y abro uno de los cajones inferiores del clóset y empiezo a mover todo hasta encontrar una pequeña caja olvidada al fondo. La observo varios minutos.

Lo había comprado hace muchísimo tiempo. Una de esas compras impulsivas que nunca terminé usando por falta de tiempo… o ganas.

Hasta ahora.

Estoy temblando al acostarme sobre la cama, a un lado está mi teléfono, la pantalla se enciende al llegar la notificación por parte de Lorenzo a mi mensaje de que había llegado bien. El silencio del departamento vuelve a envolverme mientras lo coloco boca abajo y enciendo el vibrador. El sonido bajo de la vibración llena la habitación. Cierro los ojos al apoyar la cabeza contra la almohada. Intento pensar en cualquier otra cosa, pero el fuego en mi interior sigue creciendo al simple recuerdo de su persona. Sus manos. Su voz. Sus ojos.

«Desde que llegué aquí, he estado contigo».

Un escalofrío me atraviesa al apoyar el aparato en mi coño húmedo.

—Oh.

Mi cuerpo entero reacciona antes de que pueda seguir negándolo. Dejo que los gemidos y sonidos obscenos salgan de mi boca. Y cuando el orgasmo rompe mi cuerpo por completo, lo hago con el nombre de una sola persona saliendo de mi boca entre lágrimas.

—Lorenzo.

Capítulo 9

No estoy de humor, y aunque todos parecen notarlo, nadie dice nada. Había llegado temprano a la cocina y pasado las primeras horas con la mirada fija en mis manos. Al menos hasta que entraron Rodolfo y Marco por la puerta de la cocina.

—Ey, buen día.

Marco, el más joven de los cocineros, pasa por mi lado y me da un beso en la mejilla a modo de saludo. Rodolfo se coloca el delantal, encendiendo la cocina para empezar a preparar varios caldos que nos servirían para las pastas y otros platillos.

—¿Es cierto que ese hombre se va del país?

Miro a Rodo enseguida y antes de que le pueda preguntar cómo se enteró, me responde.

—Hoy se cumple la semana desde que llegó aquí, así que lo supuse.

Una semana desde que Lorenzo Moretti llegó a Florencia.

¿Tan rápido ha pasado el tiempo?

—¿Cuándo crees que suba la reseña? —Marco se encuentra picando varias cebolletas.

Su reseña del Monroe, más esperada por nosotros que por sus seguidores y revistas gastronómicas. Ni siquiera la habíamos mencionado las veces que nos vimos, ¿cuándo la haría? No tengo ni la más pálida idea.

—Seguramente unas semanas después, como todos los críticos.

Muevo mis dedos.

—Sería perfecto si nos diera una buena calificación, además, los platos que preparamos fueron excelentes. —Ladea el rostro—. Sin contar que le ayudaste con esa cosa de la guía turística.

—Igual no nos garantiza nada. —Esta vez, Rodolfo es quien suelta un suspiro—. Solo nos queda esperar.

Esperar.

Desgraciadamente, lo menos que tenemos es tiempo. Apenas podemos mantener el servicio nosotros tres en la cocina, sin contar los turnos rotativos de la barra. La única salvación sería tener una buena reseña, no hay de otra.

Sino sería nuestro fin.

Pero Rodo tenía razón en algo, la decisión final no la tenemos ninguno de nosotros, todo recae en las manos de Moretti. Muerdo mis labios sin importar que pueda dejar una marca. Experimento tanto la rabia como la vergüenza. Una contradicción constante que no puedo dejar ir de mi pecho. ¿Qué me ha pasado ayer? ¿Cómo carajos pude caer en mis deseos más bajos?

Hacía mucho que no me masturbaba, para mí, el placer no es algo necesario o infaltable. Podría estar los 365 días del año sin sexo y estar como si nada. No me hace falta, mucho menos estoy deseosa de él.

¿Entonces por qué pasó eso ayer?

La molestia hacia mí misma por no poder controlarme es mucho más fuerte. Kevin es el último en entrar por la puerta y me sonríe, dejando una comanda a mi lado. No me molesto en preguntar por qué ha llegado tarde, ya en él es costumbre.

Despierta, Giovanna.

Hay algo más importante justo en tus manos. Tomo una bocanada de aire y miro a los chicos.

—Pasta negra con crema bechamel y hongos chitake. Como entrada, papas bravas con base de manteca, ajo y perejil.

No sé quién carajos podría desayunar un plato como este tan temprano, pero todos comenzamos a trabajar, y las comandas siguieron una tras otra.

—Un poco de pimienta le vendría bien. ¡Marco! ¡Cuidado con pasar de más los mariscos!

El servicio continúa, los platos salen uno tras otros y ya no existe nada más, solo la cocina del Monroe.

—¡La mesa siete está lista!

—¡Rodolfo, necesito esos raviolis ya!

Respiro hondo y cierro los ojos.

Soy Giovanna Greco, la jodida chef de este restaurante, y no puedo dejarme vencer. Ni siquiera por el cansancio.

—¡Vamos, chicos, más rápido!

El desayuno y almuerzo avanzan mejor de lo que esperaba. Unas cuantas mesas están ocupadas pese a ser inicio de semana, y eso me alivia y preocupa a partes iguales, mucho más de lo que quiero admitir.

—Chef.

Levanto la vista hacia Kevin, que acaba de entrar en la cocina.

—¿Qué pasa?

—La están buscando.

—¿Un cliente? —pregunto, sin dejar de decorar un plato.

—Lorenzo Moretti.

Me detengo al instante.

«Iré mañana a despedirme.»

Sus palabras aparecen en perfecto estado en mi mente, junto al hecho de que vendría antes de irse. Trago saliva y aparto mis manos del plato.

—Rodolfo, ¿podrías ayudarme con esto?

Salgo de la cocina junto a Kevin.

—¿Dónde está?

—Esperando afuera.

Asiento y atravieso el restaurante con el delantal puesto. Al salir, el aire frío me hace cruzarme de brazos. No ha sido buena idea salir sin abrigo. Sin embargo, ahí está.

Incluso ahora, en medio de la oscuridad, logra verse ridículamente bien.

Su sonrisa aparece de inmediato al verme.

—Giovanna.

—Lorenzo.

Mi voz es seca, quizá porque todavía no logro mirarlo sin recordar lo que pasó anoche en mi habitación.

—No tengo mucho tiempo. —Se mete una mano dentro del bolsillo de su saco—. Debo irme en pocas horas, pero antes quería

darte esto.

Extiende un sobre hacia mí y arrugo el entrecejo sin tomarlo.

—Si es dinero, no hace falta, no aceptamos sobornos.

Una risa escapa de sus labios.

—No es eso.

Dudo antes de agarrarlo. El papel toca mis dedos, y abro el sobre con cuidado. Mis ojos recorren el encabezado, y al momento de leerlo, me quedo quieta.

Esto…

El sello Michelin brilla en la esquina superior de la hoja.

—¿Qué es esto? —Me quedo sin palabras, pero no me detengo en seguir leyendo—. No es posible.

Levanto la cabeza de golpe.

En mis manos no hay nada más ni nada menos que una invitación para la próxima competencia gastronómica a realizarse en California, Estados Unidos.

—Esto está mal, nosotros nunca nos postulamos.

Lorenzo me observa, y entonces comprendo.

—Tú nos postulaste… —susurro.

—Como jurado, tengo derecho a recomendar a un candidato. Y el Monroe me pareció el indicado. —Mi corazón late sin freno, desbocado como un corcel—. Es una oportunidad importante, Giovanna. Tanto para el Monroe como para ti. Incluso si no llegas a ganar, el simple hecho de estar en la competencia podrá abrirte muchas puertas.

Vuelvo a bajar la vista hacia la carta. California. La oportunidad única de participar en un concurso tan importante, y las posibilidades de que el Monroe salga victorioso. Por un instante puedo imaginarlo con claridad. El restaurante lleno otra vez, Katherine sonriendo y sin tanto peso encima, y nosotros respirando tranquilos después de años.

Pero la sensación dura poco en cuanto la realidad vuelve a caer encima.

No puedo irme, mucho menos abandonar esta cocina justo ahora. Aprieto el sobre entre mis dedos.

—Lorenzo, de verdad te lo agradezco… —murmuro, dolorida por como sus cejas se fruncen—. Pero no puedo aceptarlo.

—¿Por qué?

¿Es una broma? ¿En serio debo decírselo?

Suelto una risa carente de humor.

—No puedo dejar sola la cocina, el Monroe apenas se mantiene en pie. —El viento frío hace que vuelva a cruzarme de brazos—. No pienso desaparecer días enteros e ir a otro país y dejar que todo se caiga a pedazos aquí. El restaurante me necesita.

El rubio guarda silencio. Eso es mucho más incómodo que alguna respuesta.

—¿Podrías pensarlo mejor?

—Ya pensé lo suficiente.

—No, no lo has hecho —insiste—. No debes preocuparte por gastos, todo estará pago. Vuelo, hotel, incluso la estadía. No tendrías que preocuparte por nada.

Bufo.

Si tan solo entendiera que el dinero no es el problema.

¿Cómo podría saberlo él?

—Igual, no puedo.

Lorenzo baja la mirada y asiente despacio. No parece molesto, solo decepcionado. Mira su reloj y suspira antes de volver a mí.

—Debo irme, ya es tarde.

Afirmo con la cabeza, supuse que diría eso.

—Buen viaje, entonces —carraspeo—. Espero que tu estancia en Florencia haya sido agradable.

—Lo fue, mucho más de lo que esperaba.

Mi pecho se contrae de manera absurda.

El ruido lejano de la ciudad llena el silencio entre nosotros.

—Supongo que aquí termina todo.

—Supongo.

Una sonrisa melancólica deslumbra su rostro, como si creyera que no me percato de lo que esconde.

—Aun así, espero que puedas pensar en lo de California.

—Veré qué puedo hacer.

Bajo la mirada hacia el sobre que todavía sostengo entre mis manos. No me gusta mentir en su cara, pero no tengo de otra.

—Adiós, Giovanna.

—Adiós, Lorenzo.

Estoy preparada para verlo irse, de verdad lo estoy. Pero entonces él se acerca, inclina su rostro hasta el mío y siento sus labios rozar mi mejilla. El perfume de Lorenzo invade mis sentidos, y mi corazón golpea tan fuerte que tengo miedo de que él pueda escucharlo.

Cuando se separa, sus ojos permanecen sobre los míos.

—Cuídate.

Lo observo caminar hacia su auto. No me muevo ni un centímetro, solo hasta que escucho el motor encenderse y el auto desaparece por las calles, suelto una bocanada de aire.

—¡Chef! —Parpadeo varias veces al escuchar la voz de Kevin—. ¿Todo bien?

—Sí, claro —miento.

El camarero mira el sobre en mis manos con curiosidad, pero no soy capaz de decirle algo.

—Necesitan de su ayuda en la cocina.

Regreso al interior del Monroe, dándome cuenta de que algo se siente distinto. Tal vez porque Lorenzo ya no está en Florencia. O tal vez, porque por primera vez en tantos años, había sentido cómo era ser vista más allá de la cocina. Guardo el sobre dentro del bolsillo de mi delantal justo en el momento en que vuelvo junto a los chicos.

—¿Qué tal te fue? ¿Bien? —pregunta Rodolfo, moviendo una sartén.

Asiento, aunque ni yo misma sé qué estaba bien o mal.

—Sí, solo… sigamos con el trabajo.

Cuando cerramos la cocina, Marco es el primero en despedirse, seguido de Kevin y por último Rodo.

—Descansa un poco —aconseja.

—Lo intentaré.

Espero hasta quedarme completamente sola antes de sacar otra vez el sobre.

California.

Paso los dedos por el sello Michelin, sintiendo un vacío en el pecho. Lorenzo realmente creyó que yo podía lograr algo así, pero lo había defraudado.

¿Cómo puedo abandonar el restaurante ahora?

Suelto un suspiro y vuelvo a guardarlo.

Minutos después, termino caminando rumbo a casa con el frío de la noche acompañándome. Durante todo el recorrido, puedo sentir la ciudad más silenciosa.

Capítulo 10

Stephannie se había propuesto a impedir que pensara demasiado o que terminara sumida por completo en el trabajo. Para ella, el estar a mi lado se le da con facilidad. Todas y cada una de las mañanas siguientes desde que Lorenzo se fue, me obligó a salir a desayunar juntas antes de ir al Monroe. Algunas tardes al salir del trabajo me había arrastrado a una librería con la excusa de querer comprarse el último libro de L. M. R. Bello, la autora de romance de la que toda Florencia estaba hablando por su último lanzamiento de la mafia rusa.

Pero claro, no todo había terminado ahí.

Había aparecido en mi departamento un sábado con comida para llevar y la excusa de que aquella solamente se podía disfrutar con una buena película. En su momento solté un suspiro y sonreí para mis adentros al verla esforzarse, aunque no sabía por qué con exactitud. La película no había durado mucho, no cuando ambas terminamos dormidas en el sofá.

Steph tiene buen sueño, me queda claro cuando me despierto y me quedo con la mirada fija en el techo, divagando. Ella dice que necesito una vida social, a lo cual yo le recrimino que no tengo tiempo.

Ninguna le cree a la otra.

Ni siquiera yo me creo a mí misma.

«Solo debes aguantar».

Me repito una y otra vez la frase. Solo debo aguantar, sonreír y tratar de no preocupar a nadie más de lo necesario. Ir al trabajo como de costumbre, cocinar y despachar platos y, en cuanto volviera a casa, todo volvería a ser igual. Casi de rutina, abro el cajón de mi

mesa de noche y saco el sobre que lleva consigo el motivo del tormento de la última semana. Me quedo ahí, observándolo hasta volver a tropiezos a la realidad.

California.

La carta permanece intacta después de una semana, pero el tiempo sigue avanzando. Mis ojos se fijan en la fecha límite para confirmar mi participación.

Tres días.

Tres.

El simple hecho de pensar en ello hace que sienta una presión agobiante en todo mi cuerpo. Como si mi propio ser fuera consciente de la puerta que está cerrándose con lentitud frente a mí. Solo yo soy la responsable.

Suspiro y dejo la carta en el mismo sitio.

Además de eso, la reseña del Monroe sigue sin aparecer en los foros y periódicos. Rodolfo, Marco y Kevin se encargaron de comprar uno cada día con la esperanza de ver aquellas líneas. Pero en todas esas veces, no hubo éxito. Lo cual tampoco ayuda.

Es increíble cómo los días pasan y con ello, ninguna noticia. Ni buena ni mala. Solo un silencio constante, algo mucho peor que pensar demasiado. Y por si no fuera suficiente para aumentar mi ansiedad, un mensaje de Katherine me llegó la noche anterior.

«Estaré mañana en Florencia, te espero a la noche en el Monroe».

Breve y directo, nada más. Sin explicaciones, contexto o siquiera un saludo. No me incomodó, no al saber que aquello es típico de ella.

Miro el reloj mientras termino de colocarme el abrigo. Últimamente hace más frío de lo normal, o puede que sea una mala pasada de mi imaginación.

—Bien, Giovanna —me murmuro a mí misma frente al espejo antes de salir—. Llegó el momento.

No me preparé porque algo malo fuese a pasar, no, muy al contrario. Me preparé porque, si algo sé sobre Katherine Monroe, es que jamás hace una sola pregunta.

Jamás.

∞∞∞

Llegué a la hora acordada.

La persiana principal permanece cerrada, tal y como me había indicado ella, quien había usado sus propias llaves para abrir antes de mi llegada. Empujo la puerta lateral sin seguro, y entro.

—¡Florecilla!

No tengo tiempo de reaccionar porque aparece de la nada y me envuelve en un cálido abrazo.

—Hola, Katherine.

—Dios mío, no sabes lo mucho que he extrañado Florencia. —Se aparta lo suficiente para mirarme—. No tienes idea de lo ruidoso que es Estados Unidos.

Asiento.

«Lo ruidoso que es Estados Unidos».

Suelto una risa, y sin poder evitarlo, pienso en Lorenzo.

Es extraño, no me imagino cómo alguien como él puede preferir el caos constante antes que la calma. Aunque, quizá, debo definir lo que es la calma para mí.

—Ven, pequeña.

Katherine me toma del brazo y me guía a una de las mesas. Mis ojos miran la botella de vino sobre esta, junto a las dos copas. Ambas nos sentamos y no pierde tiempo en servir.

—¿Es seguro beber después de tus exámenes médicos?

Ella alza una ceja.

—Me falta poco para morir igualmente.

Me quedo inmóvil, oyéndola soltar una carcajada.

—Oh, por favor, no pongas esa cara. —Sus dedos me señalan—. Todavía me quedan varios años, Giovanna. No me moriré tan fácil.

Tomo la copa para darle un trago.

—Ahora sí —murmura y se acomoda en la silla—. Cuéntamelo todo.

—¿Todo qué?

—Vamos, pequeña. Cómo has estado estas semanas, qué has hecho, cómo sigue tu madre y por supuesto, ¿cómo fue la semana con el crítico?

—Eso no es una pregunta, Katherine.

—Claro que sí.

—Son como diez preguntas.

—Y recién estamos empezando. —Guiña el ojo.

Niego con la cabeza mientras doy otro sorbo al vino. Nada ha cambiado. Katherine Monroe sigue siendo la misma de siempre.

—Mamá está bien, fui a verla hace unos días. Sigue empeñada en que adopte una mascota.

—Tu madre es una mujer inteligente.

—No voy a adoptar a una mascota.

—Sigues diciendo lo mismo desde hace tres años, querida.

—Y seguiré pensando igual.

La mujer se encoge de hombros.

—Ya veremos.

Resoplo.

Aunque me alegra el hecho de verla, no me gusta que toda la atención se centre en mí.

—¿Y tú? ¿Cómo te encuentras?

La veo hacer una mueca.

—Sigo viva. —Ruedo los ojos, y ella sonríe satisfecha—. Los médicos siguen siendo unos pesimistas, pero el diagnóstico fue positivo, así que supongo que eso significa que todavía me quedan varios años para molestarte.

—Es un alivio.

—Lo dices con demasiado entusiasmo.

Muevo mis dedos sobre la copa.

—Es la verdad.

Su sonrisa se vuelve más suave.

Ella, a pesar de su mayoría de edad, no deja de luchar por su vida. Incluso cuando los médicos le diagnosticaron con indicios de cáncer de garganta a una edad muy avanzada, nunca había dejado de sonreír. He estado en algunos de sus procesos, acompañándola

en las quimios, hasta en el centro comercial a por una peluca. Ahora, después de tanto tiempo, no dejo de pensar en dos cosas.

¿Cómo es posible que la vida se reduzca tan rápido? ¿Por qué nadie ha ido a verla?

Estoy segura de que Katherine Monroe es madre, pero nada más.

—¿Qué hay del crítico?

Parpadeo varias veces.

La pregunta inevitable de la noche, y la que había tratado de evitar a toda costa.

—No hay mucho que contar.

—Yo creo que sí.

Me tomo varios segundos para terminar la copa antes de responder.

—Le cociné y llevé a recorrer Florencia, tal y como me dijiste.

Por momentos nos quedamos en silencio. Katherine bebe de su copa sin decir una sola palabra, y yo aprovecho de volver a llenar la mía.

—Bueno, esperemos que la reseña sea buena.

—Eso espero también.

Los recuerdos de los últimos meses y años regresan, y sin poder evitarlo, pregunto:

—¿Piensas decirles a los chicos sobre el restaurante?

La pregunta queda ahí, en medio de nosotras. Katherine gira lento la copa entre sus dedos.

—Cariño, no creo que sean tan bobos como para no saber ya lo que está pasando.

Me quedo callada. Tiene razón, vaya que la tiene.

Marco no es tonto, Rodolfo mucho menos. Y aunque Kevin puede parecer distraído, es observador. Todos saben lo que está pasando.

Quizá no los detalles y las cifras exactas, pero sí que el Monroe se está hundiendo poco a poco.

—Algo deben sospechar —continúa Katherine—. Y si las cosas siguen yendo mal después de esta reseña, se los diré personalmente. Te lo prometo.

Tomo vino en un intento por relajarme, pero no funciona. La simple idea lleva rondando mi cabeza. Las mismas ideas que me

incomodan, asustan y no dejan de aparecer cada vez que miro aquella carta.

¿Y si existiera una forma de evitarlo?

¿Y si en realidad hubiera una manera de salvar el Monroe?

¿Y si Lorenzo tiene razón?

Aprieto la copa, y tomo aire antes de mirar a los ojos a la mujer frente a mí.

—Katherine.

—¿Hm?

—Hay algo más que no te he contado.

La mujer alza una ceja, sorprendida. No habla, dándome vía libre para seguir.

—Antes de irse, Lorenzo Moretti me dio una invitación.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué clase de invitación?

Trago saliva. La acidez se presenta en mi garganta gracias a los nervios.

—Una competencia gastronómica —suelto—, con invitados especiales de Michelin.

El silencio se vuelve tan profundo que durante varios segundos me pregunto si cometí un error al decirlo.

—¿Una… qué?

—Una competencia internacional, en California.

—¿Y representantes de Michelin estarán presentes?

—Sí.

Ella parpadea varias veces. Y antes de poder descifrarlo, una sonrisa aparece en su rostro.

—¡Esa es una noticia magnífica!

La emoción en su voz es tan genuina que me asombra.

—Eso significa que…

—La rechacé.

Su sonrisa desaparece por completo. Katherine vuelve a quedarse quieta como piedra, da un sorbo a su copa y la deja sobre la mesa en un toque seco.

—Creo que no te escuché bien, florecilla.

Maldición.

—Katherine.

—Repítelo.

—No acepté la invitación.

—No.

—Sí.

—No. —La observo confundida. Ella me señala—. Porque estoy completamente segura de que no existe forma alguna de que te hayan invitado a una competencia como ésta y tú lo hayas rechazado.

Abro la boca.

—Yo…

—No, espera —bufa y levanta una mano—. Déjame procesarlo.

La veo cerrar los ojos, luego abrirlos.

—Bien. Ahora explícame por qué cometiste semejante estupidez.

—No podía ir.

—¿Por qué?

—Porque no puedo dejar sola la cocina, el Monroe me necesita. —Su expresión no cambia ni un poco, yo prosigo—. No puedo desaparecer durante días e irme a otro país mientras el restaurante se cae en pedazos por las deudas. No sería sensato de mi parte.

Katherine sigue observándome, y cuanto más silencio guarda, peor me siento.

—¿Eso es todo?

Frunzo el ceño.

—¿Te parece poco?

—Sí —contesta, lista para dejarme sin palabras—. Como escuchaste, me parece poco.

—Katherine.

—¿Sabes cuántos chefs matarían por esa invitación? ¿Sabes cuántos pasaron años enteros esperando una oportunidad semejante?

—No se trata de eso, la verdad no me…

—Entonces dime de qué se trata.

Siento la presión creciendo dentro de mi pecho.

—Se trata del Monroe.

—No. —Su voz es firme, más de lo habitual—. Se trata de ti.

—Mi sueño está aquí.

—No, Giovanna. —Se inclina hacia delante—. Tu sueño no es este restaurante. Tu sueño es cocinar, y alguien te ofreció una oportunidad que podría cambiar tu vida.

—No necesito cambiar mi vida.

—¿Estás segura?

Quiero hablar, refutar, pero no sale nada de mi boca.

—Estás sacrificando tu futuro por un restaurante, aferrándote a un negocio del que no te beneficias desde hace años y que solo está logrando que te estanques hasta lo más hondo.

—No estoy estancada.

—¿No? —Vuelve a recostarse en la silla—. Dime cuándo fue la última vez que hiciste algo por ti. —Agacho la mirada hacia la copa, como si aquel objeto pudiera susurrarme alguna respuesta—. Trabajar, eso es lo único que has hecho por ti desde que te conocí, Giovanna. Al principio me alegré de haber encontrado una persona con tanta responsabilidad para el Monroe, pero luego de los años y de verte sumisa ante su cocina, no sabes el dolor que sentí. Siento culpa, Giovanna.

—Yo elegí esto, no tienes la culpa de nada. Nadie me obligó a aceptar tu propuesta, y no me arrepiento.

¿Cómo podría arrepentirme? Si Katherine Monroe no hubiera aparecido esa vez, ahora mismo no sé qué sería de mí. Me siento igual que el cristal de la copa siendo presionado por mis manos, estaba a punto de explotar.

Es entonces cuando reviento.

Y no me importa romperme en mil pedazos.

—¿Quieres que te explique lo que pienso? Pues bien. ¿Pero… es que no está claro? ¿No es obvio que este restaurante es lo único que tengo? ¿Que si el Monroe desaparece, también desaparece la única cosa que he construido en mi vida? —Ella me escucha, en absoluto silencio—. Aquí están mis amigos. Rodolfo, Kevin, Marco. Aquí estás tú. Todo lo que importa para mí está entre estas paredes.

—Y ese es exactamente el problema.

Me detengo y la miro.

—Has reducido tu mundo a este lugar. Llevo años observándote, escondiendo secretos a tu madre sobre tu obsesión enfermiza en este sitio. Giovanna, te he visto entrar antes que todos y de la misma manera salir después que todos. Te he visto cancelar vacaciones. Te he visto cancelar oportunidades. —Cada palabra consigue dar justo donde pretende—. Y también te he visto dejar de vivir poco a poco.

—No es sencillo.

—Claro que no es sencillo, florecilla. Las cosas importantes nunca lo son.

Me levanto de la silla, necesito moverme y un poco de aire. Hace mucho tiempo que no me siento así.

Suelto una risa amarga.

—Tengo miedo. Cada vez que pienso en California, que veo ese papel, siento que me voy a equivocar. No sé si soy lo suficiente buena para competir contra chefs de verdad.

Desvío la mirada, porque odio admitirlo.

—Cualquiera tendría miedo, por supuesto que sí. Es lo más normal del mundo, pero eres más capaz y fuerte de lo que te imaginas. —Se levanta y camina alrededor de la mesa hasta detenerse frente a mí—. Giovanna, nadie llega a la cima sin fracasar unas cuantas veces en el camino. ¿Sabes qué veo cuando te miro? —niego con la cabeza, ella levanta las comisuras—. Veo a una mujer que lleva años escondiéndose detrás de una cocina porque es el único lugar donde se siente segura. Veo a una chef extraordinaria que ha convencido a todo el mundo de su talento, menos a ella misma. Y lo más importante, veo a una mujer que acaba de rechazar la oportunidad más grande de su vida porque le aterra descubrir hasta dónde podría llegar si realmente lo intentara.

Siento como mis ojos arden e intento reprimir sin mucho éxito algunas lágrimas.

Cómo odio cuando tiene razón.

—¿Qué pasa si fracaso? ¿Si no logro ganar? —Muerdo mis labios —. No quiero perder el Monroe.

Katherine suelta un suspiro y quita de mis mejillas un par de lágrimas.

—Pequeña, si el Monroe depende únicamente de que tú renuncies a tus sueños, entonces este restaurante estaba condenado desde el principio.

Aparto la vista y mis ojos caen en las luces apagadas del salón, las mesas vacías y las sillas acomodadas a la perfección. He pasado tantos años dentro de este lugar que ya no puedo imaginar una vida fuera. El Monroe es mi hogar, pero tal vez nunca debió convertirse en mi mundo entero.

—¿Cuándo debes responder?

—En tres días.

—Aún te queda tiempo, tres días son suficientes para dejar de pensar como empleada, y pensar como la chef que eres.

Bajo la vista hacia la copa en la mesa en el momento en que todo vuelve a mezclarse dentro de mi cabeza.

—¿Y si ya es demasiado tarde?

—Cariño, algo me dice que los hombres como Lorenzo Moretti no entregan invitaciones así para olvidarlas una semana después —asegura con confianza y una mirada pícara—. Piensa bien lo que vas a hacer. Cual sea tu decisión, cuentas conmigo.

Asiento despacio.

Quizás, solo quizás, ya no estoy pensando en todas las razones para quedarme.

Sino en todas las razones para irme.

Capítulo 11

No he podido despegar los ojos de los dígitos en la pantalla de mi teléfono desde la charla con Katherine. La conversación sigue dando vueltas en mi cabeza como una canción imposible de apagar.

«Has reducido tu mundo a este lugar».

«Te he visto dejar de vivir poco a poco».

Cierro los ojos con firmeza.

Odio admitirlo, pero cada una de sus palabras ha encontrado el punto exacto al que dar dentro de mí. El reloj marca la medianoche. Ha buscado la diferencia horaria con California al menos cuatro veces durante la última media hora, como si la respuesta en internet cambiara por arte de magia para darme una excusa para no hacer la llamada.

Una llamada, Giovanna.

No puede ser tan difícil.

El teléfono sigue en mis manos, lo giro una vez y luego otra. Mis dedos rozan el nombre guardado en la pantalla.

Lorenzo Moretti.

¿Podría llamarlo después de rechazarlo? ¿Aun cuando le dije que no pensaba ir? ¿Qué se supone que debo decir cuándo conteste?

«Hola, cambié de opinión.»

Me cubro el rostro con una mano. También existe la posibilidad de que no conteste, podría estar ocupado para perder su tiempo en una simple llamada. Y si respondiera, quizá se reiría de mí.

—Maldición.

O Quizás solo debo hacer esa jodida llamada de una vez por todas.

Antes de poder arrepentirme, presiono el botón de llamada. Mi corazón comienza a latir con fuerza, y siento como cada segundo parece volverse eterno. El teléfono apenas llega a alcanzar el primer tono.

—Giovanna.

Su voz llega tan rápido que por un instante olvido respirar.

—Lorenzo —pronuncio, pero escucho varias voces de fondo—. ¿Te interrumpo? Si estás ocupado puedo llamarte después.

—No te preocupes.

El ruido disminuye, como si se hubiera apartado del resto.

—Acabo de salir de una reunión, por eso el ruido. —Un silencio breve se interpone entre nosotros antes de que él vuelva a hablar—. ¿Cómo has estado?

Bajo la mirada hacia mis pies.

¿Debo decirle cómo he pasado la última semana?

—Bien —miento—. ¿Y tú?

—Bien, pero bastante ocupado estos días. —Noto que dice la verdad por lo rasposo de su garganta, seguramente por no dormir bien—. Me alegra que hayas llamado. Te habría contactado antes, pero no he tenido tiempo para nada.

—Lo entiendo.

—Si me hablas por la reseña del Monroe, necesitaré algunas semanas más para ello.

—No te llamo por eso.

Me percato de que, en mi plena ansiedad, lo interrumpo. No hay tiempo para apenarme, mucho menos cuando él retoma la conversación.

—Entonces, ¿por qué me llamas?

Aprieto el teléfono contra mi oído.

Es ahora o nunca.

—Acepto.

—¿Qué…?

—La competencia. —Mi corazón late con fuerza, y estoy segura de que en poco tiempo perderé la voz—. Acepto ir a California.

No hay respuesta inmediata, solo su silencio, que dura pocos segundos antes de escuchar su risa. Solo que esta no es de burla,

sino de alivio.

—No lo malinterpretes, Giovanna. Joder, no sabes cuánto me emociona escuchar eso.

Ruedo los ojos, imaginando la sonrisa que debe tener ahora.

Y eso no ayuda en absoluto.

—Pero tengo una condición —sentencio, antes de tomar aire y fijar la vista hacia la pared—, no cocinaré sola. Si voy a California, lo haré con mi equipo. Todos y cada uno de ellos. Sin excepciones.

Espero un no por respuesta, algún argumento o explicación sobre reglamentos que seguir. *Algo*. Lo que sea para hacerme retroceder. Pero igual que desde que lo conocí, Lorenzo Moretti vuelve a sorprenderme.

—Si hubieras aceptado dejar atrás a tu equipo, me hubiera decepcionado mucho.

Parpadeo.

—¿Eso significa…?

—Que no hay ningún problema. —Me levanto de golpe—. Puedes llevar a cuantas personas quieras. Yo me ocuparé de comprar los tiquetes de avión.

—¿Así de simple?

Reímos a la par.

—Así de simple.

Me permito respirar con tranquilidad. La pesadez en mi cuerpo desaparece, dejando en claro que el peso que había cargado ya no era más que un fantasma.

Escucho el sonido de papeles moverse del otro lado de la línea.

—Ahora, solo debes preocuparte por armar tu maleta.

∞∞∞

—¡No puedo creer que voy a Estados Unidos!

La voz de Marco se escucha en toda la terminal. Varias personas giran para mirarlo con mala cara, pero a él no parece importarle.

—¡Estados Unidos!

—Baja la voz o nos van a negar el acceso antes de despegar… —murmura Rodolfo a su lado.

No puedo evitar reír.

Nos encontramos en la fila para ingresar a la sala de embarque. Todo a mi alrededor sigue pareciendo irreal, tal vez porque hace dos días conté la verdad. Todavía puedo recordar las caras que pusieron.

Primero de sorpresa, luego de horror, y finalmente de indignación.

«¿¡Rechazaste una competencia Michelin!?»

En ese entonces, Marco casi se había atragantado con el café de las mañanas, mientras que Rodolfo me había llamado loca sin el menor remordimiento. Kevin, en cambio, se había quedado mudo, sin saber muy bien qué decir.[4] Después llegaron las disculpas, en especial cuando les expliqué que sí iríamos. Todos juntos y sin excepciones. Desde entonces parecía que ninguno había vuelto a tocar el suelo.

—Chef.

La voz de Kevin me devuelve al presente. Camina a mi lado sujetando con fuerza la tira de su abrigo.

—¿Sabe cuánto dura exactamente el vuelo?

—Muchas horas —responde Rodolfo antes de poder hacerlo.

Kevin palidece.

—¿Muchas cuántas?

—Las suficientes para que dejes de pensar en eso.

—No me ayuda.

Rodolfo ríe, pasando un brazo por el hombro a Kev.

—Hombre, que no pasará nada.

—Pues eso también dijeron sobre el Titanic, y mira cómo terminó.

Marco estalla en carcajadas. Kevin lo mira con cara de enfado, luego se encoge de hombros.

—Solo digo que las estadísticas existen por algo.

—¿Las mismas estadísticas que dicen que tienes más probabilidades de morir cruzando la calle?

—Tú…

Ahora soy yo quien termina por soltar varias carcajadas. Incluso Stephannie tiene que cubrirse la boca para ocultar una sonrisa. La

fila avanza y vuelvo la vista hacia atrás. Mamá y Katherine siguen allí, observando, como si quisieran asegurarse de que realmente suba a ese avión. Me acerco una última vez, y Katherine es la primera en abrazarme. Sus brazos, a pesar de su edad, siguen siendo fuertes y cálidos como la primera vez.

—Lo harás increíble. —Se separa unos centímetros—. Pase lo que pase, florecilla, estoy orgullosa de ti.

—Gracias.

Mamá es la siguiente en envolverme en sus brazos, muchísimo más fuerte de lo necesario.

—Metí una mermelada extra en tu maleta. Prométeme que comerás sin falta y estarás bien.

—Lo estaré —prometo, con una sonrisa—. Gracias, mamá.

—Dios, California está tan lejos y…

La abrazo otra vez antes de que se eche a llorar. Espero que no pase mucho tiempo antes de volvernos a ver.

—Yo me encargaré de cuidarla, la pasaremos muy bien. —Mi amiga sonríe mientras señala la fila—. Pero si no te mueves ahora mismo, perderemos el vuelo.

Asiento y me acerco a la fila. Intento ignorar el nudo que amenaza con cerrar mi garganta. Antes de cruzar, giro la cabeza y levanta la mano. Mamá y Katherine responden al gesto.

Luego me volteo de vuelta, y junto a Steph atravieso el control policial. No me detengo a mirar atrás, porque si lo hago, probablemente no pueda seguir caminando.

Una vez dentro del avión, y que todos los demás ocuparan sus asientos, me permito poner mi atención en la pista. Cuando las ruedas abandonan el suelo, puedo ver como la ciudad poco a poco comienza a alejarse. Eso, y todas las emociones en mi interior.

Miedo, expectativa y esperanza.

Una mezcla audaz de aquellas tres.

Florencia se vuelve cada vez más pequeña bajo las nubes. No sé qué me espera al llegar, si ganaré la competencia o si el Monroe seguirá en pie cuando regrese. No sé si estoy tomando la decisión correcta, pero esta vez, prefiero no saberlo todo.

Apoyo la frente contra la ventanilla. Pienso en mamá, en Katherine, en mis compañeros a mi lado y en mi mejor amiga. Hasta que, inevitablemente, pienso también en él.

Lorenzo Moretti.

En cómo, durante tanto tiempo, creí que avanzar significaba aferrarme con mayor fuerza a lo que ya tenía. Podía estar equivocada, porque quizás avanzar también significaba soltar. Trago saliva y cierro los ojos. El avión sigue elevándose, y en lo que dejo atrás la ciudad que ha sido mi mundo los últimos años, la idea de que tal vez Katherine tiene razón se incrusta en mi pecho.

Tal vez llevaba demasiado tiempo sobreviviendo a mi manera.

Y quizás, solo quizás, este viaje sea la oportunidad perfecta de vivir mi vida de una vez por todas.

Capítulo 12

Eterno.

No encuentro otra forma de describir el vuelo. Cuando finalmente el avión aterrizó en California, sentí que mi cuerpo se relajaba por volver a pisar tierra. Aunque los nervios seguían ahí. Claro, no sería sencillo deshacerme de ellos.

—¿Seguimos vivos?

La pregunta de Kevin hace que Rodolfo y Marco suelten un bufido. Yo niego con la cabeza mientras me levanto del asiento. Detrás de mí, Marco suelta una carcajada ante una respuesta que no logré escuchar por parte de Rodolfo.

Estados Unidos.

¿En verdad estoy aquí, a punto de participar en una de las competencias más importantes de toda mi vida? La verdad es que aún no puedo creerlo. Le doy gracias al cielo por haber practicado unas cuantas veces inglés, que no hablo con fluidez, pero sí lo suficiente para no morir en el proceso.

El aeropuerto es enorme, demasiado. Aun así, no me detengo a apreciarlo. Después de atravesar migraciones y esperar casi una eternidad por las maletas, terminamos arrastrando el equipaje hacia la salida principal. Tal y como lo prometió, Lorenzo Moretti está ahí, esperando. El hombre está apoyado contra una camioneta gris. Lleva consigo una camisa oscura y una chaqueta ligera sobre los hombros.

En el momento en que nos ve, deja salir una sonrisa.

Esa jodida sonrisa.

—Dios mío, es real.

Marco casi se tropieza con su propia maleta al acercarse. Yo le lanzo una mirada, a lo que solo se encoje de hombros.

—Bienvenidos a California, me alegra verlos a todos.

El rubio los saluda sin excepción.

—Me alegra verte, Giovanna.

Cuando llega a mí, por alguna razón olvido cómo comportarme con total normalidad. Mis manos tiemblan, por lo que las escondo a mis espaldas.

—Yo igual.

Eso es todo. Dos míseras palabras, y aun así siento que dije demasiado. Lorenzo ladea el rostro, pero antes de que pueda decir algo más, Marco aparece y llama su atención preguntando alguna estupidez con respecto al coche.

La suerte no me duró demasiado. Termino en el asiento del copiloto, y desde que Lorenzo pone el auto en marcha, no consigo sostener contacto visual con algo más que la ventana. Me mantengo callada, rezando para que el viaje sea lo suficientemente rápido, y que Rodolfo logre reprimir las tonterías de Marco y Kevin. Stephannie, por otro lado, está con la mirada fija en su teléfono.

Bueno, nació en Estados Unidos, por lo que venir aquí no es algo nuevo para ella. Atesoro el hecho de que haya venido para hacerme compañía y darme aliento. Incluso si eso amenaza sus vacaciones.

No tardo demasiado tiempo en ver las diferencias de California con Florencia. Aquí, todo parece moverse con mayor rapidez, algo muy distinto a la vida que conozco. Y si la ciudad me ha sorprendido, el hotel mucho más.

El Grand Pacific Gold es un edificio moderno de cristal y piedra blanca que se eleva varios pisos hacia el cielo. Por un instante, pienso que Lorenzo se ha equivocado de lugar. Es el primero en acercarse a la recepción y giro la cabeza en cuanto entrega su tarjeta. No quiero imaginarme cuánto costará una sola noche aquí.

El rubio regresa de la recepción con varias tarjetas magnéticas en las manos y comienza a repartirlas una por una.

—Piso ocho.

Cuando finalmente extiende la última hacia mí, sus dedos rozan los míos por un instante. Aparto la mano velozmente y la vuelvo a esconder a mi espalda.

—Descansen un poco —continúa él—, tienen un par de horas.

Arrugo la frente y al notarlo, una sonrisa juguetona aparece en su rostro. Quiero preguntar de qué se trata, aunque acabo por abstenerme.

—Es una sorpresa, así que los espero aquí a las siete.

Lorenzo sale con la misma naturalidad de siempre y no hago más que negar con la cabeza mientras todos comienzan a dispersarse. Minutos después, Stephannie y yo entramos al ascensor. Durante unos segundos ninguna dice nada, lo cual debe haber sido mi primera señal de advertencia, porque cuando permanece callada mucho tiempo, significa que está preparando algo.

—Mierda, que es guapísimo.

Cierro los ojos.

Ahí estaba.

—No empieces.

—Pero si es verdad.

—Sabes perfectamente lo que te digo, Stephannie.

—Vamos, Giovanna.

Presiono el botón de mi piso.

—No pienso tener esta conversación.

Ella suelta una carcajada.

—Por Dios, eres exagerada. —Me observa durante un momento —. ¿Sabes algo? No pude evitar fijarme en cómo te miró durante todo el trayecto hasta aquí.

—Nadie miró a nadie, Steph.

Ella levanta ambas manos en señal de rendición.

—Está bien, está bien. Como digas, ya me callo.

—Gracias.

Las puertas se abren en el piso cuatro y sale caminando hacia atrás con una sonrisa imposible de obviar.

—Será mejor que hayas traído algo lindo en esa maleta, porque te quiero ver con eso puesto.

—¿Por qué…?

Desaparece por el pasillo. Resoplo cuando las puertas vuelven a cerrarse. Pocos segundos después, llego al octavo piso. Camino hasta la puerta de mi habitación y abro la puerta. Dejo la maleta junto a la cama y me echo en un suspiro.

No es un sueño, estoy aquí.

Dentro de tres días cocinaré frente a algunos de los chefs más importantes del mundo, con el Monroe a miles de kilómetros de distancia. La idea debería tranquilizarme, pero hace todo lo contrario. Mis ojos se desvían hacia la maleta a un costado, luego hacia la tarjeta magnética que aún sostengo entre los dedos, después recaen en la ventana de la habitación.

—Cálmate, Giovanna.

Lo digo en voz alta, pero no funciona.

Cierro los ojos, vuelvo a escuchar la voz de Stephannie.

«Te miró durante todo el trayecto».

Exagerada, esa es la palabra. Lorenzo había estado conduciendo, eso es todo. Nada más, no hay razón para pensar en ello. Ni una sola. Y aunque la hubiera, tampoco importa.

No crucé un océano entero para pensar en Moretti. No acepté esta competencia por eso. Vine a California por una sola razón: Ganar.

Repito aquella palabra varias veces dentro de mi cabeza. *Ganar. Ganar. Ganar.*

Como si hacerlo pudiera ordenar el caos que llevo por dentro.

∞∞∞

Tal y como había dicho, Lorenzo estaba esperándonos en el lobby del hotel a las siete en punto. A diferencia de otras veces, tiene un aire fresco y tranquilo. Una camisa blanca de mangas cortas con los primeros botones del cuello abiertos, y unos jeans azul oscuro que reemplazaron los trajes que solía vestir.

—Bien, ¿todos listos?

Antes de bajar, y por desgracia, termino haciéndole caso a Stephannie. O al menos, un poco. Me puse uno de mis vestidos favoritos, de esos que solía usar durante los veranos más calurosos de Florencia. Rojo intenso, de tirantes y cómodo. Y ese rojo, por alguna razón, hace que resalte mucho más de lo normal.

Decido colocarme un abrigo encima para disimular la pronta pena que me aborda.

—¿Nos dirás al menos a dónde vamos? —pregunto.

Lorenzo me mira.

—No.

Una carcajada de Marco resuena en el ambiente.

—Me cae bien este hombre.

Minutos después, ya estamos yendo hacia el coche. Y, para mi desdicha, nuevamente ocupo el asiento del copiloto. Comienzo a sospechar que el universo me odia, aunque decido no darle demasiadas vueltas.

El vehículo arranca mientras varias conversaciones inician detrás de nosotros. Marco habla de la comida, Kevin de que casi se moría en el avión y Rodolfo intenta que ambos dejen de hablar.

¿Stephannie? Ella no hace más que reírse.

—¿Lograste descansar?

Parpadeo varias veces. El rubio sigue con la vista al frente, pero espera mi respuesta.

—Sí.

—Me alegra.

Sus ojos miran por el espejo del auto, y se encuentra con los míos por accidente. Giro la cabeza hacia la ventana al instante en que siento mis mejillas arder. ¿Acaso me estoy ruborizando?

El simple hecho de pensarlo es absurdo.

Ya no tengo diecisiete años, ni veinte. Estoy a pocos meses de cumplir treinta y tres años, y aun así, parezco incapaz de mantener una conversación sencilla con un hombre sin sentir aquel extraño cosquilleo en el rostro.

Aunque, ahora que lo pienso, esto no pasa seguido, mucho menos con cualquier hombre. Aprieto los ojos con fuerza, dejando de lado los pensamientos ridículos y me concentro en observar las luces de la ciudad, los edificios y la cantidad absurda de carteles luminosos. Todo aquí parece enorme, mucho más de lo que acostumbro.

Vuelvo a mis sentidos cuando el auto se frena en un edificio lleno de destellos y música. Arrugo el ceño.

—¿Qué lugar es este? —pregunto.

—El mejor bar de la ciudad.

¿Un bar?

—Pensé que sería buena idea divertirnos un poco antes de comenzar a trabajar en serio.

Nadie protesta sus palabras, ni siquiera yo.

Bajamos del coche y al entrar, lo primero que me golpea es la música. Es distinto, todo ahí dentro lo es. Las luces, la gente, su forma de hablar y vestir. Incluso la forma de moverse. Es nuestro primer día en Estados Unidos, y no he dejado de comparar cada cosa con Italia.

Suelto un bufido.

Aquello se ha convertido en una costumbre, o una mala manía.

—¡No puede ser!

El grito de Steph hace que me sobresalte. Al parecer, había reconocido una de sus canciones favoritas, por lo que no duda en desaparecer hacia la pista de baile.

—Y ahí va… —murmura Rodo. Marco y Kevin no tardan en ir tras ella.

—Bueno, debo asegurarme de que no les pase nada a estos tres.

Sonrío ante las palabras de Rodolfo, quien también camina hacia la pista de baile. Aprovecho y me acomodo en una de las mesas vacías. Lorenzo no está cerca, por lo que supongo que debe estar haciendo algo fuera. Relajo mis hombros.

—Ey.

Una voz suena cerca de mi oído, por lo que me volteo tan rápido dispuesta a lanzar el primer golpe.

—¡Dios!

Lorenzo levanta ambas manos.

—Sí, soy yo.

—Casi te pego.

—Lo habría merecido, lo siento por asustarte.

Él toma asiento a mi lado, y por varios minutos, vemos la pista. Mi amiga ya arrastró a Marco al centro.

—No estés nerviosa.

Dirijo mi atención completamente a él.

—Eso es imposible. —Me cruzo de brazos—. Voy a participar en una competencia internacional, y sé perfectamente que no será fácil.

¿Fácil? No, será jodido. Bastante jodido.

Aun dudo si será suficiente todo lo que sé.

Lorenzo apoya un brazo sobre la mesa.

—Por suerte, tienes ayuda.

Frunzo el entrecejo.

—¿Ayuda?

—Para ser más claros, mi ayuda.

Lo observo.

—Eres parte del jurado.

—Y seré completamente imparcial cuando llegue el momento de puntuar.

—Entonces…

—Pero nadie dijo que no pueda darte algunos consejos antes de la competencia.

Aleteo las pestañas inconscientemente.

—¿Consejos?

Lorenzo se encoge de hombros.

—Solo corregir algunos errores, sobre todo al momento de cocinar. No soy tramposo, aunque ya debes saber de mi reputación.

—¿Tu reputación? Creo que no te ayuda mucho que digamos.

Alza una ceja.

—Ahora tengo curiosidad.

Lo miro durante un segundo antes de hablar.

—Pues, ya sabes. Lorenzo Moretti, el crítico más jodido de todos.

Su carcajada es inmediata, de esas que hacen inclinar la cabeza hacia atrás.

—Vaya, interesante —ladea la cabeza—. Sigue.

¿Con que eso quieres? ¿En verdad?

—Eres capaz de destruir un restaurante con una sola línea, y pareces ser un monstruo sin emociones.

—Eso suena terrible.

—Es terrible.

El rubio apoya su espalda en el respaldo del asiento, y asiente.

—Definitivamente, mi reputación no ayuda. Dime algo, Giovanna.

—¿Qué?

—¿Parezco un jodido imbécil? ¿Es eso?

La pregunta me toma desprevenida.

Durante la semana que compartimos en Florencia, había conocido partes de él que no aparecían en ninguna revista gastronómica. Había conocido al hombre que se levantaba temprano para caminar por la ciudad. Al que preguntaba cada cosa, y escuchaba más de lo que hablaba. Había conocido partes de él que jamás imaginé que poseía.

Pero también sé que aquello no es suficiente.

—No lo sé. —Su frente se frunce—. No te conozco lo suficiente para responder algo así.

Ambos permanecemos en silencio, hasta que él sonríe.

—Te sorprenderías, Giovanna. —Mi corazón comienza a latir con más ruido en su bombeo—. Me conoces más de lo que todos creen saber de mí.

Trago saliva, y maldigo para mis adentros al sentir de nuevo ese maldito calor en mis mejillas. Desvío la vista hacia cualquier otro lugar, aunque es difícil que no se dé cuenta de mi estado. Miro hacia la barra, la pista, lo que sea. Cualquier lugar menos esos ojos verdes.

Por suerte, la música cambia y las luces disminuyen un poco. Pronto, una melodía mucho más suave comienza a llenar el sitio. Varias parejas se acercan al centro de la pista. Nadie salta ni grita, solo bailan al ritmo de la balada. Miro a Steph al fondo entre la multitud, ella está bailando con Marco, mientras Kevin intenta seguirle el ritmo a su compañera. No logro ver a Rodolfo, pero eso ya no importa.

Seguramente debe estar bailando con alguna chica, mientras yo estoy aquí, sentada.

Aprieto mis manos, y entonces hago algo completamente estúpido. O eso es lo que creo.

—¿Giovanna?

Me levanto, me quito el abrigo y lo dejo sobre el asiento. El aire fresco acaricia mis hombros desnudos. Empiezo a caminar hacia la pista, siguiendo el ritmo de la música. Solo unos pasos, hasta que

giro la cabeza por encima del hombro y lo miro. Lorenzo sigue sentado, sin quitar sus ojos encima de mí. Entonces, extiendo una mano.

No digo una sola palabra, no hace falta, porque él se pone de pie inmediatamente.

No debería sentirme tan satisfecha por esto.

Lo veo acercarse entre las luces opacas del local. Cuando llega a mi lado, coloca una mano en mi cintura, luego la otra. Mi respiración se corta ante su toque. Esto no se parece en nada a la vez que habíamos bailado en Florencia.

Aquí, solo existe la música y él.

Su cercanía, el calor de sus manos y el perfume que parecía perseguirme desde que llegué a California. Intento concentrarme en la canción, en el baile, pero fracaso. Lorenzo me hace girar en una vuelta completa y el mundo desaparece durante un segundo. Cuando vuelvo a encontrar el equilibrio, termino otra vez en sus brazos, mucho más cerca que antes. Mi corazón golpea con tanta fuerza que comienzo a preguntar si él también puede escucharlo.

—Giovanna.

Su voz baja hasta convertirse en un murmullo. Inclina la cabeza, lo suficiente para que sus labios queden peligrosamente cerca de mi oído.

—Eres hermosa.

El escalofrío me recorre de pies a cabeza, igual a una descarga eléctrica, como si alguien hubiera olvidado avisarle a mi corazón que debía seguir funcionando con normalidad.

Pero claramente, nadie se lo había dicho.

Capítulo 13

—¡Joder! Bufo por quinta vez en lo que va del día. Lo que debía estar siendo una experiencia increíble, se ha convertido en un auténtico infierno. Dejo el cuchillo en la tabla y cierro los ojos.

Todo empezó esta misma mañana.

En el preciso momento en que Moretti se presentó al día siguiente en la puerta de mi dormitorio, supe que algo importante se avecinaba. La verdad es que esperaba muchas cosas, menos que nos llevara a conocer uno de sus restaurantes.

Aerum.

Incluso ahora, varias horas después, sigo impresionada. El edificio ocupa una esquina completa. Cristal, acero y cerámica oscura. Es elegante y el tipo de lugar que grita *lujo* sin levantar la voz.

—No puede ser real… —había murmurado Marco al entrar.

Nadie se burló de él, porque todos estábamos pensando exactamente lo mismo. El interior era todavía más impresionante. Salones amplios, lámparas suspendidas sobre las mesas y una cocina abierta que parecía sacada de una revista de ensueño.

Recuerdo haberme detenido unos segundos, observando cada detalle.

—¿Cuántos restaurantes como este tienes? —preguntó Rodolfo.

—Actualmente, doce.

—¿Doce?

Él asiente.

—La sede principal es esta, aunque actualmente está fuera de servicio por remodelación. Luego siguen las sucursales en Tampa y

Los Ángeles. —Todos escuchamos atentamente, enmudecidos—. Las restantes están en España, Francia, Japón, Singapur y Australia.

Marco casi se atraganta con su propia saliva.

—¿Me estás diciendo que esto existe en medio mundo?

—Más o menos.

Yo me quedo observando. Sé que Lorenzo tiene dinero y que es conocido, pero lo que no me esperaba es que hubiera construido una cadena gastronómica internacional. Es otro nivel. Mucho más grande de lo que imaginé alguna vez alcanzar.

—Ahora, síganme.

Nos lleva directamente hasta la cocina principal. Las estaciones están impecables, al igual que los hornos industriales. Mis ojos recorren con detalle el equipamiento, que estoy casi segura que cuesta más plata de la que probablemente vi junta en toda mi vida.

—Durante estos dos días, podrán utilizar esta cocina todo lo que quieran antes de la competencia para practicar. Claro está, recibirán mi ayuda —carraspea—. Quiero que sean conscientes de algo, se enfrentarán a equipos de élite, pero eso no significa que ustedes no sean capaces. Lo son, solo hay cosas que perfeccionar… —Una sonrisa aparece en su rostro, antes de mirarme—. Y ahí entro yo.

Todo parece perfecto.

Al principio, creí que solo observaría. Que daría algún consejo ocasional que nos ayude a agilizar la tarea en la cocina. Algo sencillo y razonable.

Qué ingenua fui.

Porque Lorenzo Moretti visualiza una cocina exactamente igual que un depredador a su presa. No se le escapa nada.

Absolutamente nada.

—Están perdiendo demasiado tiempo. Deben organizar su estación y tener en mente lo que preparan, si no se les acabará el tiempo antes de que puedan presentar algo. —Sus ojos fueron de Marco a Rodolfo—. La temperatura es demasiado alta, lo que hará que se queme cualquier cosa que coloques, y el corte… es irregular. Aun si la diferencia es mínima, puede cambiar el sabor de cada bocado.

Y eso fue apenas durante la primera hora. Las siguientes fueron peores. Lorenzo no dejaba de corregir, y a medida que avanzaba la mañana, todos comenzamos a sentirnos igual de agotados. Y yo… yo estaba empezando a odiar el hecho de cocinar un risotto.

Concretamente, un jodido risotto de hongos silvestres y trufa negra.

Según el rubio, este es el plato perfecto para una lección de cocina. Según yo, es una forma refinada de tortura.

—Otra vez.

Presiono la dentadura.

—Es la cuarta vez, Lorenzo.

—En realidad, la quinta.

Le lanzo una mirada asesina mientras remuevo el arroz. Él ni siquiera pestañea.

—Hazlo un poco más despacio.

Bufo, pero hago caso. Si algo he aprendido es que tengo la razón la mayor parte del tiempo. Cuando termino el plato, lo coloco frente a él con una satisfacción que dura exactamente tres segundos. Lorenzo toma una cuchara y prueba, para luego negar con la cabeza.

Mi paciencia muere en ese preciso instante.

—¿Qué tiene ahora?

—La textura sigue siendo incorrecta.

Miro el plato, luego a él.

—¿Incorrecta, cómo?

—Está demasiado pesado.

—Es un risotto —suelto una bocanada de aire—, tiene la consistencia de un risotto.

—Si a eso le llamas a este bloque de cemento, entonces sí.

Marco escupe una carcajada ante el comentario, por lo que estoy a punto de arrojarle la cuchara.

—No es para tanto.

Todos se quedan callados, y el crítico frente a mí arquea una ceja.

—¿No es para tanto? ¿Estás segura?

—Completamente.

Una pequeña sonrisa aparece en sus labios. Y, de alguna forma, esa sonrisa hace que me arrepienta al instante de haber abierto la boca. Lorenzo se quita el abrigo y lo dobla cuidadosamente sobre una superficie cercana. Camina hacia la estación y toma los mismos ingredientes que yo había utilizado: arroz arborio, caldo de reducción, hongos, mantequilla, parmesano y trufa.

No hay nada diferente a lo que ya ocupé. Sin embargo, desde el momento en que comienza a cocinar, es evidente el cambio. Sus movimientos son precisos y fluidos, como si el plato formara parte de él. Todos lo observamos, y veinte minutos después, coloca el plato terminado sobre la encimera.

—Prueben.

Todos le obedecen, llevando sus cucharas a la boca, y en cuanto llega mi turno, siento como si hubieran tirado un balde de agua fría encima de mí.

Maldición.

Está muchísimo mejor. La textura del arroz es cremosa, y los sabores están perfectamente equilibrados. Es el mismo plato, los mismos ingredientes, la misma jodida receta. Pero parece una versión completamente distinta.

Ahora entiendo por qué este hombre tiene restaurantes por todo el mundo.

Siento la mirada de Lorenzo, esperando mi veredicto. Hago un esfuerzo extra por admitir lo que tanto quiere escuchar.

—Tienes razón, está mejor.

Su sonrisa se agranda apenas, pero lo suficiente como para resultar insoportable. Ruedo los ojos, él deja una mano sobre la encimera y nos observa. Ahora, no parece estar analizándonos como hace minutos.

—¿Saben cuál es la diferencia entre ustedes y los equipos que encontrarán en esta competencia?

Marco refunfuña por lo bajo.

—¿Que ellos no necesitan repetir un risotto cinco veces?

—Que ellos creen que ya son los mejores. —Guardamos silencio —. Ustedes todavía tienen ganas de aprender, y eso es mucho más valioso. Son buenos, y también pueden llegar a este nivel —señala el

plato frente a él—. No es magia, tampoco nací sabiendo cocinar. Lo único que deben evitar es que el miedo los controle. —Su mirada se clava en mí—. Especialmente a ti, Giovanna.

Parpadeo, sin comprender del todo a qué se refiere.

—Cuando estás concentrada eres excelente. Pero todo se va cuando empiezas a pensar demasiado, lo he notado, cometes errores que normalmente no cometerías. Como chef, tienes el control de la cocina en tus manos —continúa—. Administra el tiempo, da órdenes claras y confía en tu equipo. No prestes atención a los demás y solo haz lo que mejor sabes hacer: cocinar.

Aquellas palabras tienen mayor efecto que cualquiera de las correcciones en las últimas horas. Primero, porque no suenan como crítica.

Asiento.

—Lo intentaré.

—No —interrumpe y arqueo una ceja—, lo harás.

Ahí está otra vez. Esa seguridad que Lorenzo simula tener en todo. Toma su abrigo y nos lanza una mirada final.

—Continúen practicando, yo tengo una reunión a la cual asistir. Cuando crean que es suficiente, pueden tomar un taxi a las afueras del restaurante y cargarlo a mi nombre, ya me conocen. Yo vendré luego a cerrar el local, así que no se preocupen.

Las horas siguientes son casi interminables. Preparamos el dichoso risotto unas cuantas veces más, alternando algunas técnicas y opciones de presentación. Cuando levanto la vista hacia el reloj digital en la pared, ya es de noche.

—Estoy cansado y creo que puedo comerme un oso ahora mismo.

—Vayan al hotel. —Todos me observan ante mi anuncio—. Me quedaré un rato más.

—Giovanna.

—Vamos, solo un poco más. —Me cruzo de brazos—. Quiero disfrutar de esta cocina lo más que pueda.

Miro el desastre en mi estación y tomo el teléfono que había dejado justo a un lado de una bandeja. La pantalla lleva iluminada

varias horas, pero no tuve oportunidad de ver de qué se trataba. Sonrío al ver el remitente del mensaje. Al menos alguien se ha divertido hoy.

Abro la conversación y me encuentro con varias fotos de Stephannie en cafeterías, y un video donde parece estar intentando convencer a un vendedor ambulante de bajar el precio a un collar tejido.

Niego con la cabeza.

Pero lo que me hace soltar una carcajada es el mensaje que hay debajo de todo, el cual había llegado hace pocos segundos.

Stephannie:

Tienes que salir de esa cocina, o terminarás por adoptar a un cuchillo, Giovanna.

Mi sonrisa se vuelve más grande.

Giovanna:

Lo consideraré.

Mentira.

Ambas sabíamos que no lo haría. Guardo el telefono y observo el emplatado frente a mí. Sigue sin convencerme, por lo que lo descarto y vuelvo a empezar.

—No creí que fuera cierto cuando me dijeron que seguías aquí.

Me congelo en mi sitio. No hace falta volverme para reconocer a esa voz. Levanto con lentitud la vista, y me encuentro con los ojos verdes de Lorenzo. Sigue llevando la camisa oscura de la mañana. Su rostro derrocha cansancio, aunque podría asegurar que no tanto como el mío.

—¿Y quién te lo dijo?

—Se dice el pecado, mas no el pecador, Giovanna.

Bufo. Sé perfectamente quién, o más bien, quiénes fueron.

Lorenzo da unos cuantos pasos y observa la estación frente a mí llena de ingredientes, algunas de las anotaciones que había dejado en notas, y por último, el plato terminado.

El risotto.

—Así que es cierto, pensé que solo estaba exagerando.

Frunzo el ceño. ¿De qué habla?

—¿Alguna vez te ha parecido que soy una persona razonable?

Lo veo levantar lentamente sus comisuras.

—No.

Toma una cuchara y prueba la comida, sin librarse de mis ojos sobre él. Esta vez, se queda callado, lo cual resulta peor.

—¿Qué?

Vuelve a probar.

—Estoy pensando.

—Pues podrías dejar de hacerlo y decirme qué está mal.

—¿Por qué asumes que está mal?

Parpadeo.

—No lo sé, quizá porque eres tú.

Lorenzo suelta una risa, y durante varios segundos me sorprende darme cuenta que no lo había visto reír tanto.

—Has mejorado, está bien.

Una parte de la tensión que llevaba durante horas desaparece.

¿No era otra de sus bromas?

—¿Me hablas en serio?

—Muy en serio.

Apoyo ambas manos en la encimera y dejo salir el aliento atorado en mi garganta.

—¿Tienes pensado qué hacer si no ganas?

—¿A qué te refieres?

Se encoge de hombros y deja la cuchara a un lado.

—Eres talentosa y sé que eres capaz de llegar lejos en esta competencia, pero si no llegas a ganar… —Fija la mirada en la mía—. ¿Estás segura de ser lo suficientemente fuerte para aceptarlo?

—¿Aceptar qué?

—Que las cosas no siempre salen como queremos.

Aprieto las manos.

—¿Y eso qué significa?

Sostiene mi atención durante varios segundos.

—Significa que existen más oportunidades. Aunque no ganes, estar aquí ya te abre puertas que antes no existían. Has venido a California y vas a competir frente a chefs importantes. Te verán personas que pueden cambiar tu carrera.

—¿Y?

—Y que una derrota no significa nada.

Siento mi mandíbula tensarse. Conozco perfectamente este sentimiento opresivo en mi pecho y no me gusta nada.

—Ahora parece que el que cree que voy a perder eres tú.

Simulando ser sensible, arruga la frente.

—Eso no fue lo que dije.

—No hace falta que lo digas —bufo—. Vine aquí sabiendo perfectamente cuáles podían ser las consecuencias. —Mi voz es dura, pero no me importa—. Sé que puedo fracasar.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. —Me reincorporo por completo—. Si en verdad lo supieras, entenderías que no pienso rendirme antes sin intentarlo.

—Nadie te está pidiendo que te rindas.

—¡Entonces deja de hablar como si ya estuviera derrotada!

Su expresión se endurece mínimamente, y yo tomo aire antes de volver a hablar.

—Haré todo lo necesario para ganar, si tengo que quedarme despierta toda la jodida noche, lo haré. Si tengo que sacrificar mi sueño, descanso o tiempo libre, también lo haré.

—Giovanna, escúchame.

Niego.

—No, tú escúchame. No vine hasta aquí para conformarme con una participación. —Mi pecho sube y baja con rapidez—. Y definitivamente no crucé medio mundo para escuchar que existen otras oportunidades.

—No lo dije con mala intención.

Su respuesta es tranquila, y eso solo consigue irritarme más.

—Pues lo parece.

El rubio me observa, y entonces, para mi sorpresa, suelta una risa.

Refunfuño.

—¿Qué es tan gracioso ahora?

Él niega con la cabeza antes de responder.

—Por un momento se me olvidó que ya no estamos en Florencia. —Sus ojos recorren mi rostro—. California parece haberte vuelto más peligrosa y afilada de la lengua.

Gruño de vuelta, recibiendo otra sonrisita.

Aparto la mirada y miro hacia un punto fijo frente a nosotros mientras siento mis mejillas sonrojarse. ¿Por qué está sucediendo? ¿Es por mi arrebato de niña?

—Giovanna, mírame.

No lo hago, porque sé perfectamente que, si lo miro directo a la cara, el enojo se me pasará. Mis dedos se cierran alrededor del borde de la encimera, mientras él no hace más que avanzar hacia mí. Un paso tras otro. Mi corazón late con mayor fuerza, casi a punto de explotar al sentirlo frente a mí.

—Giovanna.

Me doy por vencida y levanto la vista, solo para darme cuenta de que está mucho más cerca de lo que pensaba. Su iris verde permanece clavado en mí, casi como si estuviera buscando o esperando algo.

Yo no puedo controlar mis impulsos de pensar que, a pesar de rondar los cuarenta, es muy guapo.

Pero… ¿Por qué carajos pienso eso?

—¿Tú también lo crees?

Estrujo mi entrecejo.

—¿Creer qué?

Una mueca pequeña y amarga aparece en su rostro.

—Lo mismo que los demás.

—Lorenzo…

—¿Tú también crees que soy así? —no respondo, y él toma la oportunidad para continuar—. ¿Un monstruo sin sentimientos?

La cocina permanece en silencio. Yo le doy vueltas a su pregunta. Claro que no lo considero un monstruo.

¿Por qué creería eso?

—No —contesto, sin pensar demasiado—, no eres un monstruo. Eres exigente, terco y controlador cuando se te mete algo en la cabeza.

—Vaya, eso me alivia.

—Pero no eres un monstruo —sentencio.

Su mirada permanece fija en mí. Estoy tan cerca que puedo distinguir la ligera fatiga en sus ojos, el aroma de su colonia, y la

forma en que su quijada se tensa.

Siento el calor subir nuevamente hasta mis mejillas. La distancia entre ambos parece cada vez más pequeña, o podía ser solo mi imaginación.

—Cuando te enfadas eres más sincera.

—No estoy enfadada.

Su ceja se arquea.

—Claro que no.

Pongo los ojos en blanco, pero termino por reírme de todas formas. Lorenzo no deja de mirarme, casi como si fuera algo raro. Algo valioso, y que no esperaba encontrar.

—Lorenzo…

Dejo salir su nombre de mi boca en un susurro. Y el momento en que sus ojos descienden hasta mis labios para volver a subir basta para que el oxígeno se esfume del cuarto.

—Esto es una mala idea.

No estoy segura quién de los dos lo ha dicho. Tal vez ambos estamos pensando lo mismo. Ninguno da un paso atrás. Su mano se eleva despacio, queriendo darme el tiempo suficiente para apartarme antes de rozar mi mejilla de manera suave y cuidadosa.

Mi respiración se quiebra por completo.

—Giovanna, perdóname por lo que estoy a punto de hacer.

Mi nombre suena diferente, mucho más íntimo y vulnerable.

Después de unos interminables y a la vez fugaces segundos, con la presión de su boca sobre la mía, me besa. Tan breve que durante un instante pienso que lo he imaginado, que es una fantasía más que mi cerebro genera contra mi voluntad. Cuando se separa, se ve tan perdido y desconcertado, casi embelesado; como yo.

Maldice por lo bajo.

—Lo siento, no debería haber hecho eso.

Parpadeo unas cuantas veces, solo para toparme con que él ya está retrocediendo.

—Espera.

—Fue un error.

Se da media vuelta, pero antes de que pueda salir de la cocina, soy yo quien lo detiene. Mi mano se aferra a su muñeca para dejarlo

inmóvil.

—Lorenzo, mírame.

Trago saliva con fuerza. No sé qué carajos estoy haciendo, o por qué lo detengo en primer lugar. Solo me dejo llevar por ese sentimiento en el pecho que no me abandona.

Debo estar loca.

Pero eso, por ahora, tampoco me importa.

El rubio vuelve el rostro, y antes de que pueda decir otra cosa, soy yo quien se acerca y lo besa. Siento que se tensa debido a la sorpresa, aunque sólo fuera por un segundo. Al siguiente, responde el beso.

Ambos respiramos con dificultad al separarnos unos pocos centímetros.

No sé qué decir, no pienso con claridad.

Lorenzo apoya su frente contra la mía.

—Estás temblando. —Su mano encuentra mi palma y la lleva directo a sus labios—. Tanto que parece que fueras a salir corriendo.

Su pulgar acaricia mis nudillos con tal lentitud que mi corazón golpea con más fuerza.

—No voy a correr.

La distancia entre nosotros es inexistente. Logro sentir su respiración mezclarse con la mía. Durante un instante, veo que en su mente comienza a debatir consigo mismo.

—Eso es lo que me preocupa —admite, sus labios rozan mi frente —. Si me quedo aquí un minuto más, voy a olvidarme de que mañana es un día importante para ti.

Aquellas palabras suenan a rendición. No le quito los ojos de encima, e incluso podría admitir que me siento una felina en plena cacería. Percibo que parece estar luchando una batalla que no sabe ganar. Estoy segura de que puede escuchar mis latidos.

—Yo…

—Me estás volviendo loco.

La confesión cae sobre nosotros con fuerza.

—Lo has hecho todo este tiempo —reconoce cuando su mirada recorre mi rostro con lentitud—. Te juro que intenté ignorarlo, no pensar en ti —sonríe en plena derrota—, pero fue imposible.

Con su mano halla mis dedos y se entrelazan con los suyos. Siento como mi pulso se acelera todavía más.

—Si no quieres esto, si deseas que me detenga, dilo ahora mismo, Giovanna. —Su voz era un murmullo—. Porque si sigues mirándome así, no estoy seguro de poder controlarme.

Ninguno de los dos aparta la vista, ni un miserable segundo. La distancia desaparece tortuosamente lento, dando paso a un par de besos suaves que recorren desde mi mandíbula hasta mi cuello.

Uno, después otro.

—Lorenzo.

Su nombre abandona mis labios. Él libera una exhalación temblorosa. Por un segundo creo, esperanzada, que escuchar su nombre salir de mi boca fuera un problema para su cordura.

—Dime que me detenga.

Pero no lo hago.

Capítulo 14

Mi espalda choca con la puerta al cerrarla. Él le pone el seguro y yo intento recuperar el aliento entre risas. Todavía no puedo creer que hemos llegado hasta este punto. Si alguien me hubiera dicho por la mañana que terminaría besándome con Lorenzo Moretti, me habría reído hasta desfallecer en su cara. Pero ahora mismo no tengo ganas de carcajear.

Mi corazón sigue arremetiendo con fuerza, y con el simple recuerdo de aquellos ojos verdes sobre mí no pude evitar recordar cómo habíamos salido del restaurante, casi corriendo. Recuerdo nuestras risas, el silencio cargado de tensión en el trayecto y sobre todo, el ascensor.

Siento mis mejillas arder.

Dios.

Ese jodido… ascensor.

Lorenzo no había dejado de besarme y tocarme, mientras yo había pasado la mitad del tiempo preocupada porque la puerta se abriera y alguien nos encontrara. Aunque al ver la hora, la preocupación se desarmó cual papel en agua caliente.

Probablemente todos están dormidos, incluso Stephannie.

La sola idea de que ella descubriera aquello me hace querer desaparecer.

—¿En qué estás pensando?

La voz del rubio me trae a la realidad. Se acerca y sus labios rozan mi frente, después mi mejilla hasta finalmente besarme otra vez. Siento que el mundo se reduce a aquel instante. A su cercanía, a la calidez de sus manos y a la forma en que logra que olvide cualquier pensamiento coherente.

Retrocedemos unos pasos sin apartar nuestros labios hasta que el borde de la cama choca contra mis piernas. Mi respiración vuelve a acelerarse cuando las manos de Lorenzo tocan mis senos por encima de la ropa. Sin embargo, se detiene poco después.

—¿Ocurre algo, Giovanna?

—Nada.

La respuesta no suena nada convincente.

Lorenzo toma una de mis manos entre las suyas, y mis ojos van a parar a su rostro. En estos no hay preocupación.

—Todo está bien —murmura—, no hay prisas.

Asiento, aunque prefiero no responder.

No es la prisa lo que está carcomiendo mi mente, sino más bien el hecho de que hace mucho que no tengo sexo. No sé qué hacer. Él sonríe y deposita un beso delicado en mis labios para luego empezar a quitarse la camisa. Mis ojos recorren su pecho, y bajan hasta llegar al bulto en sus pantalones. Muerdo mis labios, sintiendo una corriente atravesar mi centro. Estoy excitada, y puedo percibir la humedad empapando mis bragas.

Me quito la camisa y la tiro a un lado, cruzando mis brazos al sentir sus ojos sobre mi brasier. Lo que no dura mucho, porque sus manos toman mis brazos y hace que los coloque a ambos lados de mi cuerpo. Sus labios vuelven a buscar los míos, bajando por mi cuello hasta detenerse en mi pecho.

Sus dedos van hasta el seguro de mi brasier, y lo desabotona, haciendo que mis pechos queden expuestos ante él. Cierro los ojos al sentir sus manos tocarlos, tratando de soportar las ganas de gemir.

—Eres perfecta, Giovanna… —Un escalofrío me demanda atención cuando su aliento se choca con mis pezones—. Jodidamente perfecta.

Con la lengua acaricia uno de ellos, antes de llevárselo a la boca y comenzar a saborearlo. Abro los ojos y lo miro, pero sus ojos ya están sobre mí. El éxtasis en su rostro me cautiva, y no puedo evitar jadear al sentir sus dedos pellizcar el otro pezón.

—¡Ah!

Su boca devora con hambre mi busto, hasta que se para y toma una de mis manos para llevarla a su excitación.

—¿Puedes sentirlo? Todo esto lo provocaste, toda tú. No miento cuando te digo que me vuelves loco.

Mis dedos dudan por breves segundos, pero no lo suficiente, porque lo siguiente que hago es desabrochar sus pantalones. Lorenzo termina de quitárselos, con todo y ropa interior.

Mierda.

La única luz proviene de la lámpara sobre la mesa de noche.

Un subidón de calor recorre mi espalda al ver su polla, totalmente erguida. El calor comienza a llenar el cuarto, tal vez por eso termino de quitarme las últimas capas de ropa que me separan de estar igual que él. Trato de regular cómo respiro, hasta que distingo que desvía la mirada.

Parpadeo al verlo dar varios pasos, sin comprender. Lorenzo toma un pequeño frasco de vidrio que había dejado junto a la lámpara. Es entonces cuando deseo que la tierra me trague.

—¿Mermelada?

Muerdo mis labios mientras destino mi atención a la pared contraria, aunque no por mucho tiempo. Oigo cómo abre el frasco, sumerge un dedo y lo lleva directo a su boca.

—Deliciosa —espeta, haciéndome tragar saliva—. Aunque creo que puede saber mejor.

Frunzo el ceño y empiezo a pensar que está demente al momento en que agarra más mermelada con sus dedos y la frota sobre mis pezones, parte de abdomen, y por último, mi coño.

Deja la mermelada a un lado de la cama, y ante mí, comienza a recorrer con su boca todo el rastro, jugando varios segundos con mis pezones erectos, hasta bajar por mi ombligo y detenerse frente a mi centro húmedo.

—Lorenzo, no… —Su lengua da la primera lamida, haciendo querer cerrar las piernas cuando él las separa con fuerza—. ¡Ah!

Empieza a moverla de arriba a abajo, deteniéndose en mi sensible clítoris para atormentarlo. Yo no puedo parar de gemir, mucho menos cuando siento uno de sus dedos entrar. Su ritmo es

constante, por lo que no pasa mucho hasta que el orgasmo me hace temblar.

Miro con los ojos entrecerrados la manera en que mira sus dedos llenos por mis flujos antes de llevarlos a la boca.

—Ahora sabe exquisito.

Respiro con dificultad, y cuando Lorenzo se frena un momento para buscar algo en sus pantalones, me permito disfrutar de lo que está sucediendo.

¿Hace cuánto no me siento así?

El sonido de un envoltorio al romperse llama mi atención. Poco después, abre mis piernas y lleva su polla hasta mi entrada, donde juega con su sensibilidad sin meterla.

Se inclina hacia mí y nuestros labios vuelven a devorarse. Entrelazo mis brazos en su cuello y me dejo llevar mientras siento que poco a poco llena mi interior. Aprieto mi agarre cuando mi cuerpo me grita que ha llegado al fondo. Lorenzo se queda quieto por segundos, repartiendo besos por mi mejilla.

—Perdóname si no soy tan suave, me estás apretando tanto que… joder… Siento que no podré dejarte en paz toda la noche.

Para su sorpresa, rodeo sus caderas con mis piernas.

—No hace falta que seas suave, Lorenzo. —Sus ojos arden al escucharme—. Fóllame tanto como te plazca.

No termino de hablar cuando sus embestidas toman fuerza y me despojo de toda idea de no gemir. Dejo que los jadeos llenen la habitación, sintiendo el miembro de Lorenzo entrar con fuerza para luego salir con lentitud varias veces.

—Joder…

Toma una de mis piernas y la coloca sobre su hombro, siguiendo el ritmo hasta que el sonido del respaldo con la pared comienza a hacerse evidente. Sus ojos no se apartan de los míos, y cierro los párpados cuando anticipo un segundo orgasmo.

Lorenzo no se detiene, gracias al cielo no lo hace.

—¿Tienes idea de lo hermosa y erótica que te ves ahora mismo? —Otra estocada y jadeo—. ¿Puedes verlo? ¿Mi polla golpeando tu interior caliente?

—Lorenzo…

Sus arremetidas aumentan, y su respiración se vuelve cada vez más acelerada. Está al borde del orgasmo.

—Dilo, Giovanna. Dime que dejarás que sea el único que te haga llegar al orgasmo. Dímelo y te juro que pasaré el resto de mi vida adorándote, como la diosa que eres[7].

Cierro los ojos ante todas las sensaciones, no sé qué hacer ni responder. Ahora mismo solo gimo sin control, llevada por el placer, a punto de explotar.

Ambos lo hacemos.

Lorenzo da la última estocada, y en cuanto saca su polla de mi interior me arrodillo ante él y abro la boca. Frunce el ceño, pero no dura demasiado. Se deshace del preservativo antes de verter todo su semen en mi cara.

—¡Oh!

Su cuerpo entero tiembla, y yo paso la lengua por el borde de mis labios, tomando un poco del semen hasta llevarlo a mi boca. Lorenzo suspira, y toma mi cara en sus manos para luego besarme.

En ese instante comprendo dos cosas: nada volverá a ser igual entre ambos.

Y la noche apenas acaba de empezar.

Capítulo 15

El primer indicio de que estaba despierta fue un leve dolor en la parte baja del cuerpo. Gruño entre dientes y me remuevo entre las sábanas, hundiendo el rostro en la almohada.

Me duele el coño.

Mis ojos se abren de golpe ante el recuerdo de la noche anterior. El calor no tarda en subir desde mi cuello hasta las orejas. Lorenzo Moretti es un jodido salvaje en la cama, y yo no me había quedado atrás. Cierro los ojos y al volver a abrirlos giro la cabeza hacia el lado derecho de la cama.

Parpadeo al verlo vacío.

Me incorporo de inmediato, ignorando el leve malestar que protesta en cada músculo de mi cuerpo. Miro alrededor de la habitación. No hay rastro de él, ni su abrigo, sus zapatos o absolutamente nada que indicara que había pasado ahí la noche.

Una sensación desagradable se instala en mi pecho.

Aunque, siendo sincera, no tengo derecho a sentirme así.

¿Qué era lo que esperaba, exactamente? No somos pareja, mucho menos hablamos de sentimientos. No prometimos nada, solo habíamos tenido sexo.

Sexo, y nada más.

Aprieto los labios. Dejo escapar una bocanada de aire y me paso una mano por el rostro. Conseguí precisamente lo que menos necesitaba antes de una competencia internacional.

Una jodida crisis existencial.

Lanzo un rápido vistazo al reloj en la pared. Aún es temprano, por lo que tengo tiempo para prepararme. El sonido de la cerradura de la puerta me hace fruncir el ceño, por momentos rezo para que no

se trate de Steph, y segundos después cuando esta se abre, el alma vuelve a mi cuerpo.

O eso creo, porque ante mí está Lorenzo con varias bolsas en sus manos. Me quedo petrificada, sin saber muy bien qué hacer, cuando él me sonríe con naturalidad, como si no acabara de provocarme cinco minutos de sufrimiento innecesario.

—Buenos días.

Siento unas ganas enormes de arrojarle la almohada, preguntarle por qué se había ido sin decir nada. O por qué parece haberse cambiado de ropa.

Lorenzo cierra la puerta con el pestillo y camina hasta la cama.

—Fui a comprar comida para el desayuno.

Parpadeo.

¿Desayuno? ¿Este hombre se ha levantado a comprar el desayuno?

Deja las bolsas sobre la silla cercana antes de acercarse y depositar un suave beso en mis labios. Un gesto tan sencillo que, de alguna manera, consiguió desarmarme más que cualquier otra cosa.

—También compré medicamentos.

Arrugo el entrecejo.

—¿Medicamentos? ¿Para qué?

Lorenzo me observa.

—Para el dolor.

Mi cerebro tarda varios segundos en conectar las piezas. Cuando finalmente entiendo, aprieto las sábanas sobre mi cuerpo aún desnudo.

—Ayer vi que estabas algo hinchada y sensible ahí, entonces…

—¡Entiendo! Está bien —contesto, con el rostro sumido en calor —. No digas esas cosas… tan tranquilo.

Intento protestar incluso más, pero me mantengo callada. Aunque no por mucho, porque el sonido traicionero de mi estómago resuena en toda la habitación.

Cierro los ojos.

No, por favor, no.

El rubio me observa y luego eleva sus comisuras, toma una de las bolsas y me la acerca. El aroma del pan recién horneado escapa al

abrirla.

—Vamos, come antes de que empieces a morderme a mí.

Luego, me entrega una botella de zumo de naranja junto a un par de pastillas. Tomo las pastillas y me concentro en la comida. Durante varios minutos solo hay silencio, porque mientras yo desayuno, él no hace nada más que observarme.

Levanto la vista después del tercer bocado.

—¿Qué?

—Nada, solo me gusta verte comer.

Pongo los ojos en blanco. Tengo ganas de decirle que lo que ha dicho sonó raro, pero termino sonriendo. Le dedico una mirada indiscreta, frunciendo el ceño nuevamente al notar su ropa.

Estoy segura que no es la misma de la noche anterior.

—Espera.

Lorenzo arquea una ceja.

—¿Qué sucede? ¿Te duele algo?

Niego varias veces, por lo que él asiente calmado.

—¿Por qué llevas otra ropa?

—¿Eso? Debo irme pronto.

—¿Irte?

Repite la afirmación con la cabeza.

—Los jurados tenemos que llegar antes que todos los demás, cosas de control, nada más.

Ah, claro.

La competencia.

Por un momento olvidé que el mundo sigue existiendo fuera de esta habitación. Vuelvo la mirada al hombre frente a mí. Luego de una noche desenfrenada de sexo, está totalmente como nuevo.

Quizá requiero un poco de su resistencia.

—Debió ser complicado volver hasta tu hotel, cambiarte y regresar tan temprano.

Todo por mí, aunque esto no lo digo en voz alta.

—No realmente.

—¿No?

Lorenzo niega varias veces, hasta llevar uno de sus dedos a la comisura de mis labios, limpiando una migaja de pan.

—Mi habitación está justo al lado.

—¿Al lado?

—Sí

—¿Literalmente al lado?

Lorenzo sonríe.

—La puerta del frente.

El trozo de pan en mi mano pierde toda importancia. Ahora mismo solo quiero hacer preguntas.

—¿Siempre estuviste ahí? ¿Desde el primer día?

—Sí.

Muerdo mi labio. Demasiadas piezas comienzan a encajar en mi cabeza. Pero antes de poder evitarlo, una cuestión sale de mi boca:

—¿Tú acaso… organizaste todo esto? —Su entrecejo se estruja—. ¿Planeaste acostarte conmigo?

La sonrisa divertida desaparece poco a poco de su rostro.

—No —contesta con rapidez—. A lo mucho intenté pasar más tiempo cerca de ti.

—¿Y lo demás?

—Lo demás ocurrió solo. —Su mirada sostiene la mía—. Nada de lo que pasó anoche estaba planeado, Giovanna.

Sus dedos buscan los míos sobre las sábanas.

—Créeme. La noche de ayer fue tan inesperada para mí como para ti. —Noto que aprieta con suavidad mi mano—. Y fue una de las mejores noches en años. Sentirte, besarte y estar junto a ti fue maravilloso.

La sensación incómoda que me había acompañado desaparece por completo. El hombre delante mío no ha huido. No se ha arrepentido o buscado una salida.

Al contrario.

Me mira como si irse fuera lo último que quisiera hacer.

∞∞∞

El lugar donde se realizará el concurso es en nada más ni nada menos que las propias sedes de La Corona Gastronómica. Las

instalaciones parecen más un estudio de televisión que una cocina profesional. Incluso después de escuchar la explicación varias veces, sigue costándome creer que estoy aquí. El personal camina de un lado a otro. Periodistas, camarógrafos y cocineros provenientes de distintos rincones del mundo.

—No vomites —murmura Stephannie a mi lado.

—Gracias por tu apoyo —bufo.

—Para eso están las amigas.

Pongo los ojos en blanco.

No tengo tiempo a protestar, porque a los minutos nos conducen hacia una zona de registro donde varios asistentes reparten uniformes. Al llegar mi turno, tomo el mío. Por instantes permanezco quieta. Mi nombre está bordado eternamente sobre el pecho.

Giovanna Greco.

Debajo, en letras más pequeñas, aparece el nombre del Monroe, provocándome una sonrisa.

Es una tontería, un simple uniforme, pero a la vez es demasiado. Verlo en persona lo hace mucho más real.

Realmente estoy compitiendo.

Realmente llegué a este lugar.

—Te queda bien.

Levanto la vista, Steph me observa con una sonrisa en el rostro. Una vez que todos estamos listos, nos guían hacia las cocinas asignadas. En el preciso instante noto algo raro, o mejor dicho, preocupante. Miro a los demás equipos, luego al nuestro.

La diferencia es evidente. La mayoría de los equipos cuentan con brigadas de diez personas. Nosotros no, solo somos cuatro personas. Entonces comprendo por qué Lorenzo nos había ayudado la noche anterior y pienso en los consejos que nos había dado.

Nos acomodan frente a nuestra estación mientras las cámaras comienzan a moverse por el lugar. Un murmullo recorre el salón y entonces, aparecen ellos: los jueces.

Reconozco a varios al instante, algunos son auténticas leyendas retiradas. Chefs galardonados, empresarios y críticos reconocidos. Personas cuyos nombres aparecen constantemente en revistas especializadas. Mi mirada viaja a todos hasta detenerse en Lorenzo,

y por segundos siento que observo a una persona distinta. Ya no está el hombre que había compartido el desayuno conmigo o el hombre que me hizo reír hace apenas unas horas. Su expresión es distinta, seria y neutral.

Los hombros rectos, la mirada fija y la postura típica de alguien que viene a juzgar.

Aquel era Lorenzo Moretti.

El sonido de un micrófono llama la atención de los presentes y en breve, un hombre de traje aparece en medio de todos.

—Bienvenidos sean todos a la primera edición del desafío internacional. —Los aplausos no tardan en llenar el recinto—. Desde La Corona Gastronómica queremos agradecer a cada uno de nuestros patrocinadores, invitados especiales, y por supuesto, al prestigioso panel de jueces que nos acompaña este año.

Las cámaras enfocan la mesa del jurado.

—Durante esta competencia, seis restaurantes representados por sus respectivos líderes competirán en tres rondas eliminatorias antes de la gran final.

Una enorme pantalla se ilumina detrás de él. Los nombres empiezan a aparecer uno por uno. El público vuelve a aplaudir.

—Al final de cada ronda eliminatoria, dos equipos abandonarán la competencia y solo dos restaurantes llegarán a la gran final. El ganador obtendrá el trofeo oficial del concurso, reconocimiento internacional respaldado por Michelin, y además, la oportunidad de trabajar junto a uno de los miembros del jurado en un programa exclusivo de formación profesional.

Aquellas palabras provocan que el vocerío del público se extienda por el lugar. Todos sabemos lo que significa, no es solo un trofeo. Es mucho más que eso.

Uno de los jueces agarra el micrófono, y todo el lugar vuelve al silencio.

—No buscamos perfección, sino identidad. Queremos ver qué tienen para ofrecernos. Queremos conocer su cocina, sus ideas, y sobre todo, su talento. Así que no escatimen en nada. Mucha suerte a todos.

El presentador retoma la palabra.

—El día de hoy servirá como presentación oficial. Tendrán treinta minutos para elaborar un plato libre que represente quiénes son como cocineros —menciona, esbozando una sonrisa—, y para tranquilidad de todos, nadie será eliminado en esta ronda.

Señala el reloj digital suspendido sobre las cocinas, los números aparecen en rojo brillante.

30:00.

Mis ojos van hasta la audiencia, donde mi amiga sonríe al verme, susurrando *«Tú puedes, campeona»*. Le devuelvo la sonrisa, porque a pesar de la situación, siempre logra sacarme una y aligerar la tensión.

—Participantes, su tiempo comienza… —levanta una mano—, ahora.

29:59.

Los segundos corren y no pierdo tiempo, me volteo hacia mi equipo.

—Bien, ¿tienen alguna idea?

Todos intercambiamos miradas. Rodolfo, Marco y Kevin tenían el foco fijo en el pequeño cuaderno de notas en mis manos.

—Necesitamos algo rápido y que hable de nosotros al mismo tiempo —reconoce Rodolfo, sin dejar de observar hacia la despensa a nuestras espaldas.

Marco asiente de inmediato.

—La pasta está descartada, no tenemos suficiente tiempo.

—Sí, con treinta minutos nos arriesgamos demasiado —afirmo.

Seguimos en el punto de partida, y el reloj avanza cual depredador hambriento. Siento como poco a poco la presión trepa por mis hombros. Las cámaras parecen multiplicarse a mi alrededor, y por un instante, me cuesta respirar.

Mantén la calma.

La voz de Lorenzo aparece en mi mente con claridad.

Confía en ti misma.

Cierro los ojos, y cuando los abro de nuevo, Rodolfo habla:

—¿Y si hacemos una bruschetta? Es algo rápido y versátil para trabajar. Algo sencillo, pero con sabores resaltados. —Los dos cocineros restantes prestan atención—. Solo piensen, tomate

confitado, burrata, uno de los aceites infusionados de Marco, una reducción balsámica…

Mis ojos recorren a mis compañeros. La idea que tiene Rodolfo es simple, rápida y deliciosa. Solo le falta algo.

—Albahaca fresca. —Todos me miran, levanto las comisuras mientras escribo—. Necesito mucha albahaca fresca. Será el sabor fresco que una todo el plato.

Ya tenemos el plato, solo tenemos que movernos.

Reparto la lista de los ingredientes a Kevin, y mientras él se encarga de buscar todo, yo me decido en quién haría cada cosa. Respiro y vislumbro la estación. Ya no estoy en la cocina del Monroe, mucho menos en mi casa.

—Bien, escuchen con atención —pido en cuanto los ingredientes están sobre la mesada—. Kevin, te encargarás de los tomates confitados y la reducción balsámica. Marco, te encargarás de condimentar la burrata y el aceite aromático, debe ser espectacular. —Estos asienten y yo miro por último a Rodolfo—. Tú te encargas del pan y yo de las salsas y detalles.

Los minutos se consumen, y la tensión aumenta con cada segundo. A nuestro alrededor las demás brigadas trabajan sin descanso, casi como si fueran robots. Suelto un suspiro y me concentro en la salsa frente a mí, que debería ser perfecta; lo suficiente como para no caer en algo básico y que cautive el paladar de los jurados. Que les deje en claro quiénes somos, y que nos tomamos en serio esta competencia.

Una bruschetta diferente.

Cuando faltan cinco minutos para que termine el tiempo, la bruschetta está prácticamente lista. Los tomates confitados brillan bajo una fina capa de aceite aromático de hierbas, debajo una burrata cremosa bañada en balsámico y albahaca recién cortada. Tomo las pinzas y coloco las últimas hojas con cuidado.

Respiro.

Está listo.

—¡Tiempo!

El reloj digital queda en cero, y la voz del presentador nos deja en claro que todo ha terminado. Dejo las pinzas en la mesa,

mientras los chicos sonríen al ver el plato.

—Todos los jefes de equipo, por favor tomen sus platos y formen una fila frente al jurado.

Tomo el plato y me uno a la fila. Somos los últimos, por lo que espero en silencio mientras uno a uno, los participantes avanzan hacia los jueces. Un nuevo temor recorre mi cuerpo al simple hecho de pensarlo.

¿Cómo puedo ver la cara de Lorenzo sin parecer un tomate?

Suspiro.

—-¿Ya la viste?

—¿A quién?

—Valery Meier.

Frunzo el ceño al escuchar los susurros de dos cocineros a mis espaldas. Y por alguna razón, el nombre me parece familiar.

—¿La chef alemana?

—Sí, la misma que obtuvo en su restaurante una estrella Michelin.

—¿Qué hay con eso?

La persona a mis espaldas suelta una risita antes de continuar.

—¿No lo sabes? Es la ex de Lorenzo Moretti.

Capítulo 16

—¿En serio?

—Claro. Estudiaron juntos en la misma universidad, eran inseparables. Trabajaron juntos varios años, incluso corrió el rumor de que estaban comprometidos.

¿Comprometidos?

Sigo con la mirada al frente, pero con mis oídos fijos en la conversación.

—¿Tienes alguna idea de qué pasó?

—Ni idea, pero conociendo la reputación de Moretti, algo tuvo que pasar. Y muy intenso.

Ambas sueltan una pequeña risa.

«Eran inseparables y estaban a punto de casarse».

Las palabras quedan dando vueltas en mi cabeza. Porque, siendo sincera, jamás me había detenido a pensar en algo tan básico. ¿Lorenzo es soltero? ¿Incluso ahora, lo es?

Compartimos una noche que todavía consigue sonrojarme al recordarla. Besos, caricias y hasta un desayuno de ensueño. Sinceramente, jamás pensé que podría sentirme tan cuidada.

¿Cómo carajos podría preguntar si tenía pareja o estaba soltero? Fue sexo, nos conocimos por muy poco, no hay razón para ese tipo de preguntas.

—Adelante, Chef Valery Meier.

Levanto la mirada y una mujer alta rubia estrena mi visión, quien con caminar elegante avanza hacia el jurado, llena de una seguridad que impone demasiado respeto. Su uniforme lleva en la parte trasera bordado el nombre de lo que supone, es su restaurante.

Die Anmut.

Su plato es una interpretación moderna del pescado blanco con crema de azafrán y vegetales glaseados.

—Soy Valery Meier, y es un honor estar aquí.

Su voz es tranquila y segura. Observo a los jueces probar el plato. Mis ojos van hasta Lorenzo, quien mantiene la misma expresión neutral. No hay nada especial en su rostro, pero aun así me sorprendo observándolo más de la cuenta.

Con ello, uno tras otro de los participantes pasan hasta que llega mi turno.

—Chef Giovanna Greco, y represento al restaurante Monroe. —Las cámaras se enfocan en mí, pero trato que mi lengua no se enrede—. Nuestro plato de bienvenida es una bruschetta con tomate confitado, burrata condimentada, aceite aromático de hierbas con una reducción balsámica y albahaca fresca. Nuestra idea es presentar un plato sencillo, pero lleno de sabor.

Los jueces prueban y yo intento descifrar algo en sus expresiones. Una mueca, una sonrisa o lo que fuera. Pero no puedo. Cuando termino, regreso junto a los chicos.

Ellos anotan en sus libretas, tan serios como al principio, y por algunos minutos siento los nervios cruzar todo mi cuerpo. Cinco minutos exactos pasan hasta que el presentador vuelve al escenario.

—-Primero que nada, queremos agradecer a todos los participantes por esta increíble presentación. El talento que hemos visto hoy es extraordinario, y los jueces están más que encantados por saber más de todos ustedes. —Los aplausos resuenan—. Aunque no hay ganadores ni eliminaciones el día de hoy, el jurado quiere destacar el plato que más los sorprendió.

Mi corazón se acelera.

—La mejor presentación de la noche corresponde al restaurante Di Anmut, dirigido por la chef Valery Meier.

Los aplausos retumban más fuertes. Valery sonríe y agradece con una pequeña inclinación.

—La competencia oficial comienza dentro de dos días. Descansen, prepárense y den lo mejor de ustedes. —El presentador sonríe y se gira hacia una de las cámaras—. Y en casa, no pueden perderse…

El ambiente comienza a relajarse luego de que la última cámara se apaga. Los participantes no tardan en dispersarse, pero yo estoy quieta, paralizada por los resultados.

¿Qué había hecho mal?

—No pongas esa cara —pide Kevin, dándome una palmada en el hombro—, solo era una presentación.

—Exacto —añadió Marco—. Aún nos queda mucho por demostrar en la verdadera competencia.

Les devuelvo la mueca ante sus intentos por mejorar mi humor. Vaya que tengo un buen equipo.

—Está bien, está bien… —Alzo las manos—. Estoy bien, no me pasa nada.

Pero es mentira, mi atención sigue fija en la mesa del jurado. Lorenzo es el tercero en levantarse, por lo que soporto mis impulsos de ir hasta él. Aunque, bueno, nadie me detiene. O quizá sí.

En cuanto me dispongo a acercarme, Valery Meier ya está junto a él. Se encuentra de espaldas, por lo que no logro ver cuál es su expresión.

—¡Giovanna!

Stephannie prácticamente se lanza encima de mí. Trato por todos los medios de no caerme, tomándola con la poca fuerza que tienen mis brazos flacos.

—¡Estuviste increíble! ¿No lo viste? ¡No puedo creer que salgas tan bien en cámara! —La abrazo, obligándome a sonreír—. Y esa bruschetta, ufff, tenía una pinta increíble.

Sí, pero al parecer no fue suficiente.

No me opongo cuando todos nos dirigimos hacia las afueras del edificio. La tarde comienza a caer y varias filas de taxis esperan frente a la entrada. Mientras Steph habla emocionada sobre todo lo ocurrido, yo no puedo evitar mirar una última vez hacia el edificio.

¿Qué estarían hablando ahora? ¿Quién es Valery para él? ¿Quién soy yo?

Niego varias veces y subo al taxi junto a los demás.

Recuerda por qué viniste hasta aquí, Giovanna, enfócate.

Suspiro.

Como si fuera tan sencillo.

∞∞∞

Valery Meier es famosa, pero no solo eso, sino muy buena en la cocina. Una de las chefs más destacadas de Alemania, y quien lidera el puesto con el Die Anmut como uno de los restaurantes más concurridos en Berlín.

Abulto mi labio mientras cierro Google y tiro el celular a un lado. Desde hace varias horas que estoy en el hotel y no he hecho más que quedarme en la cama. Incluso cuando los demás han tocado mi puerta para ir con ellos a recorrer la ciudad, me negué. No tengo ánimos y solo me apetece estar en la comodidad de mi habitación.

Eso, y porque temo que al salir pudiera encontrarme con Moretti. Y el saber que se hospeda justo en el departamento frente al mío no me ayuda mucho.

Había recibido varios mensajes de él, pero no contesté ninguno. Es cobarde, sí, demasiado. Y sobre todo, me estoy comportando como una auténtica niña de tres años.

Pero escapar de las situaciones incómodas es lo que mejor sé hacer. Lo que hice durante años, y por lo que pasé mi vida sumergida en masa madre y aceites vegetales.

Toc Toc.

Frunzo el ceño al escuchar varios toques en mi puerta. Suelto una bocanada de aire y me levanto de la cama. Espero que no sean los chicos o Stephannie tratando de convencerme. Tomo el pomo de la puerta y lo giro.

—Ya les dije que no me apetecía salir…

No termino de hablar, porque quien está delante de mí no es Stephannie, Marco o Rodolfo.

Es él.

—Ah… Hola.

Lorenzo se cruza de brazos y noto que su ceño está fruncido.

—¿Te llegaron mis mensajes?

¿Está bien mentirle?

—Sí.

—¿Por qué no me respondiste? Estuve buscándote por todos lados pero ya se habían ido.

¿Me estuvo buscando? ¿Es en serio?

Me cruzo de brazos y ladeo la cabeza.

—¿Estás seguro de que estuviste buscándome?

—¿Lo dudas?

—No lo sé, quizá te quedaste hablando con alguien y se te pasó el tiempo.

—No entiendo lo que estás diciendo, Giovanna.

Aprieto los labios.

—Te quedaste hablando con ella.

—¿Quién?

—Valery. Tu ex, ¿no es así?

El rubio guarda silencio, y aquello consigue hacerme sentir peor, porque se siente eterno. Después de unos segundos, él da un paso hacia mí.

—No es lo que piensas.

—¿Ah, no?

—No —espeta sin rastro de burla en su rostro—. Soy uno de los jurados, Giovanna. No puedo rechazar a alguien que se acerca a hablar conmigo. Sería descortés y poco profesional. —Se detiene por segundos, frunciendo incluso más el entrecejo—. Ahora tengo curiosidad: ¿cómo sabes que es mi ex?

Mierda.

Maldigo repetidas veces internamente.

—Solo… lo sé y ya.

—¿De quién lo escuchaste? Dímelo.

—Eso no importa —suelto e intento cerrar la puerta—. Si me permites, tengo sueño y debo descansar.

Pero coloca una mano en la puerta, impidiendo que esta se cierre. Antes de que pueda protestar, empuja suavemente la puerta y entra en la habitación, cerrando la puerta tras suyo.

—¡Lorenzo!

—No vamos a dejar esta conversación así, y no deberías molestarte por eso.

Resoplo.

—¿Molestarme? ¿Por qué habría que molestarme?

—Eso mismo quiero saber, estás enfadada.

—No estoy enfadada.

—Giovanna, te conozco. Estás enfadada, tanto que quieres lanzar la almohada a tus espaldas en mi cara.

Aprieto mis manos.

¿Cómo carajos puede saber tanto este hombre?

—¿Y qué con eso? Aunque estuviera enfadada, no tengo motivos —nos señalo—. No somos nada, Lorenzo. Solo nos acostamos.

Su expresión cambia. Pasa una mano por su cabello y exhala.

—Dios, Giovanna. No pensé tener que decir esto, pero estoy en mis cuarentas. A estas alturas no me apetece estar jugando al Don Juan ni perseguir faldas. —Mi respiración se detiene cuando sus ojos verdes se clavan en los míos—. Si crees que me acuesto con todo el mundo, estás muy equivocada. Permíteme dejarlo muy en claro, porque al parecer es necesario.

Se acerca unos cuantos pasos.

—La única mujer con la que quiero acostarme eres tú.

Parpadeo.

—¿Qué?

—¿Crees que tengo tiempo o ganas de ir por ahí coleccionando amantes? —niega con la cabeza—. No, Giovanna. Ya pasé por esa etapa hace décadas.

—Pero no somos nada.

—En eso te equivocas. —Su voz se suaviza—. Que no tengamos un título ahora mismo no significa que no quiera con locura estar a tu lado. —Da pocos pasos hasta quedar frente a mí—. Nunca me han interesado las relaciones vacías, y no quiero una aventura pasajera para nosotros.

Su mirada pierde aquella distancia de hace minutos y es reemplazada por… cariño.

—Me gustas, Giovanna. Me gustas de verdad. —Sus labios se curvan una sonrisa y una de sus manos encuentra la mía—. No solo me gusta hacer el amor contigo. Me gusta la mujer que se pone roja cuando la miro demasiado. Me gusta la mujer que se preocupa más por un jodido arroz que por dormir.

Una risa se escapa de mis labios.

Su pulgar acaricia mis dedos.

—Me gusta como sonríes.

—Lorenzo…

—Me gusta escucharte hablar, y sobre todo, me gusta quién eres. —Siento los ojos arder—. No estoy aquí solo por sexo, quiero conocerte más. Quiero desayunar y cenar contigo. Quiero discutir contigo por tonterías, celebrar tus victorias y estar a tu lado cuando las cosas salgan mal. —Ahora es mi pecho el que se estruja—. Quiero ver hasta dónde podemos llegar.

Mi voz sale en susurro.

—¿Qué hay de Valery?

Lorenzo suspira.

—Valery fue parte importante de mi vida, la quise mucho. —Sus ojos no se apartan de los míos ni un solo segundo—. Pero eso terminó hace años. Algunas historias terminan, Giovanna. Y por mucho aprecio que le tenga o hablemos, no significa que siga enamorado de ella.

Su mano sube hasta apartar un mechón de cabello de mi rostro.

—Porque la mujer en la que no puedo dejar de pensar desde hace días está justo delante de mí.

No lo dejo terminar. Me pongo de puntillas y tomo su rostro entre mis manos para luego besarlo. No se me ocurrió otra cosa. Porque, después de escuchar todo, mi corazón es un completo desastre. Porque Lorenzo Moretti acaba de mirarme como nadie me había mirado jamás.

Sus ojos se abren apenas por la sorpresa, pero solo por pocos segundos. Sus brazos rodean mi cintura y me acerca más a él. El beso es lento. Siento sus labios sonreír contra los míos, y aquello consigue que una risita escape de mi garganta.

—¿Eso es un sí?

—Cállate.

Vuelvo a besarlo, y sus manos suben por mi espalda. Se profundiza en el momento en que mi cuerpo entero reacciona al instante ante su toque. *Maldición.*

Este hombre solo necesita mirarme para hacer de mí un completo descoloque.

—Mmm…

Sus labios bajan hasta mi cuello, y cuando pienso en que quiero que sus manos me aprieten con mayor fuerza contra él, es el primero en apartarse.

—¿Qué sucede?

—Quiero mostrarte algo —espeta.

Achico los ojos.

—¿Ahora?

Asiente, y pasa sus dedos por mis labios hinchados.

—Quiero hacer el amor contigo, pero esto es algo que quiero que veas. —Hago una mueca, y él prosigue—. Si te lo digo, pierde la gracia.

Resoplo al apretar mis piernas con fuerza cuando Lorenzo se aparta, dejando distancia entre nosotros.

—Ve a arreglarte, te esperaré arriba.

—¿Arriba?

—Piso diecisiete.

—¿Qué hay…?

—Ya lo verás.

Deposita un beso en mi frente, y antes de que pueda seguir interrogándolo, sale de la habitación.

Capítulo 17

Diez minutos después, salgo de la habitación. No entiendo por qué demonios sonrío tanto. Es ridículo y vergonzoso, pero aun así no me detengo. Tomo el ascensor y observo los números subir con lentitud.

Diez, quince… y finalmente, diecisiete.

Las puertas se abren e inclino la cabeza cuando solo me topo con un pasillo iluminado.

—¿Lorenzo?

No obtengo respuesta, avanzo hasta encontrar una puerta abierta y en ese momento, una suave brisa acaricia mi rostro. Parpadeo varias veces, inmóvil. Este no es otro piso, no. Es la azotea. O al menos una parte privada de ella.

Mis ojos se abren con asombro.

—Dios mío.

Las luces de la ciudad se extienden hasta donde alcanza la vista. El cielo parece poder tocarse con las manos desde esta altura, y la ligera música instrumental llena el ambiente. Pero eso no es lo que más me sorprende.

Sino las velas, decenas de ellas. Todas y cada una rodeando la mesa y una hilera de luces colgantes ilumina la pérgola de cristal que cubre parte del lugar.

Parece salido de la película.

—Qué…

—¿Te gusta?

Mi corazón da un salto. Volteo y miro a Lorenzo. Lleva una camisa blanca, y eleva las comisuras de tal manera que me hace volver a apretar las piernas.

—Lorenzo… ¿Qué es todo esto?

Él sonríe un poco más.

—Una cita.

—¿Una cita? —muerdo mis labios, sin poder evitarlo—. ¿Con velas, flores y toda esta… locura?

—Quería impresionarte —admite—. ¿Lo hice?

Dirijo mi atención hacia él, luego a las flores, las velas y la ciudad entera bajo nuestros pies.

¿Impresionarme?

Lo siguiente.

—Creo que mi corazón acaba de sufrir un infarto.

Lorenzo suelta una carcajada.

—Eso quiere decir que hice un buen trabajo.

No sé qué decir o hacer. Es la primera vez que me ocurre algo como esto. La primera vez en treinta años que me sorprenden de tal manera. ¿Qué debo hacer? ¿Cómo debo reaccionar?

—¿Tú hiciste todo esto? ¿Por qué?

Noto como sus ojos parecen brillar.

—-Tenía la idea rondando en mi cabeza desde la noche anterior, y pensé que sería algo especial para ambos. —Se acerca despacio—. También porque tú te mereces una cita de verdad, Giovanna. —Su mano encuentra la mía. Poco a poco, se acerca e inclina hacia mí—. No quiero que nuestra relación empiece entre dudas, celos y malentendidos, quiero hacerlo bien. Por ti.

Hacerlo bien, por ti.

Lorenzo entrelaza sus dedos con los míos y me conduce hasta la mesa.

—Vamos, no quiero que se enfríe.

—¿Hay más?

—¿Creías que iba a invitarte a una cita y alimentarte solo con flores?

Suelto una risa. Él aparta la silla para mí y espera hasta que me siente en esta para moverse. Un gesto tan anticuado y a la vez olvidado, que me fue imposible no sonreír de vuelta.

—No tenía idea de que eras de los que hacen esto.

—¿Ser caballeroso?

Siento mis mejillas arder.

—Sí —digo.

Termino de hablar y un hombre vestido con el uniforme del hotel aparece con una bandeja, comenzando a dejar platos en la mesa. Veo los platos unos cuantos segundos, y pregunto sin poder evitarlo:

—No me digas que también cocinaste esto.

No es una idea descabellada. No me parece imposible que este hombre haya cocinado aquellas comidas para impresionarme. Lorenzo me dedica una expresión inocente que no creo en lo absoluto.

—Digamos que tuve algo de ayuda.

—¿Eso significa que sí?

El silencio del acusado abunda en el sitio. Bajo los hombros en sospecha.

—Eso significa que no responderé esa pregunta —responde, ladeando su sonrisa—. Come primero, ya después podrás regañarme cuanto te plazca.

Las elaboraciones son sencillas y deliciosas. Una pasta fresca con salsa cremosa de limón y camarones. Durante un rato largo solo hablamos de trivialidades. Me doy cuenta de que los minutos junto a Lorenzo, aquellos en los que no hablamos más allá de ambos, pasan rápido.

Por otro lado, él no deja de sorprenderme, y al parecer él piensa lo mismo de mí. Ambos odiamos las películas de terror, y me río varias veces cuando es incapaz de recordar algunas letras de canciones. Como si aquello no fuera suficiente, Lorenzo se define a sí mismo como alguien *«pésimo con la tecnología»*.

Deseo que las horas se paralicen y que nada pueda arruinar este momento.

Inevitablemente, la conversación regresa a la competencia.

—Por cierto, debo agradecerte —afirmo mientras corto un trozo de pan. Él arruga la frente, por lo que continúo—. Tus consejos me sirvieron muchísimo. En el momento, solo pensé que estabas bromeando con nosotros. Ahora entiendo que quisiste ayudarnos.

El rubio niega de inmediato.

—No tienes que agradecerme nada, no hice nada especial.

—Claro que sí, nos ayudaste.

Asiente sin más, derrotado ante mi insistencia. Luego toma el último bocado de pasta con el tenedor y se lo lleva a la boca. Ahí, cuando abro los ojos al recordar, llevo una mano a mi cara y trato de cubrirme al sonrojarme.

—¿Giovanna, sucede algo?

Niego repetidas veces.

Bueno, estoy mintiendo. Sucede de todo.

¿Pero cómo puedo decirlo sin sonar extraña?

—Lorenzo, es de noche.

—Sí… ¿y qué con eso? —vocifera, dejando al lado el cubierto y frente a él, un plato vacío.

—Comiste. —Mis ojos viajan hasta su plato, y su mirada sigue la mía—. No diste mordiscos. Comiste por completo.

—¿Hmm?

Señalo su plato y luego suelta una carcajada.

—Tienes razón, vaya que tienes razón.

Sin embargo, sus ojos verdes no están iluminados con la misma alegría de siempre. Como si el simple hecho de ver aquel plato hubiera traído consigo un fuerte recuerdo.

¿Por qué Lorenzo no come de noche?

Aunque me ha dicho que aquello se debe a una costumbre de su infancia, puedo sospechar que algo me está escondiendo.

—¿Por qué no comes de noche? —cuestiono, sin pensarlo demasiado—. Sólo… si quieres decirlo. No quiero presionarte.

—No me presionas.

Sus dedos juegan con la copa de vino durante varios segundos.

—Mi padre se marchó sin más cuando yo tenía doce años. Esa mañana decidió que no quería aquella vida, o a nosotros. Mi madre, mis hermanos y yo nos quedamos solos. —Su voz es tranquila, como la de alguien que está relatando algo que ha repetido cientos de veces para convencerse a sí mismo de que no duele—. Yo era el mayor y tenía dos hermanos pequeños y una madre que se había derrumbado por completo. Así que me tocó ser el hombre de la casa antes de tiempo.

Mi pecho se aprieta.

—No es tan terrible como suena. Estábamos bien económicamente, y mis abuelos paternos nunca dejaron que pasáramos hambre. De todas formas, me concentré en estudiar y ayudar en casa en lo posible. No quería depender de ellos, solo me recordaban a mi padre. —Sus ojos se pierden por momentos en las luces de la ciudad—. Algunas noches mentía con que había cenado para que mi madre y mis hermanos comieran con tranquilidad. Me aseguraba de que estuvieran bien. Con el tiempo, solo me acostumbré.

—Pero eras un niño, no es justo.

Sonríe.

A pesar de todo, siempre sonríe.

—Sobrevivimos al abandono de mi padre, y eso es lo importante. Mi madre salió adelante, mis hermanos. Todos. Sin su ayuda. —Baja la mirada hacia el plato vacío—. Pero la costumbre quedó conmigo. A veces paso todo el día sin comer y ni siquiera me doy cuenta. Mi cuerpo aprendió a ignorar el hambre —suelta una carcajada amarga —. Es irónico, ¿no? Soy crítico gastronómico.

Paso saliva y no dudo en buscar su mano libre apoyada en la mesa. Él me corresponde y la lleva hasta su boca para darle un casto beso.

—Aunque, algo raro me sucede últimamente… —sigue relatando, pensativo—. Mi apetito está volviendo. —Ese brillo, ya volvió—. No sé qué me has hecho, Giovanna, pero ahora me acuerdo de desayunar, almorzar y cenar. Desde que apareciste, tengo ganas de todo.

Su pulgar acaricia mis dedos, y contengo las ganas de llorar.

Llorar por todo. Por el Lorenzo de hace años, y el de ahora.

—No es justo —murmuro.

—¿Qué cosa?

—Que digas este tipo de cosas hermosas —reconozco y muerdo mis labios—. No sé cómo reaccionar. Jamás me había sentido así.

Giovanna Greco. No, *Giovanna* jamás, pero jamás, había albergado este sentimiento en el pecho.

—Entonces reaccionaré por los dos.

Bufo.

—¿Y cómo harás eso?

—Sencillo. —Se levanta de la silla y estira una mano hacia mí—. Bailando.

Lo detallo como si hubiera perdido la cabeza.

—Lorenzo, no sabes bailar. Será un desastre.

—Por mí, perfecto. —Me levanto de la silla y acerca su cuerpo hasta que puedo sentirlo cerca—. Algunos dicen que los mejores recuerdos nacen de los desastres.

De pronto, no es el grandioso profesional de la gastronomía el que permanece frente a mí; es el niño que había pasado hambre para ver bien a su familia. El mismo que había aprendido a vivir olvidándose de sí mismo. Y el mismo que ahora, con aquella sonrisa cálida y sus ojos verdes, me está ofreciendo su mano.

No la pienso soltar por nada del mundo.

Capítulo 18

—¡Lorenzo!

Gimo al sentir sus dedos entrar en mi coño. Muerdo mi mano, e intento moverme, pero no puedo. Su brazo toma con fuerza mi abdomen. Intento esconderme, cubrir mi rostro. Estoy roja, ardiendo, todo de mí. Y los sonidos obscenos de su boca con mi humedad no ayudan.

—Para… no… ¡Ah!

Mi clítoris está hinchado y cuando sus dientes lo toman con un mordisco juguetón, me vengo. El rubio deja besos por todas mis piernas, abdomen y senos hasta reclamar mi boca. Puedo sentir mi propio sabor y gimo al notar la presión de su erección. Lo toco con mi manos. *No.* Intento tomarlo con mis manos y Lorenzo tiembla.

Su polla es grande, gruesa, de varias venas y vello púbico. Este último es difícil de notar, su color rubio y su poca cantidad lo hacen casi invisible a la vista, tan solo dejándose sentir cuando lo toco. De pronto, tengo sed.

Demasiada sed. Y en cuanto me arrodillo frente a él, parece estar igual de sorprendido que yo.

—Quiero chuparlo —miro su glande y las diminutas gotas de líquido preseminal que empiezan a salir de él—. ¿Me dejas hacerlo?

Lorenzo ríe y lleva sus manos a mi pelo. Lo toma con delicadeza y sin esperar a que lo pida, abro la boca hasta comenzar a sentir su polla dentro. Quiero llegar hasta el fondo. Tragarla por completo hasta ver su cara de placer. Hacerlo sentir tan bien como él lo ha hecho conmigo. Levanto las comisuras a los segundos por ver que sí me deja. Suelta mi cabello, y tira la cabeza para atrás por el placer.

Lo estoy haciendo bien. Lo noto por el rubor en sus mejillas, la forma en que aprieta sus manos, como si estuviera soportando las

ganas de tomarme a la fuerza. Y , mierda, eso es lo que más me pone.

—Ah, Giovanna.

—¿Te gusta?

Me lo saco de la boca y bajo hasta sus bolas, con las que juego en mi boca hasta pasar la lengua desde la base hasta el glande de vuelta. Lorenzo asiente, y antes de que pueda volver a sentirlo en mi boca, me da la vuelta hasta quedar de espaldas.

—Tienes una boca increíble, Giovanna. —Abro mis piernas, y respiro al sentir algo caliente en mi entrada—. Pero ahora mismo no puedo aguantar las ganas de follar tu coño.

—¿Giovanna?

Parpadeo varias veces, pero es la mano de Rodolfo en mi hombro lo que me hace volver a la realidad.

—Rodolfo… sí, dime.

—¿Está todo bien? Has estado quince minutos pensativa.

Río para mis adentros, sabiendo que mis mejillas se sonrojan. Sí, claro que estoy bien. De maravilla. ¿Cómo no podría estarlo al recordar la noche anterior?

El sexo de ayer… joder.

—Sí, estoy bien —simplifico y Rodolfo asiente antes de volver su atención al resto de los chicos.

Suelto un suspiro y miro alrededor. No supe como dos días habían pasado tan rápido, pero estábamos de vuelta en la competencia. Esperamos en nuestras estaciones hasta que el presentador asiente y entonces, las cámaras se encienden.

—¡California! Espero que estén teniendo una excelente tarde, y si no es así, estoy seguro de que este es el momento indicado para que sintonicen nuestro canal y no se pierdan lo que está por venir.

Tengo las mejillas rojas, sí. Pero hay una buena razón. Mis ojos están fijos en el frente, particularmente en el hombre vestido con traje azul oscuro. El mismo que parece no quitarme la mirada de encima.

Me guiña el ojo con disimulo y bajo la mirada al sentir unas ganas tremendas de sonreír.

Dos días enteros en los que habíamos practicado en el restaurante de Lorenzo, y todos y cada uno de ellos terminaba conmigo en la habitación del hotel. Dos días en los que tuve que evadir las preguntas de Stephannie y sonar normal ante las llamadas de mi madre y de Katherine.

—Es un hecho, el día de hoy la competencia por el premio mayor empieza —vocifera el presentador, y la multitud aplaude—. Y ya que no podemos perder más tiempo, avancemos con el desafío de hoy. —La pantalla se ilumina detrás de él—. Los seis equipos deberán preparar tres platos en cincuenta minutos, que consisten en: entrada, plato principal y postre. Además, el jurado ha dejado asentado que estas dos rondas eliminatorias serán libres. —El murmullo se extiende por todo el salón—. Al final del día, dos equipos abandonarán la competencia. ¡Así que den todo de sí!

Las luces del reloj se encienden, y mi corazón se acelera.

—Participantes… ¡Su tiempo comienza ahora!

No espero ni un solo segundo en cuanto el reloj corre.

—Ya tengo en mente lo que podemos preparar —digo, tomando el cuaderno—. Rodolfo, te encargarás de la entrada, Kevin del postre y Marco y yo del plato principal.

Los tres asienten y comenzamos a movernos. No hay tiempo para dudar. Si todo lo que tengo en mente sale sin problemas, estoy segura que pasaremos de ronda.

—¡Kevin, un poco menos de azúcar! ¿Cómo vas, Rodolfo?

—¡Excelente, chef!

Respiro y me río ante la emoción que invade mi interior.

Miro hacia un lado y enfoco mi atención en Valery, quien se mueve con precisión, casi igual a su equipo. Ambos parecen haber ensayado cientos de veces. No hablan demasiado, tal vez solo lo necesario. Vuelvo de inmediato.

No hay ni un segundo que perder. No vine a California para compararme con nadie. Es para demostrar quién soy.

—¡Chef!

—Ahí voy.

Los minutos pasan y cuando el reloj marca los últimos cinco, verifico que todo esté como tengo planeado. Tartar de atún en una

cama de arroz crocante como entrada. Magret de pato con reducción de salsa de granada y por último, una *panna cotta* con dulce de leche y frutos rojos.

Me permito sonreír, porque ni bien el marcador llega a cero, tengo la sensación de que lo hemos conseguido. La presentación transcurre casi en un suspiro. Cuando llega mi turno, presento cada uno de los platos como siempre y me retiro hasta esperar los resultados.

—Gracias a todos por una ronda increíble. Pero, lamentablemente, dos equipos deben despedirse de estas cocinas. Los equipos que sobreviven a la etapa de eliminación, son…

Todos guardamos silencio.

Escucho algunos nombres, entre ellos el Die Anmut.

—Monroe.

Suelto una bocanada de aire en cuanto lo escucho. Los chicos me abrazan y cierro los ojos algunos segundos.

—¡Vamos, caraj…!

—Kevin.

Todos reímos al ver a Kevin llevar la mano a su boca, que por suerte, nadie lo ha escuchado. Giro hacia un costado y me encuentro con la mirada de Valery sobre mí. Esta asiente y yo hago lo mismo.

—La semifinal que definirá a nuestros dos finalistas se llevará a cabo mañana.

Mañana.

Todo se definirá mañana.

Los participantes comienzan a dispersarse una vez las cámaras se apagan. Nos reunimos con Steph y nos disponemos a irnos cuanto una voz nos detiene.

—¡Hey, chicos!

Una chica pelirroja con acento francés nos sonríe. Mis ojos van al nombre en su uniforme, y en efecto, es uno de los equipos que quedaron seleccionados.

—Disculpen que los moleste, pero algunos equipos iremos a tomar algo para relajarnos antes de mañana. ¿Se apuntan?

—Yo paso… —Estoy a punto de negarme, pero Kevin me detiene.

—Vamos, Gio. Será divertido

—Mañana tenemos competencia, no podemos.

—Tú misma te has dado la respuesta —añade esta vez Marco—. Necesitamos desconectar un poco de la cocina, sino terminaremos locos.

Miro a Rodolfo, el único que sabe que cuento con mayor razón de todo el grupo, pero este solo se encoge de hombros.

—Una cerveza no mata a nadie.

Termino suspirando, sin contar que Stephannie parece igual de convencida en ir.

—Está bien. —Kevin levanta los brazos—. Pero solo por esta vez. Luego no más alcohol por lo que queda de competencia.

—¡Sí, chef! —gritan los tres al unísono, y yo no hago más que colocar los ojos en blanco.

Antes de abandonar el lugar junto a los demás, miro una última vez hacia atrás. Como si pudiera sentirlo, Lorenzo deja de hablar con uno de los jurados para mirarme. Nuestros ojos se encuentran y sonrío. Quizás una noche lejos de la presión no sería tan mala. Solo rezaba para no terminar metida en algún tipo de problema y volver cuanto antes.

Para así poder estar a solas… con él.

∞∞∞

No fuimos los primeros en llegar. Una vez pasada la entrada del bar, me fue imposible fijarme que quienes estaban en la mesa eran Valery y otros tres de su equipo. Junto a Elory, la chica que nos había invitado antes, nos apresuramos a llegar y sentarnos.

—¡Por Dios! Quiero una cerveza cuanto antes —espeta la mujer, soltando un suspiro—. El día de hoy fue intenso.

Asiento sin más. Cuando el mesero llega a tomar nuestros pedidos y luego se va, me pierdo entre las vibraciones de mi teléfono dentro de mis pantalones. Saco el teléfono y sonrío al ver el nombre de Lorenzo aparecer en la pantalla.

Lorenzo:

¿Dónde estás?

Muerdo mis labios.

Giovanna:

Con los chicos,
salimos a tomar algo con otros equipos.

Espero varios segundos, pero no recibo otra respuesta.

Debe estar ocupado, y yo debo mantenerme lejos del teléfono antes de que Steph empiece con sus preguntas.

—¿Todo bien, Gio?

—Sí, sí. —Lo guardo nuevamente en mis bolsillos—-. Nada importante.

Una cerveza aparece frente a mí y bebo de ella sin reparar en nada más. No soy mucho de beber alcohol, pero cada vez que lo hago termino fascinada con el sabor y la forma en que logra relajarme un poco. La conversación fluye con facilidad sin necesidad de que yo intervenga. Elory no deja de hablar, y Kevin parece encantado con aquello. Rodolfo y Marco están debatiendo con dos de los cocineros sobre algunas técnicas de cocina.

—Así que tú eres Giovanna Greco.

La chica sentada junto a Valery me observa con curiosidad. Es pelirroja, y lleva el uniforme de Die Anmut. Puedo leer con facilidad el nombre de «Anika» en su pecho.

—Sí —respondo.

—Estoy intrigada por saber más de ti —asegura sonriente y yo parpadeo. No sé si es por el hecho de que me está tuteando con tanto descaro, o que la sonrisa en sus labios no se ve nada amistosa —. Valery, nuestra chef, ha ganado muchísimos concursos. Berlín, Viena, Copenhague… incluso obtuvo el premio europeo de gastronomía el año pasado. —Posa una de sus manos en sus mejillas—. ¿Y tú? ¿Te gustaría decirnos qué concursos has ganado?

—¿Perdón?

—Tus premios —explica con naturalidad—. Estando aquí, en esta competencia, imagino que tendrás varios.

Abro la boca dispuesta a responder, pero mi mejor amiga es más rápida.

—No lo sabe. —Todos en la mesa la miran. Stephannie sonríe con tranquilidad—. Giovanna es muy conocida en Italia, así que perdió la cuenta hace tiempo.

Muevo mis pies bajo la mesa, intentando que pare. La conozco, y si esto sigue así…

—La gente ama la comida de Giovanna —afirma Kevin, a lo que Rodolfo y Marco asienten—, no exagera. Es muy buena, tanto que ha logrado sacar a flote el Monroe.

Anika asiente y sonríe.

—Interesante.

Valery, por su parte, permanece en silencio. Solo bebe un sorbo de vino mientras sus ojos permanecen fijos en algún punto del bar. Es como si estuviera con la cabeza en otro sitio.

—Espero no importunarlos.

Frunzo el ceño al escuchar la voz de Lorenzo a mis espaldas. ¿Cómo llegó hasta aquí? ¿Acaso alguien le dijo?

—¡Chef Moretti! —exclama Elory—. Venga, siéntese con nosotros.

Todos lo saludan con entusiasmo, yo me limito a no dar la espalda. Lorenzo camina hasta la silla vacía a mi lado, y se sienta.

—Buenas noches para ti también, tesoro —susurra lo suficientemente bajo para que solo yo lo escuche al dejar su abrigo apoyado en el asiento.

Casi me atraganto con la cerveza.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo supiste dónde estaba?

Lorenzo se encoge de hombros, y sonríe.

Otro de sus secretos.

Este hombre y sus cosas.

—Por favor, esté cómodo, chef Moretti —vuelve a hablar Anika—. Me alegra verlo esta noche, todos nos alegramos. Yo, en especial, tenía una pregunta para usted. Si me lo permite, claro.

El rubio acepta, intrigado mientras pide una cerveza al mozo que se le acerca.

—Suena interesante —responde—. Nadie tiene el valor para hacerme preguntas por mis respuestas, así que adelante.

—¿Qué piensa de un chef sin estudios?

El ruido alrededor parece disminuir. Lorenzo arquea una ceja, luego espera segundos antes de responder.

—Depende.

—¿Eso cree?

—La cocina no entrega diplomas cuando alguien nace con talento —responde con calma—. Los estudios ayudan, pero no son lo único.

—Claro, tiene mucha razón —asiente la mujer mientras lleva su mirada hacia mí—. ¿Es cierto que no fuiste a la universidad?

El silencio cae con firmeza. Stephannie deja el vaso sobre la mesa, mientras todos a mi alrededor intercambian miradas. Yo permanezco quieta, muda. No es la primera vez que esto pasa, ni siquiera los escenarios que pensé en los que pasaría. Porque de todas las preguntas posibles, esa era una que llevo escuchando toda mi vida.

«¿No estudiaste?» «¿No tienes un título?» «¿Cómo es posible que dirijas una cocina?»

Aprieto mis manos en el instante en que siento el calor recorrer mi cuerpo. Siento rabia. Porque, si esta situación hubiera ocurrido años atrás, probablemente habría terminado agarrándola de los pelos. Pero ahora no puedo.

Porque Lorenzo está aquí, y no me apetece hacer un escándalo.

Respiro con calma, la poca que me queda, y respondo:

—Es cierto —contesto, tratando de esbozar una sonrisa que ni yo misma me creo—. No fui a la universidad.

Anika no pierde tiempo y abre sus ojos con asombro.

—¿En serio? Vaya —ríe con suavidad—. Entonces, se podría decir que eres… ¿autodidacta?

El tono burlón en su voz hace que mis manos se cierren alrededor del vaso.

—Supongo.

—Ya veo, debe ser complicado. Digo, competir contra personas con formación profesional —ladea la cabeza—. Claro, el talento natural existe, pero…

—Anika.

Esta vez la voz de Valery es la que se escucha. Anika se detiene y su semblante cambia por completo. Miro de soslayo el rostro de Lorenzo, la sonrisa que hace momentos tenía en su rostro ha desaparecido. Sus ojos verdes están clavados en Anika con una rudeza que no alcanzo a reconocer.

Me siento incómoda, no me gusta la idea de que todos estén así. No por mí. Decido levantarme antes de escucharlos hablar. Siento unas manos sujetar las mías, y me encuentro con que es él. Ahora mismo, lo que menos necesito es sentir su toque. No con varios ojos mirándonos sin cuidado.

—Giovanna.

—Iré a tomar algo de aire, ya regreso. —Lo miro y luego lanzo una mirada a Stephannie y los chicos—. Serán unos minutos.

Me deshago del agarre de Lorenzo y camino en dirección a la salida. Afuera, el frío de la noche me obliga a cruzar los brazos. Cierro los ojos y dejo que el silencio controle el pulso frenético de mi cuerpo. De mis ojos no sale ni una lágrima, y por alguna razón solo suelto una carcajada.

¿Por qué nada de esto me sorprende?

Dejo ir el aliento que no supe que apresaba, abro los ojos y miro hacia el cielo. Las estrellas no se ven con tanta fuerza como en casa, y por ello, termino pensando en Italia. En el hecho de que es la primera vez en que he pasado tanto tiempo lejos de mamá.

¿Cómo estará? Mañana tal vez tenga tiempo para llamarla.

—¿Bonita noche, no?

La voz consigue que quite la vista del cielo y mire a un lado. Parpadeo varias veces al ver a Valery apoyada contra la pared del local. Lleva un cigarrillo entre los dedos, y el humo se eleva sobre su cabeza. No parece molesta ni incómoda.

—Lo siento por lo de mi hermana —menciona sin rodeos.

Frunzo el ceño.

—¿Hermana?

Valery asiente.

—Aunque es mayor de edad, Anika no pierde la costumbre de comportarse como una niña.

—No tenía idea de que era tu hermana.

—La mayoría no lo sabe —suelta una risita—. Y sobre su comportamiento, en parte es culpa mía. Creo que la malcrié demasiado. Nunca aceptó que Lorenzo y yo termináramos. —Da una calada y deja escapar el humo—. Ella lo admiraba mucho, y cuando nos separamos, creo que le costó más a ella que a nosotros. —Sonríe mientras niega varias veces—. Cuando se enteró que Lorenzo personalmente sugirió al Monroe, y en especial a una mujer para participar en la competencia, no le sentó nada bien.

—Yo no…

—No debes explicar nada —me interrumpe—. Créeme, no vine aquí para hablar del pasado. —Apaga la ceniza del cigarro—. Además, me alegra verlo feliz. Hace tiempo que no estaba así.

Su mirada se pierde en algún punto de la calle frente a nosotras.

—Ya debes saberlo, pero siempre fue alguien reservado, puede que demasiado. Trabajar sin descanso y dormir lo suficiente hasta sin importarle llegar a cenar. Ese era el Lorenzo que recordaba, el último que vi al separarnos.

Mis dedos se cierran con fuerza sobre mis brazos. Valery me mira directo a los ojos.

—Esta noche, cuando entró al bar y vi la forma en que te miró… —Sus labios se curvan—. Lo preocupado que lo dejaste al irte y cómo puso en su lugar a Anika, me hizo entender muchas cosas.

¿Defenderme? ¿Qué carajos ha pasado ahí adentro?

Bajo la vista, sintiendo mis mejillas arder.

—No me entrometeré en lo que sea que pase entre ustedes, porque no me interesa. —Tira el cigarrillo al suelo—. Pero hay algo que sí debes tener presente. Yo vine aquí para ganar la competencia, y por lo que he visto, tú también. —Su sonrisa desaparece ligeramente—. Así que dame lo mejor que tengas, Giovanna Greco. No pienso perder.

Sus palabras no eran arrogantes. Sentía hambre. La misma hambre que tenía yo.

Valery extiende la mano.

—¿Trato?

La observo segundos antes de estrecharla.

—Trato.

Ambas sonreímos y volvemos la mirada al frente. Pronto debemos volver adentro con los demás. A la realidad. Porque desde mañana tengo que ver a esta mujer, Valery Meier, como lo que es.

No como la ex prometida de Lorenzo, sino como mi rival.

La mujer que tengo que vencer, y que luchará con la misma fuerza por derrotarme.

Capítulo 19

La última ronda eliminatoria antes de la gran final ha sido igual de intensa, o incluso más. Desde el momento en que entramos al set y ocupamos nuestros lugares, supimos que teníamos que darlo todo. Los chicos estaban decididos más que nunca y yo sentía una determinación que nada ni nadie podía apaciguar. Antes de que el marcador comenzara a perder tiempo, dejé que mis ojos fueran hacia Valery Meier. Intercambiamos un asentimiento de cabeza y luego nos pusimos manos a la obra.

Minutos más tarde y con los resultados a favor de nosotros, me permito respirar con fuerza. Había soportado las ganas de llorar, aunque una que otra lágrima traviesa había escapado de mis ojos. Clasificamos para la final, estoy a solo un paso de cumplir mi cometido.

Pero no debo tomarlo a la ligera.

Die Anmut será nuestro oponente.

—¡Hija mía!

Sonrío al escuchar la voz de mi madre. ¿Cómo es posible que el hecho de escuchar su voz me causara tanta felicidad? Los resultados habían llegado hasta Florencia, por lo que poco después de salir de la competencia, recibí la llamada de mi madre.

—¿Cómo estás, ma?

—Bien, querida —responde—. ¿Cómo estás tú? ¿Los chicos? ¡Deben estar muy felices!

Rodolfo, Kevin y Marco habían saltado en conjunto al escuchar los resultados. Sus gritos de felicidad pudieron escucharse hasta varios metros fuera del set.

—Sí, estamos muy contentos.

—No es para menos, hijita. Eres la mejor, y no lo digo porque seas mi hija. ¡Que te he visto con mis propios ojos! Eres muy talentosa, y lograrás todo lo que te propongas. Disfruta cuanto puedas, ¡ah, otra cosa!

—¿Sí, ma?

—Nunca dudes de ti misma.

Minutos después, y en cuanto mi madre cuelga la llamada debido a realizar varias mermeladas, cierro los ojos mientras me apoyo en el asiento de copiloto. Ahora, el temor que siento en el pecho se ha vuelto un poco más pequeño.

—¿Todo bien con tu madre?

Abro los ojos y miro a Lorenzo, quien maneja sin quitar la vista del camino. Todos estamos en su auto, sólo que esta vez el camino no es hacia el hotel. Para nuestra sorpresa, y antes de poder abordar los taxis de vuelta, este nos detiene.

¿El motivo?

Una invitación especial a unos cuarenta minutos aproximadamente de distancia. No había dicho nada más, lo que me tiene un poco nerviosa. Nada se puede predecir de Lorenzo, y es increíblemente bueno con las sorpresas. La ciudad de Anaheim me cautivó al instante, aunque según el rubio, aún me falta mucho por conocer. El auto se detiene pocos segundos antes de entrar a una urbanización.

Andamos cinco minutos hasta que se detiene frente a una gran mansión.

—¡Mierda!

Rodolfo a mi lado le da un codazo a Kevin, quien sonríe con pena a Lorenzo al bajarnos todos del auto. Yo, en cambio, estoy por hablar cuando la puerta de la casa se abre y de esta aparece una mujer.

Pelo rubio, algunas arrugas en su piel debido a la edad, y esos ojos verdes que al instante me hacen recordar a alguien.

—¡Lorenzo, hijo!

La madre de Lorenzo camina hasta llegar a él y darle un fuerte abrazo que no tardó en ser correspondido. Me mantengo firme a unos cuantos pasos, justo detrás de ellos. Cuando el abrazo se

termina, me preparo para lo que venga. En cambio, una sonrisa por parte de la mujer en nuestra dirección hace que regrese a mis pulmones el aire que me faltaba.

—Ustedes deben ser los amigos de mi hijo —vuelve a sonreír—. Pasen, por favor. No se queden ahí parados.

—Muchísimas gracias por invitarnos, señora. —Kevin es el primero en dar un paso al frente.

—Oh, nada de señora —responde ella con una pequeña carcajada —. Llámenme Elena.

Nos hace un gesto para que la sigamos al interior de la casa. La mansión es clásica y consta de dos pisos. Pero lo que mis ojos notan es la cantidad de fotografías familiares decorando la pared. En todas y cada una de ellas, Lorenzo aparece junto a su madre y hermanos. Caminamos toda la mansión hasta llegar al patio, donde Elena no tarda en inclinarse frente a un horno de ladrillo con varias piezas de leña.

—Mamá. —La voz de Lorenzo suena al instante—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué te parece, querido? —contesta, sin dejar de acomodar la leña—. Preparando para encender el fuego.

—¿Dónde están mis hermanos?

—Están fuera de casa, dijeron que volverían para la cena.

Lorenzo suelta un suspiro.

—Podías haberme esperado… —Sin darle más tiempo del necesario para protestar, se quita el chaleco hasta dejarlo en una de las mesas del patio—. Vamos, déjalo así. Yo me encargo.

—Hijo.

—No se diga más, mamá.

Elena levanta las manos en señal de derrota.

—Está bien, está bien. Qué mandón te has vuelto con los años.

No puedo evitar reír.

Pronto los chicos se acercan a Lorenzo hasta quedarse conversando. Stephannie deja salir una bocanada de aire a mi lado.

—Tu novio tiene una casa enorme.

Casi me ahogo con mi propia saliva.

—No es mi novio.

—Claro.

—Steph.

—¿Qué? Solo digo que, si me invitaran a la mansión de la madre del chico con el que hablo, yo empezaría a sospechar cosas.

No respondo. Me limito a darle un codazo, a lo que se ríe. Al menos, hasta que su teléfono comienza a sonar. La sonrisa en su rostro desaparece apenas ve la pantalla.

—Es mi padre.

—Contesta.

Stephannie duda unos segundos, luego suspira.

—Siento que no he cumplido bien mi promesa de estar presente, el trabajo me persigue a todos lados. Lo siento, Gio.

Tomo su mano libre con una de las mías.

—Vamos, no pasa nada. Te entiendo perfectamente.

—¿Segura?

—Claro, eres mi amiga.

Ella sonríe y me abraza.

—Eres la mejor.

La observo alejarse mientras responde la llamada. De pronto me encuentro sola, y con la vista del cielo oscurecerse al llegar la noche. Algunas lámparas del patio se encienden y poco después, siento a alguien sentarse a mi lado.

—¿Puedo sentarme?

Giro la cabeza y asiento al instante al ver a Elena a un lado. La mujer se sienta con lentitud, y luego me mira.

—Así que tú eres Giovanna.

—Así es. —Sonrío—. Giovanna Greco.

—Pues, me alegra conocerte, Giovanna.

Nuestra conversación comienza de forma sencilla. Elena me hace preguntas sobre Florencia y el Monroe. Lo que me lleva a pensar que esta mujer parece conocerme más que yo a ella. Luego, terminamos hablando sobre California, de lo mucho que me ha gustado para ser la primera vez, mientras que Elena, por su parte, habla de sus hijos y de las incontables veces en que Lorenzo muestra indicios de afición por la cocina.

—No sabía que Lorenzo cocinaba desde pequeño.

—Oh, sí. Aunque no sé si se le podría llamar a eso cocinar.

No sé con certeza cuánto tiempo pasa, solo que me siento cómoda. En un punto, Elena desaparece dentro de la casa y regresa con lo que parece ser un libro bajo el brazo. Mis ojos se abren con asombro al ver el enorme álbum. Elena lo abre y me enseña la primera fotografía. En esta, un Lorenzo de unos ocho años está cubierto por completo de harina.

—Intentó hacer pan, pero la bolsa de harina terminó explotando encima de él.

Las páginas siguen pasando una tras otra, y con cada una de las fotos solo puedo sonreír. Lorenzo en bici, jugando al fútbol o sosteniendo un pescado enorme. Hasta hay una donde aparece con ortodoncia dental.

—Siempre fue un poco testarudo, creo que eso lo heredó de familia. —Ella no logra bajar las comisuras mientras pasa las fotografías—. Puede cometer equivocaciones, pero te aseguro que tiene un gran corazón.

Mis ojos vuelven hacia ella.

—Lo sé.

Y lo digo en serio. Lorenzo me ha demostrado que detrás del chef famoso, del hombre seguro y exitoso, hay un hombre más humano de lo que pretende ser.

Elena me mira durante algunos segundos, luego asiente.

—Sí. Creo que lo sabes, pero igual…

—¿La están pasando bien?

Lorenzo está de pie frente a nosotras, con las mangas remangadas y algunas manchas en las manos debido al carbón. Antes de que pueda darse cuenta, Elena cierra el álbum. Aunque no pasa desapercibido por él, que frunce el ceño al instante.

—Mamá, ¿qué le estás enseñando?

—Nada, absolutamente nada. —Se levanta y le da un beso en la mejilla antes de guiñarme el ojo—. Bueno, debo cocinar.

Elena se va, y en cuanto estamos solos, dejo salir otra carcajada. Lo veo arrugar la frente.

—La foto de la harina fue mi favorita.

Lorenzo niega con la cabeza, aunque también termina sonriendo. Por segundos, ninguno dice nada. El ruido de las voces llega desde el otro lado del patio. Las luces iluminan el jardín y el olor a leña comienza a extenderse en el ambiente.

—Ven conmigo.

—¿Qué? —pregunto sin entender y miro alrededor antes de continuar—. Será raro si ven que desaparecemos juntos.

—Nadie se dará cuenta, y si es así, siempre puedo decir que estamos hablando de la competencia. —Su sonrisa se vuelve más amplia—. Giovanna, confía en mí.

Minutos después, estamos dentro de la mansión, específicamente en la cocina. Esta tiene muchos implementos, lo cual me deja aún más asombrada.

—Mi madre tiene una obsesión poco saludable con los utensilios.

Asiento, dándome la vuelta para ver otra parte de la cocina.

—Ahora no me cabe duda, eres su hijo.

—Oye.

Me giro hacia él y tomo por reflejo la lata de cerveza que lanza hacia mí. Lorenzo abre otra para él y luego se apoya contra la encimera, sin dejar de mirarme.

—Felicidades por llegar a la final.

Bajo la mirada hacia la lata, permitiendo que una sonrisa aparezca en mis labios.

—Sí, lo hice, pero la verdad es que debo agradecerte. —Mi pecho se aprieta—. No sé qué hubiera pasado de no ser por ti.

—Tú fuiste quien lideró a tu equipo y lo trajo hasta aquí.

Le da un sorbo a su cerveza y la acerca a mí, por lo que doy un breve golpe con la mía, a modo de brindis.

—Estoy feliz —admito—, muy feliz. Nunca pensé que podría llegar a esto, y por más que me lo repita, aún siento como si estuviera dentro de un sueño.

Joder. ¡Que he logrado pasar a la final! Estoy a poco de poder lograr mi cometido, de salvar al Monroe y de no abandonar mi sueño.

—Cuando termine la competencia, quédate en California.

Mi sonrisa vacila.

—¿Qué quieres decir?

—Quédate —arrastra la voz con tono tranquilo—, podrías hacerlo.

—Lorenzo.

—Hablo en serio —afirma, dejando la cerveza sobre la encimera —. Podrías dirigir uno de mis restaurantes, o trabajar conmigo durante un tiempo antes de volver. No lo sé, hay muchas posibilidades.

Mi corazón da un vuelco. Porque, una parte de mí, desde lo más hondo, quiere decir que sí. Quiero aceptar su propuesta sin pensarlo, quedarme y estar junto a él.

—Sabes que no puedo, tengo una vida en Italia.

—Y también tienes derecho a construir una nueva aquí, si quieres.

Bajo la mirada, y guardo silencio. Me obligo a pensar en aquello que he evitado durante la última semana. En el hecho de que, cuando la competencia termine, todo con ello terminará también. California. Las cenas. Los entrenamientos y las noches en vela hasta quedarnos dormidos.

Todo tiene una fecha de vencimiento.

Y no sé qué carajos hacer con todo eso.

Mis dedos se cierran alrededor de la lata en el preciso momento en que Lorenzo da un paso hacia mí.

—Giovanna, hay algo que necesito deci…

—Me gustas.

Hablo antes de que me arrepienta. Lorenzo se queda inmóvil, como si tratara de procesar si lo que ha escuchado es real y no una simple ilusión.

—Me gustas —repito—, mucho.

Mi corazón late con fuerza.

—Hasta ahora has sido el único que lo ha dicho —menciono, notando cómo aparta la mirada—, quiero que lo sepas. —Trago saliva antes de continuar—. Porque, aunque llevemos poco tiempo, aunque todo esto termine siendo una locura, me gustas de verdad.

El rubio se acerca incluso más y yo aprovecho de dejar la cerveza a un lado. Al estar frente a frente, su mano sube hasta mi rostro.

—Me gustas, Lorenzo.

Me coloco de puntillas, y lo beso. Es suave al principio, porque tarda menos de cinco segundos en que la distancia desaparezca por completo. Siento sus manos rodear mi cintura, y casi es como si mi corazón quisiera salirse del pecho. Su lengua se encuentra con la mía y suelto un gemido al sentir su erección contra mí.

Lorenzo se aparta y apoya su frente contra la mía.

—No tienes idea de lo que me estoy conteniendo.

Dejo que una risa escape de mis labios.

—¿Sí?

Asiente.

—Empiezo a creer que venir aquí no fue una buena idea.

Esta vez, él es quien me besa. Retrocedemos un paso, luego hasta que mi espalda choca suavemente contra la encimera.

—¡Ah! Lorenzo.

—¿Giovanna?

Ambos nos congelamos al escuchar la voz de Stephannie atravesar la cocina.

Capítulo 20

Nos miramos y Lorenzo se agacha para esconderse.

—¿Qué carajos haces?

—No digas nada.

—Esto es ridículo… —No me da tiempo a seguir, porque en ese momento aparece Stephannie por la puerta.

—¿Giovanna? ¡Oh, aquí estás! No te veía por ningún lado. —Ella entra y se detiene justo en frente—. ¿Qué haces?

—Tomando una cerveza.

Aprieto mis manos y rezo por todos los cielos para que no venga de este lado. Stephannie asiente y mira las cervezas en la encimera.

—¿Por qué hay dos cervezas? ¿Estabas con Lorenzo?

—Me dio una cerveza y estuvimos charlando un rato, pero tuvo que irse por unos asuntos.

Mi amiga asiente, ve de vuelta las latas sobre la encimera y luego me mira a mí.

—¿Y tu padre? ¿Qué quería?

Stephannie suelta un suspiro y pone los ojos en blanco.

—Hablar de los hoteles y que pronto tendré que ir a una reunión familiar.

—¿Lo que significa…?

—Problemas —espeta—. Solo pueden pasar problemas en nuestras reuniones familiares. —Se encoge de hombros y sonríe—. Bueno, como sea, te buscaba porque Elena me dijo que la comida está lista, así que vayamos al patio.

—Perfecto —concuerdo. Ella frunce el ceño—. Estaré ahí en cinco minutos.

Se queda quieta unos segundos, luego asiente y sale de la cocina. Espero varios segundos antes de hablar.

—Ya se fue, ya puedes salir.

Lorenzo se levanta y suelta una carcajada.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Nada, nada —espeta, acercándose hasta dejar un beso en mi mejilla—. Ahora, ve. Saldré en unos minutos.

No entiendo nada de lo que dice. Pero en cuanto mis ojos bajan hasta encontrar el bulto en sus pantalones, mis mejillas arden. Lorenzo pasa una mano por su rostro y suelta una bocanada de aire.

—Oh, lo siento, no sabía que estabas así.

—Giovanna, por favor —suelta sin más—. Deja de hablar, o terminaré haciéndote el amor aquí mismo —acaricia mis mejillas—. Nos vemos afuera.

Salgo de la cocina con las mejillas sonrojadas, y apenas cruzo la puerta hacia el jardín me encuentro a Stephannie apoyada contra la columna. Casi como si estuviera esperándome.

—Hola.

—¿Qué haces aquí?

—Nada —repito, cerrando los ojos—. ¿Ya se resolvieron esos importantes *asuntos* de los que hablabas?

Mierda.

—No es lo que crees.

—Jamás dije lo contrario.

—Stephannie.

—Giovanna.

Maldigo para mis adentros repetidas veces. Es evidente que Stephannie terminará dándose cuenta. Joder, es ella. Mi amiga, y la mujer a la que no puede escapársele ni la más mínima mosca.

—Tranquila, no tienes que explicarme nada.

—Yo, de verdad, lo siento por no decirte.

—Gio —vocifera, haciendo que preste toda la atención—. Hacía mucho tiempo que no te veía sonreír así. Y todo lo que ha hecho este hombre por ti, por tu equipo… lo cierto es que es difícil no ponerse feliz por ti. —Me toma del brazo—. Respetaré la decisión

que tomes, tu secreto está a salvo conmigo. Ahora vamos, antes de que Kevin termine comiéndose todo.

Reímos y regresamos al patio. La mesa ya está preparada y un aroma increíble flota en el aire, tanto que comienzo a sentir hambre. Me siento en una de las sillas y miro cómo Elena viene hacia nosotros con una enorme bandeja recién salida del horno de ladrillo. Mis ojos se abren al ver las costillas repletas de hierbas y papas rostizadas.

—Espero que tengan mucha hambre.

—Dios mío, Elena, creo que la amo —dice Kevin con sinceridad, y antes de que alguien de nosotros pueda decirle algo, prosigue—. Tenía que decirlo.

Las risas vuelven a llenar el patio y justo en ese momento se escucha el sonido del motor de un automóvil. El rostro de la señora se ilumina, porque segundos después dos hombres, acompañados de Lorenzo, aparecen por la puerta del patio. Uno de ellos, de cabello oscuro y ligeramente más joven que Lorenzo, habla con este con tranquilidad. El otro, rubio y de piel pálida, lleva gafas y expresión relajada.

—Mis otros dolores de cabeza —anuncia Elena.

—Siempre tan amorosa, mamá —espeta el de gafas.

Al acercarse, ambos saludan a su madre hasta girarse hacia nosotros. Lorenzo es el siguiente en hablar:

—Chicos, les presento a mis hermanos: Erick y Guillermo.

Erick saluda con entusiasmo, mientras que Guillermo da varios asentimientos. Pronto, todos estamos sentados en la mesa. La cena transcurre sin problemas, y cinco minutos son suficientes para llegar a la comparación de que Erick es tan hablador como Kevin.

Guillermo resulta ser abogado especializado en divorcios, y el pelinegro, agente de bienes raíces. Por lo que la comida se llena de algunas de sus vivencias, mezcladas con cada una de las nuestras.

Me permito disfrutar de la noche, la comida y las risas.

Sin dejar de sentir la forma en que Lorenzo me observa cada vez que cree que yo no estoy mirando.

La noche termina con rapidez y cuando llega el momento de irnos, Elena nos acompaña hasta la entrada.

—Espero volver a verlos pronto —murmura cuando nos abraza uno por uno.

—Después de esta cena, tendrá que soportarnos más seguido —asegura Marco.

Elena sonríe y, por último, toma mis manos entre las suyas.

—Cuídate mucho, Giovanna. Me alegró conocerte.

—Igualmente, Elena.

La mujer me dedica una sonrisa tan cálida que siento un ligero nudo en la garganta.

—Te deseo toda la buena suerte para mañana.

Asiento y, luego de despedirnos con un breve abrazo, subo junto a los chicos al auto. Sus hermanos permanecen junto a su madre, siendo Lorenzo el último en despedirse de ella. Lo observo abrazarla durante varios segundos y sonrío sin poder evitarlo.

Ahora mismo entiendo muchas cosas. El porqué de que Lorenzo sea tan protector y por qué siempre parece estar tan pendiente de todos. Ha crecido rodeado de amor, aunque también con un poco de dolor.

Y eso… se nota.

El viaje de regreso al hotel es tranquilo. Los chicos aprovechan para dormir y yo acompaño a Lorenzo por la carretera. La iluminación del tablero resalta parte de su rostro. Sus manos sujetan el volante con tranquilidad, y de vuelta, pienso en cuánto cambiarán las cosas una vez que termine la competencia.

Falta un día para que todo termine. Un día y tres rondas. Y no tengo idea de qué pasará después de eso. Mi vida entera está en Italia. El restaurante en donde cumplo mi sueño y mi familia entera. Pero Lorenzo está aquí. A miles de kilómetros que nos separan.

La idea de volver a casa parece sencilla, pero no lo es.

Bajo la mirada hasta mis manos.

Quizás estoy adelantando las cosas, pero es inevitable no hacerlo. Porque cuanto más se acerca el final de la competencia, también lo hace el momento en que tendré que decidir qué hacer con esto que siente mi corazón.

Cuando llegamos al hotel ya es medianoche. Todos nos despedimos y caminamos hacia los ascensores. Lorenzo permanece atrás, hablando con uno de los empleados del hotel en cuanto entramos al ascensor y las puertas se cierran.

El rubio me mira antes de que se cierren del todo, luego sonríe.

Solo un poco, lo suficiente para acelerar mi corazón. Durante todo el trayecto a mi habitación no puedo borrar aquella sonrisa de mi cabeza. Mañana es la final. El último paso, y por extraño que parezca, no estoy segura de qué me asusta más.

Perder, o descubrir lo mucho que podría llegar a extrañar a Lorenzo Moretti.

Capítulo 21

Lo primero que hago al terminar de colocarme el uniforme que nos entregan los asistentes es mirarme al espejo. Me quedo ahí; ni siquiera me doy cuenta de cuántos minutos pasan. Estoy en un trance y parece que no puedo salir de él.

He pasado la noche anterior en vela. Incluso después de que Lorenzo fuera a mi habitación y me diera las buenas noches tras un sutil beso, me fue imposible conciliar el sueño. Tengo los nervios a flor de piel, y lo único que parece calmarme es una buena taza de café caliente. Katherine Monroe me ha llamado a primera hora del día, lo cual se siente como un suspiro directo al alma. Porque, aunque aquella mujer no haya dicho demasiado, sus pocas palabras han servido para recordarme lo lejos que he llegado.

Toc, toc.

—Señorita Giovanna, ya debe salir.

La voz del asistente se escucha tras la puerta y suelto un último suspiro antes de caminar en dirección a ella. Afuera, los chicos permanecen quietos, esperándome. Aunque los hombres frente a mí tratan de disimular los nervios, sus rostros los delatan por completo.

—Rodolfo, Kevin y Marco, acérquense.

Nos abrazamos entre todos y formamos un círculo.

—Saben que no soy muy buena con las palabras, menos con las de aliento. Pero solo quiero que sepan que, pase lo que pase el día de hoy, estoy orgullosa de tener un equipo como el de ustedes. —Todos sonríen—. Demos lo mejor de nosotros y todo saldrá bien. ¿Entendido?

—¡Sí, chef!

Nos damos un último abrazo antes de seguir a los asistentes y luego a nuestras estaciones. El público permanece callado por el

momento, aunque muchas personas llevan consigo letreros de ánimo. Uno de ellos llama mi atención.

«SOY AMIGA DE LA MEJOR CHEF».

Sonrío al ver a Stephannie mover el cartel con emoción. Aprieto mis manos y tomo un poco de aire antes de mirar hacia los jurados.

—¡Bienvenidos a la final! No puedo estar más feliz de haber estado con ustedes en todo este camino lleno de emociones y buena comida. —El presentador hace su entrada y parpadeo varias veces mientras vuelvo a la realidad—. Desde nuestra organización, felicitamos a todos los concursantes. Pero como toda competencia, solo puede haber un ganador.

La pantalla frente a nosotros muestra recortes de las últimas rondas. Puedo verme en varias imágenes, incluso a los eliminados.

—La final constará de tres rondas: entrada, principal y postre, todas diferentes a lo que estuvieron viendo hasta ahora. Los platos dejarán de ser libres. —Arrugo el entrecejo, esperando sus siguientes palabras—. Y ahora los finalistas deberán cocinar los platillos que elijan los jurados. Y por ello, les pido que le den un aplauso a nuestro jurado referente por Michelín.

Todos aplauden y, con ello, el presentador le pasa el micrófono a uno de los jueces.

Dylan Rodríguez, el chef de élite brasilero que encabeza la lista de los chefs retirados con mayor influencia en la gastronomía latinoamericana. Hablar de él, incluso ver cada uno de los platillos que alguna vez llegó a preparar, es como ver a un fantasma en acción.

—Mi elección para esta primera ronda será… —anuncia y siento los nervios llegar hasta la punta de mis dedos—: empanadas.

¿Empanadas? ¿Eso puede considerarse una entrada gourmet?

—Por mis raíces, y en gran parte de Latinoamérica, la empanada puede comerse no solo como una entrada, incluso como almuerzo o cena. Por eso, quiero que jueguen con su versatilidad y creen algo impresionante.

Dylan asiente y el presentador señala el reloj.

30:00.

—Participantes —vocifera—, tendrán treinta minutos para preparar tres empanadas con rellenos diferentes. Y su tiempo empieza… ¡Ahora!

Me vuelvo a los chicos y preparo lo necesario para empezar. Las empanadas no son comunes en Europa, por lo que debo seguir un poco de influencia de otros países para poder crearlas sin errores.

—Marco, ¿no habías dicho una vez que tu papá es argentino? Allá comen empanadas, ¿no?

Este asiente y su rostro se ilumina, como si hubiera recordado algo importante.

—No recuerdo muy bien todos los ingredientes de los rellenos, pero podemos recrearlos.

Asiento y, junto a la ayuda de Marco, anoto los ingredientes necesarios. Lo primero es la masa, que, por supuesto, debe ser casera y a mano. Luego viene el relleno. Una vez listo y dejando la masa en manos de Rodolfo y Marco, junto a Kevin me concentro en preparar los diferentes rellenos. Cuando tengo la carne lista, voy por las verduras y condimentos.

14:45.

Miro el reloj y, en cuanto la masa está lista, armo las empanadas y las mando al horno. A mi lado, Valery cocina con calma. Sus movimientos son precisos y medidos. No parece estar compitiendo en una final. Casi como si supiera cuánto tiempo necesita cada preparación.

Intento no prestarle atención y centrarme en mi cocina. No puedo distraerme. No ahora. No hoy. Observo el reloj a los minutos, y vaya que estos pasan con rapidez. Reviso las empanadas una vez más, fijándome en la superficie dorada que quiero lograr.

Confío en mí y en que nada haya quedado crudo o pasado de cocción. Los segundos siguen corriendo y, cuando el reloj marca menos de tres minutos, retiro las empanadas del horno.

Perfectas.

Emplato tres empanadas con los distintos sabores y, cuando termino, doy un paso atrás.

—¡Manos arriba! —El reloj llega a cero y suelto el aire que llevo contenido durante minutos—. La primera en presentar su plato será

Giovanna Greco.

Asiento, tomo el plato y camino hacia el frente de todo. Las luces golpean tenuemente mi rostro, y siento las cámaras cerca registrando cada una de mis muecas cuando coloco el plato frente a los jurados.

—Buenas tardes a todos. En esta oportunidad decidí junto a mi equipo inspirarnos en Argentina. —Señalo hacia el plato con delicadeza—. La primera empanada a su derecha es una empanada tradicional de carne cortada a cuchillo, con una reducción de vino Malbec y cebolla caramelizada. La del medio está rellena de pollo marinado con limón y diversas especias, acompañado de maíz asado y queso ahumado —y finalmente, la última—. La de su izquierda combina un sabor ligado a mi país, Italia. Esta tiene de relleno hongos, queso de cabra y nueces tostadas.

Todos asienten y cada uno prueba un trozo.

—Muchas gracias, Giovanna —enuncia Dylan luego de varios minutos de espera.

Regreso a mi estación y, en cuanto escucho el nombre de Valery, la miro avanzar hasta el jurado hasta dejar su plato.

—Para este desafío decidí tomar la palabra del chef Dylan y explorar cómo la empanada evolucionó en distintas culturas. Frente a ustedes tienen tres empanadas con estilos y rellenos diferentes que representan un país diferente, no solo en sabor, sino que también en tradición —toma un poco de aire antes de seguir—. Primero, realicé una empanada venezolana de pabellón con carne mechada, frijoles negros, plátano maduro de la región y queso blanco. Como segunda opción, fatay árabe con cordero especiado, tomate y un toque de limón. Y, por último, pero no menos importante, pastel brasileño de camarones, queso cremoso y palmitos cortados —muestra el plato—. Pueden untarlas con las salsas que deseen. Ají, yogur especiado o vinagreta tropical.

Los jurados parecen fascinados, incluso Dylan sonríe varias veces mientras prueba. Valery se despide y luego las deliberaciones comienzan. Los equipos esperamos en silencio, nadie habla, ni siquiera Kevin. Cuando finalmente el presentador recibe el sobre…

—La ganadora de la primera ronda es… —Mi corazón se acelera —. Valery Meier.

Cierro los ojos mientras los aplausos estallan. Aprieto la mandíbula mientras los chicos me hablan, aunque ahora mismo parece que no puedo escucharlos.

Abro los ojos y mi mirada se encuentra con la de Valery, quien me dedica una pequeña inclinación de cabeza. Una que parece decir exactamente lo mismo que yo estoy pensando.

Esto aún no termina.

Entonces sonrío, porque tengo razón.

Aún quedan dos rondas y no pienso rendirme.

El receso hacia la segunda ronda es tan breve como un suspiro. Luego de tomar algo de agua, replantearme un par de cosas y volver junto a los chicos, las cámaras vuelven a encenderse.

No tiene sentido lamentarme por la ronda anterior. Valery ha sido mejor, y punto.

—Para esta segunda ronda, la cosa comienza a calentarse. Ahora, tenemos el honor de escuchar a nuestra siguiente jurado invitada. —Los aplausos llenan el lugar cuando la mujer de cabello oscuro toma el micrófono.

—Desde siempre he sido fanática de Italia, es por eso que, como plato principal, quiero que fusionen la técnica con la tradición personal de cada uno de ustedes —explica con una sonrisa—. El segundo plato de esta ronda de eliminación es… pasta.

Sonrío al escuchar aquello y, en cuanto el reloj digital empieza a correr, miro a los chicos y sabemos perfectamente qué hacer. Aquel plato lo he preparado demasiadas veces en el Monroe, por lo que se puede decir que es nuestro plato estrella. Mezclo la harina junto a las yemas de huevo y visualizo el plato en sí.

Debo preparar un platillo que sea cálido a la vez que elegante.

Algo que recuerde a casa.

Cuando la pasta está lista, frunzo el ceño.

Siento que falta algo, pero ¿qué…?

—¿Chef?

—Pan —espeto—. Necesitamos pan.

Rodolfo sonríe al comprender y toma la masa que hemos preparado hasta hacer unos pequeños panes de masa madre con aceite de oliva y romero.

Dorados y lo suficientemente crujientes para absorber hasta la última gota de salsa.

—Último minuto, participantes.

No me detengo y acelero el emplatado. Siento mis manos temblar apenas, pero no puedo distinguir si por los nervios o la adrenalina.

—Kevin, necesito los panes.

—¡Aquí!

Tomo uno de ellos y lo acomodo en la cesta que irá junto al plato. Después llevo mi atención a la salsa. Tomo la sartén para agregarla a la pasta. Calculo mal y parte de la salsa caliente termina en el dorso de mi mano izquierda.

Siento el dolor al instante, como si cientos de agujas atravesaran mi piel al mismo tiempo.

—¡Giovanna! ¿Estás bien?

Todos parecen atentos a mi persona, inclusive Lorenzo se ha puesto de pie. Pero yo solo puedo dejar de ver el reloj sobre nuestras cabezas.

Treinta segundos.

Si no presentamos el plato, perderemos esta ronda, y si eso pasa…

—Sí.

Miro la zona enrojecida y aprieto los dientes.

—Giovanna, no cre…

—Estoy bien.

No espero una respuesta. Tomo otro plato y comienzo todo desde cero. El dolor sigue ahí, ardiendo y pulsando bajo mi piel, pero llevo demasiados años en una cocina para detenerme por una quemadura.

—Diez segundos.

Acomodo el plato escuchando al presentador decir la cuenta regresiva y luego alzo las manos. Cierro los ojos y siento cómo mi respiración se agita mientras observo el plato frente a mí. La pasta

reposa sobre una salsa cremosa de parmesano y mantequilla avellanada. Entre varios de los pliegues se esconden láminas finas de hongos, espárragos salteados y pequeños trozos de panceta crocante.

Por momentos, olvido el dolor de mi mano.

—Chef, su mano… necesita que la revisen.

La voz de Marco me hace mirar de vuelta a esta y… mierda. Mi piel está completamente roja.

—Después —mi tono es firme, y aunque puedo mirar de soslayo el rostro preocupado de mis compañeros, me mantengo firme en la decisión.

La primera en pasar esta vez es Valery.

—Ante ustedes hay un plato de *tortellinis* rellenos de pato confitado y foie gras, acompañado por una salsa de vino alemán y cerezas negras.

Los jueces prueban y toman notas, luego escucho mi nombre. Tomo el plato, respiro y camino al frente.

—Para esta ronda decidí regresar a mis raíces italianas. El plato que he preparado consta de ravioles rellenos con ricota ahumada con una yema líquida en su interior, y bañados en una emulsión de mantequilla avellanada, parmesano y salvia fresca.

Los jueces observan el plato. Lorenzo es el primero en cortar la pasta y la yema dorada se derrama sobre la salsa.

—Además, preparé pan de masa madre con romero —continúo, señalando la cesta a un costado.

—¿Como acompañamiento? —pregunta Lorenzo.

—Así es. En realidad, en Italia tenemos una palabra para esto: *scarpetta* —los jueces me miran con curiosidad—. La idea es que puedan mojar el pan en la salsa, ya que sería un desperdicio dejarla en el plato.

El jurado asiente y no tardan en hacerlo. La mujer de antes utiliza un trozo de pan para recoger parte de la salsa restante del plato hasta dejarlo vacío.

—Muchas gracias, Giovanna.

Los minutos posteriores son una completa tortura. Las deliberaciones parecen durar casi una eternidad, hasta que

finalmente aparece el temido sobre.

—La ganadora de la segunda ronda de eliminación es…

Mi corazón golpea con fuerza contra mi pecho.

—¡Giovanna Greco!

Los aplausos llenan el lugar y parpadeo varias veces mientras intento procesarlo. He empatado. Uno a uno. Mi mirada va hacia el jurado y lo encuentro. Lorenzo me sonríe y, aunque no es enorme, no hace falta.

Estoy orgulloso de ti.

Entonces escucho un grito.

—¡ESA ES MI AMIGA!

Stephannie se ha puesto de pie, agitando el cartel sobre su cabeza como una completa desquiciada. No puedo evitar reír y, al final, la veo responder levantando un pulgar en mi dirección. Yo niego con la cabeza, pero sigo sonriendo. Abrazo a Marco, Rodolfo y Kevin hasta volverme de regreso hacia la otra estación.

Valery ya me observa.

Un punto para cada una, lo que significa que solo queda una ronda para desempatar.

—Señoras y señores… —Las luces disminuyen y el público vuelve a guardar silencio ante la voz del presentador—. Ha llegado el momento de la ronda final.

Capítulo 22

—Ahí estaría, solo trate de no mover tanto la mano.

Asiento y sonrío a una de las chicas de primeros auxilios. La mujer se va y me deja sola en la habitación de espera. Tomo una botella de agua a mi lado y la llevo a mi boca justo en el momento en que la puerta vuelve a abrirse.

Lorenzo cierra la puerta tras de sí y camina hasta sentarse a mi lado. Sus ojos están puestos en las vendas que envuelven mis manos. Noto la preocupación en su rostro.

—¿Qué te dijo el médico?

—Me dijo que no fue tan grave y debo tener cuidado —contesto, cerrando la botella de agua.

Lorenzo frunce el ceño y suelta una bocanada de aire.

—Giovanna, no puedes cocinar con la mano así —comienza a decir—. ¿No crees que sería mejor si paras aquí?

—No —exclamo cuando sus ojos vuelven a mí—, no sigas. No si vas a decir que abandone la competencia. No ahora.

—No quiero que salgas lastimada.

—Y no pasará, solo es una quemadura. Algo que pasa muy seguido en este trabajo, así que no debes preocuparte. —Tomo su mano y la entrelazo con la mía—. ¿Qué haces aquí? ¿No será muy sospechoso con los jurados?

Lorenzo suelta una carcajada y lleva mi mano hacia sus labios, dejando un beso.

—Ahora mismo lo único que me importa es que estés bien, nada más.

Muerdo mis labios, sintiendo mis mejillas volver a arder. Lorenzo se acerca y deja un beso en mi cachete.

—Solo prométeme que no te lastimarás otra vez —ladea la cabeza, llevando tras mi oreja un mechón de mi pelo—. No soporto verte sufrir, Giovanna. Entiéndeme.

Suelto un suspiro.

—Está bien, lo prometo.

Me acerco a él, no sin antes mirar hacia la puerta, y le doy un beso en los labios. Uno rápido, pero no por ello carente de sentimiento. Cuando me aparto, Lorenzo mira la hora en su reloj y luego se levanta.

—Debo irme, vendrán a por ti en poco —asiento y este camina hasta la puerta, deteniéndose antes de irse—. Lo harás genial, Giovanna. Lo has hecho genial.

En cuanto el rubio desaparece y la puerta se cierra, me permito sonreír. Sin reservas, sin nada que me lo evite. Respiro y suelto el aire dentro de mí. Joder, estoy feliz. Y hace mucho que no me había sentido así.

Lo has hecho genial.

Lo harás genial.

—¿Giovanna Greco? —Dos toques en la puerta me sobresaltan—. Es momento de salir.

—Sí, ahí voy.

Me levanto y, antes de salir, me recuerdo a mí misma todo lo que ha pasado antes de llegar aquí. Las cosas que he aprendido, las personas que he conocido.

Y todo lo que me queda por delante.

Al salir, el primero a quien me encuentro es a Rodolfo y juntos caminamos hasta el salón de rodaje, donde todos esperan en sus respectivas estaciones.

Marco y Kevin me sonríen al verme llegar, aunque sus ceños se fruncen al ver la venda en mi mano. Sé que están preocupados, no los culpo. Veo hacia las cámaras; faltan pocos minutos para que la competencia comience, por lo que no puedo perder más tiempo.

—Reunión de equipo, chicos —espeto.

Formamos un círculo mientras trato de que los nervios no dominen por completo mi cuerpo. Nunca, pero nunca, he sido buena con las palabras.

—Sé que son conscientes de que el día de hoy supone todo para nosotros, y no hablo solo del Monroe —digo, y todos me prestan atención—, hablo de nuestros sueños. La cocina es nuestra vida entera, y soy testigo de la pasión con la que trabajaron todos estos años a mi lado. Incluso ahora. Es por eso que quiero que confíen en ustedes mismos, porque sin ustedes no hubiera sido posible nada de esto. Son… increíbles, así que cocinemos como siempre lo hemos hecho: con el corazón. No importa si perdemos, porque estar hoy en este lugar junto a ustedes es el mejor trofeo de todos.

Ninguno dice nada. En cambio, nos fundimos en un abrazo.

—¡Damas y caballeros que nos miran tras la pantalla! Hemos llegado al último desafío de la noche. —Las pantallas muestran el marcador y nuestros respectivos puntos—. Todo se decidirá aquí. Y para anunciar el último plato, le damos con placer la palabra a uno de nuestros mejores jurados. El crítico más intachable, con ustedes, público y chefs, Lorenzo Moretti.

Lorenzo sonríe y las cámaras lo enfocan.

—Durante toda esta competencia hemos visto platos impecables, innovadores y muy complejos. Pero en esta ronda final, busco algo diferente —hace una pausa—: historia. La cocina no solo se trata de preparar un plato perfecto, sino también de que ese plato cuente una historia. Es por ello que, como plato final, prepararán un maritozzo.

Maritozzo.

Recuerdo la primera vez que Lorenzo lo probó, la manera en que cerró los ojos después del primer bocado. La felicidad que había en su rostro…

Pero ahora, el reto es diferente. Ahora no estoy cocinando para Lorenzo en Florencia. El cronómetro aparece detrás de nosotros y, antes de lo previsto, empieza a restar los segundos. Durante varios minutos no escucho las preguntas que me hacen los chicos; estoy concentrada pensando.

Quizás podríamos cambiar el pan y hacer una masa de cacao y agregar un poco de frutas, presentarlo de una forma distinta. Algo que pudiera sorprender al jurado. Suspiro y cierro los ojos.

Contar una historia.

Y si…

Abro los ojos y sonrío.

—No vamos a cambiar nada, haremos un maritozzo clásico como el de siempre.

Los tres asienten.

—Entendido, chef.

Mientras Rodolfo comienza la masa, Marco y Kevin preparan la crema. Yo los ayudo lo más que puedo, aunque cada movimiento que hago duele. Intento amasar, pero el ardor atraviesa la venda y me hace soltar un quejido que guardo para mí misma. No puedo verme débil y preocuparlos, por lo que aprieto la mandíbula y sigo.

Dejo de prestarle atención al dolor, porque ahora mismo estoy cocinando para recordar quién soy. Recordar dónde ha empezado todo. Recordar a mamá y las tardes después del colegio. El olor a pan recién hecho, la mermelada de fresas y nuestras risas. Dejo que los minutos pasen sin preocupaciones, concentrándome en dejar el plato perfecto. La crema que sobresalga del pan y azúcar glas por encima.

Cuando el presentador da la orden de manos arriba, el estudio estalla en aplausos. Hemos terminado. Hemos llegado al punto final de todo este recorrido y no puedo estar más orgullosa.

Valery es la primera en presentar su plato. Desde la distancia, parece una auténtica obra de arte.

—Maritozzo con tinta de calamar, vainilla y cítricos.

Los jueces escuchan con atención la explicación de su plato, agradeciendo varias veces antes de volver a su sitio y que estos digan mi nombre.

—Chef Giovanna, ¿podría hablarnos más de este plato?

Miro el postre y luego levanto la cabeza.

—Frente a ustedes tienen un maritozzo clásico relleno con crema —vocifero—, y la palabra que lo define es la más sencilla de todas: hogar. Muchas veces pensamos que los mejores recuerdos nacen de grandes acontecimientos, pero estamos equivocados, nacen de las cosas más pequeñas. Volver del colegio y encontrar a mamá

esperándonos, sentarte y comer junto a tus hermanos, tomar un trozo de pan antes de la cena o esperar los domingos para desayunar todos juntos. —Esbozo una sonrisa—. Con este maritozzo, quise que cada mordisco recordara eso. Que, aunque parezca imposible, durante unos segundos cualquiera puede volver al lugar donde fue feliz. A su hogar.

Guardo silencio mientras los jueces prueban.

Cuando los minutos de deliberación posteriores finalizan, ambas somos llamadas ante ellos. Las cámaras nos enfocan sin disimulo, por lo que tengo que disimular los temblores de mis manos. El presentador hace un breve saludo y luego le da la palabra a Dylan.

—Chef Valery, chef Giovanna. Antes de anunciar el resultado, queremos agradecerles. He estado muchos años dentro y fuera de la cocina, y soy testigo de que resulta difícil encontrar platos que vayan más allá de una buena ejecución, y ustedes, ambas, lo lograron. —Posa su mirada en la rubia—. Chef Valery, usted nos mostró innovación con cada uno de sus platos. Valentía y una propuesta que muestra un dominio técnico extraordinario —cambia su enfoque de ella hacia mí—. Chef Giovanna, cada uno de sus platos fue un homenaje a la tradición, pero nunca dejó de evolucionarla. Logró unir técnicas actuales con sabores que parecían querer abrazarnos desde el primer bocado.

Siento que mi respiración desaparece en cuanto veo al juez abrir el sobre. Todo el estudio contiene el aliento.

—Sin embargo, solo una de ustedes puede convertirse en la ganadora de esta noche, y esa persona es… —Mi corazón se estremece. Dylan sonríe antes de dar el resultado—. La chef Giovanna Greco.

El estudio explota en aplausos y gritos. Todo ocurre al mismo tiempo. Ni siquiera alcanzo a reaccionar cuando Rodolfo, Marco y Kevin corren hasta mí, seguidos segundos más tarde de Stephannie, y me abrazan los tres al mismo tiempo. Yo no escucho nada, no puedo.

—Cada uno de sus platos fue como un abrazo al alma, y nos recordó algo que muchas veces olvidamos mientras perseguimos la

excelencia. —Dylan vuelve a hablar—. Que la comida también puede hacernos volver a casa. Felicidades, chef. Eres la ganadora.

Ganadora.

¿Es real?

¿Yo en verdad he ganado?

Las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas en el mismo instante en que mis piernas dejan de responder. Caigo de cuclillas y me cubro el rostro con la mano. Dejo que las lágrimas caigan y lloro. Lloro como hacía años que no lloraba. Rodolfo se arrodilla frente a mí y me toma de ambos hombros. Él también tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Lo logramos, chef.

Lo miro y, por fin, consigo asentir.

—Sí… —Mi voz sale en un susurro debido a las lágrimas—. Lo logramos.

Levanto la vista entre las luces del estudio y me detengo al encontrar a Lorenzo. Permanece de pie junto al resto del jurado. Y aunque no puede abrazarme ni acercarse, sé que aquello no hace falta. Porque, en el momento en que nuestros ojos se encuentran, este mueve apenas los labios, sin emitir sonido.

—*Te lo dije* —susurra en cuanto siento otra lágrima recorrer mi mejilla—, *eres maravillosa*.

Capítulo 23

—Felicidades, chef Giovanna.

Parpadeo varias veces antes de mirar a Valery acercarse a mí y extender su mano. Ya han pasado varios minutos desde que todo termina. El presentador ha añadido un detalle especial que asombra a todos al aclarar que el premio lo recibimos el día de mañana en una gala en honor al ganador y los exparticipantes. Aun así, seguimos en el recinto. Los reporteros han hecho un par de preguntas, aunque no muchas debido a las quejas de Stephannie sobre que necesitamos espacio.

—Gracias.

—No hay por qué. Hiciste un increíble trabajo. —Estrechamos nuestras manos—. Espero poder vernos en otro momento para la revancha.

Río.

—Estaré encantada.

Ella hace una pequeña inclinación de cabeza y se aleja hacia su equipo para luego irse del lugar. Es extraño. Pensar que no hace mucho la veía como el último obstáculo entre mi sueño y la realidad. Sin embargo, tenerla frente a mí me hace darme cuenta de que no es una rival, sino una chef extraordinaria. Una mujer que ha peleado exactamente igual que yo para llegar hasta aquí.

—¡Chef! ¡Ganaste!

—Ganamos —corrijo entre risas.

—Sigo sin poder creerlo, es decir… wow.

—Si siguen repitiéndolo, terminaré llorando de nuevo.

Y no miento. Con cada una de sus palabras, puedo sentir cómo varias lágrimas comienzan a acumularse en mis ojos.

—Pues tendrá que acostumbrarse, chef —resalta Kevin—. Porque pienso repetirlo durante los próximos veinte años.

Segundos después, los asistentes se acercan para indicarnos que las últimas fotografías oficiales están por comenzar. Nos acomodan en una de las paredes y los flashes se disparan uno tras otro. Las luces casi me ciegan y siento las mejillas entumecidas por tanto sonreír.

Todavía me cuesta creer que la mujer que sostiene aquel enorme trofeo provisional soy yo.

Cuando la sesión termina, me permito respirar.

La llamada de mamá llega horas después, en el hotel. Esta llorando antes de decir «hola», lo cual termina por hacerme llorar a mí también. Pronto, los vecinos del barrio van dejando cada uno sus saludos. Aunque la llamada es rápida, tengo el tiempo necesario para preguntar por mi madre y asegurarle que nos veremos pronto. Luego de eso, me doy una ducha. El agua caliente golpea mis hombros mientras observo el vendaje en mi mano.

He ganado, pero por alguna razón aún no logro comprenderlo.

Me visto con un vestido color crema y bajo hasta la recepción del hotel. Saco el teléfono de mi bolso para enviarle un mensaje a Lorenzo.

Giovanna:
Ya voy en camino.

Lorenzo:
Te espero.

Al bajar del taxi, lo encuentro esperando junto a la fuente de una plaza repleta de gente. Nadie repara en nosotros.

—Hola, chef.

Elevo mis comisuras con felicidad.

—Hola, jurado.

Lorenzo niega divertido.

—Creo que hoy los honores te pertenecen a ti —da un paso y rodea mi cintura con cuidado, procurando no rozar mi mano vendada—. Felicidades.

Sus labios tocan mi frente.

—Gracias.

—¿Eres feliz, Giovanna?

Aunque la pregunta me toma desprevenida, no pienso mucho la respuesta.

—Mucho.

Su sonrisa se intensifica y vuelve a dejar un beso, esta vez en mi mejilla. Durante minutos, inclusive horas, caminamos sin detenernos a pensar en el destino. Nadie nos sigue con cámaras; solo somos dos personas caminando entre desconocidos. Pasamos frente a una tienda de espejos y veo mi reflejo. Todavía me cuesta creer que aquella mujer soy yo. La chef que hace algunos años apenas puede sostener un restaurante que se cae a pedazos. La mujer que cruza kilómetros para perseguir un sueño. La mujer que vuelve a enamorarse cuando jura que no hay tiempo para ello.

Aprieto la mano de Lorenzo.

—Sabes, he estado pensando mucho estos días.

—¿Se puede saber en qué?

Bajo la mirada hacia las baldosas.

—En nosotros. —Lorenzo me escucha y yo prosigo—. Y he llegado a la conclusión de que quiero estar contigo, pero no quiero abandonar mi tierra ni a mi familia. No quiero sentir que, para tener una cosa, debo perder la otra.

—Jamás permitiría eso.

Levanto la vista.

—¿Qué?

—Nunca te pediría que renunciaras a quién eres, Giovanna. Fue precisamente de esa mujer de la que me enamoré. No quiero ser el motivo por el que abandones tus raíces; quiero formar parte de ella. —Sus dedos se entrelazan con mayor fuerza a los míos—. Si me lo permites, claro.

Mis labios se curvan en una sonrisa. No encuentro una sola razón para no creerle y, sin pensarlo, me coloco de puntillas para alcanzar sus labios. Lo beso despacio y sin prisas, como si quisiera que aquel instante quede grabado en mi memoria para siempre. Lorenzo rodea con una de sus manos mi cintura mientras acomoda con cuidado la

otra en mi mejilla. Cuando nos separamos, nuestras frentes siguen apoyadas.

Él sonríe; yo también.

—Giovanna, hay algo que quiero decirte.

Levanto apenas la cabeza.

—¿Qué ocurre?

Antes de que pueda responder, siento mi teléfono vibrar dentro de mi bolso. Frunzo el ceño y lo saco. Me alegro al leer el nombre de Katherine Monroe en la pantalla.

—Lo siento, debo contestar.

El rubio asiente con tranquilidad y deja un pequeño beso en mi mejilla. Me alejo unos cuantos pasos y contesto la llamada.

—¿Señora Monroe?

—Vamos, florecita. ¿Hasta cuándo me llamarás así?

Su voz me envuelve con la misma calidez hogareña de siempre. Siento un nudo en la garganta, por lo que trato de que mi voz no flaquee.

—Ganamos la competencia. —Cierro los ojos mientras una sonrisa vuelve a dibujarse en mi rostro—. Lo logramos de verdad. Ahora todo mejorará, el restaurante volverá a levantarse y podremos salir adelante.

Durante un instante, solo escucho su respiración.

—Sí, florecita… Todo irá mejor. —Su tono hace que vacile un poco —. ¿Cómo están tú y los demás? ¿Qué tal tu mano? Me dijeron que te habías lastimado.

Ahí está, la mujer que considero mi segunda madre.

—Todos estamos bien —respondo.

La conversación continúa varios minutos más hasta que Katherine se despide.

—La quiero mucho.

—Y yo a ti, florecita.

Cuando la llamada termina, vuelvo a guardar el teléfono en el bolso. Lorenzo sigue algunos pasos atrás, observando parte de la calle, demasiado pensativo.

—¿Qué haces parado solo?

Lorenzo gira la cabeza al escucharme. Su expresión pensativa no desaparece de inmediato, aunque, cuando nuestras miradas se encuentran, sonríe. Me acerco hasta quedarme frente a él. El ruido de la noche continúa alrededor.

—¿En qué piensas?

Acorta la distancia y sus labios encuentran los míos otra vez. Esta vez, el beso dura más. Un beso cargado de alivio, deseo y de algo más que no logro descifrar.

Ambos respiramos con dificultad.

—¿Por qué? —pregunto con las mejillas ruborizadas. Le doy un leve golpe en el pecho con el dorso de la mano sin vendar—. Pueden vernos. Si te reconocen…

—No me importa —confiesa, siento cómo sus manos suben hasta mis mejillas—. Nadie impedirá mis ganas de amarte, Giovanna. Así que tú tampoco lo hagas.

Joder.

No lo hago. Me dejo llevar por sus besos. Sin importar que el mundo alrededor pueda girar en nuestra contra, sigo aferrándome a él con cada minuto que pasa. Sin darme cuenta, terminamos en una de las habitaciones del primer hotel que encontramos. Lorenzo cierra la puerta con suavidad detrás de nosotros antes de volver a buscar mis labios con desesperación.

Me dejo llevar hasta caer en la cama, donde él se deshace de la ropa que estorba entre nuestros cuerpos. Su boca recorre cada parte de mi cuerpo, venerándolo.

—Giovanna.

Ahogo un gemido al sentir su lengua rodear mis pezones al mismo tiempo que sus dedos se introducen en mi coño, ya húmedo. Gimo y Lorenzo gruñe mientras ataca el otro pezón.

—Giovanna.

Baja por mi abdomen y aprieto las manos con fuerza sobre las sábanas cuando pienso que está por tocar mi humedad con su boca. Sus manos toman mis piernas y las levantan, colocándolas sobre sus hombros, atrayendo mi coño directamente hacia su boca.

Desde aquí puedo verlo jugar conmigo, con mi humedad y con la poca cordura que me queda. Mi cuerpo se arquea, pero sus manos

son lo suficientemente fuertes para sujetarme ante la llegada del orgasmo.

—Tu coño está llorando demasiado, míralo. Tan húmedo y apetitoso.

Mi cuerpo cae nuevamente con suavidad al colchón y el rubio se posiciona en medio de mis piernas, aún débiles por el placer.

—Abre los ojos, Giovanna. Voy a follar tu hermoso coño y quiero que me mires.

—Loren… ¡Ah!

La estocada hace que cierre los ojos. Puedo sentir su polla palpitar en mi interior. Abrazo a Lorenzo con mis brazos, atrayéndolo hacia mí. Él reparte besos por todo mi rostro.

—Mírame, Giovanna.

Otra estocada.

—Mírame.

Abro los ojos y miro sus ojos verdes. Jadea y las embestidas se vuelven más fuertes. Está eufórico, casi como un animal en celo.

—Mírame —Sus labios están separados de los míos por milímetros —. ¿La sientes? ¿Sientes lo mucho que me estás apretando? Joder… quiero… ¡Uh!

Mis piernas se entrelazan y él aprovecha para tomarme del trasero y colocarse de espaldas a la cama. Ahora, yo estoy arriba. Puedo ver su cara con mayor facilidad, a pesar de la poca luz de la habitación. Puedo sentirlo, muy al fondo de mi interior. Apoyo las manos al frente y empiezo a moverme.

—¡Oh!

Lo cabalgo, sin detenerme a pensar en el pequeño dolor de cada estocada en mi vientre ni en el hecho de que no estamos usando protección. Ahora solo quiero sentirlo. Muevo mis caderas más rápido cuando siento las señales del orgasmo. Lo veo posar sus manos en mis costados e impulsa sus piernas.

—Lorenzo… estoy a punto de… mmm.

—Vente conmigo —ruega, por poco ahogado. Besa mi mejilla sin dejar de arremeter en mi interior—. Vamos, sí, eso. Aprieta mi polla y haz que me venga dentro de ti.

Dejo de pensar con la razón cuando las embestidas se vuelven más intensas. Nuestros orgasmos explotan al mismo tiempo y siento cómo algo caliente llena mi interior. Lorenzo me abraza con fuerza y yo entierro mi rostro en su cuello. Escucho nuestras respiraciones mientras recuperamos el aliento, acompañadas de los latidos acelerados de nuestros corazones. Él aparta con cuidado un mechón de cabello de mi frente y deja un beso tan suave que casi duele.

—¿Estás bien?

Asiento y su brazo me rodea hasta dejar mi cabeza apoyada sobre su pecho. Cierro los ojos y siento una paz inmensa mientras Lorenzo acaricia distraído mi espalda y dibuja pequeños círculos con la yema de los dedos. Sonrío sin abrir los ojos. Mi cuerpo comienza a relajarse poco a poco y aspiro con fuerza su perfume.

Aunque el día de mañana vuelva con fuerza, me quedo con esta noche.

Donde solo existimos nosotros dos.

Capítulo 24

Abro los ojos con lentitud cuando los rayos del sol pegan contra mi rostro. Permanezco quieta varios segundos y observo el techo. El cansancio pesa sobre cada músculo de mi cuerpo, pero no me resulta desagradable. Al contrario, sonrío al recordar lo que ha pasado hace pocas horas. Luego de dejarme en mi habitación del hotel, Lorenzo se despide con un beso, excusándose de que debe ocuparse de algunos asuntos antes de la gala.

No puedo hacer otra cosa que volver a acostarme y sonreír como una completa idiota. La noche anterior sigue presente, tanto que todavía puedo sentir sus manos recorriendo mi piel, sus besos y el recuerdo de su voz al pronunciar mi nombre una y otra vez.

Sin embargo, el recuerdo pasa de lado para verse suplantado por otro. La gala, el premio y las palabras que debo decir cuando suba al escenario. Por eso me levanto y paso la mayor parte de la tarde caminando por toda la habitación mientras repito el pequeño discurso que preparo.

No es el mejor, pero al menos espero que sea suficiente.

Horas más tarde, lo primero que hago al terminar de colocarme el uniforme de gala que la organización nos ha hecho llegar a primera hora de la mañana es acercarme al espejo. Paso la mano por la tela, tratando de quitar algunas pelusas, y luego acomodo la pequeña placa metálica donde puede leerse con claridad mi nombre.

Giovanna Greco/Chef.

Me resulta extraño verlo, como si perteneciera a otra persona. Me dejo el cabello suelto y retoco apenas el maquillaje: brillo de labios y máscara de pestañas.

Toc, toc.

—¿Giovanna? ¿Estás lista? Ya es hora, tenemos que irnos.

La voz de Steph atraviesa la puerta.

—Sí, un minuto.

Tomo mi bolso y, al abrir la puerta, me encuentro a Stephannie luciendo un vestido negro ceñido al cuerpo que deja uno de sus hombros al descubierto. Silbo por lo bajo.

—Estás muy linda.

—Pues tú también lo estás. —Sonríe de oreja a oreja—. Y antes de que me digas que es imposible, déjame recordarte que hay gente que necesita un vestido para verse elegante. Y ese, cariño, no es tu caso.

Al llegar a recepción, los chicos ya nos están esperando. Los tres visten exactamente el mismo traje que yo, con la placa con sus nombres en el pecho.

—Bueno, creo que sí parecemos un equipo importante —reconoce Kevin, acomodando el cuello de la camisa.

—Siempre lo fuimos —responde Rodolfo.

No perdemos tiempo, porque una vez afuera ya nos esperan los taxis. Subimos repartidos en dos autos y el trayecto transcurre con calma, la suficiente como para no perder la oportunidad de mirar la vista de la ciudad nocturna.

Respiro hondo cuando termino perdiéndome en mis pensamientos.

Joder.

Los taxis se detienen en la dirección que les doy y, una vez fuera, mis pensamientos desaparecen para devolverme a la realidad.

—Madre mía… —susurra mi amiga.

La gala ocupa uno de los salones más importantes de la ciudad. La alfombra roja atraviesa la entrada principal, mientras decenas de fotógrafos y periodistas esperan detrás de las vallas.

—Vamos rápido —dice uno de los chicos de seguridad al reconocerme.

Dentro, el salón es impresionante. Arañas de cristal iluminan el techo y una orquesta interpreta música suave al fondo. El lugar está lleno de rostros, tanto conocidos como desconocidos. Algunos de los equipos descalificados, incluso Valery y varias personas que supongo

deben tener bastante influencia con solo mirar la manera en que se expresan. Y todos ellos no tardan en acercarse a mí cuando me notan en el lugar.

En menos de diez minutos, recibo más felicitaciones, tarjetas de presentación y propuestas de las que alguna vez creí obtener.

—Voy a buscar algo para tomar. —Ella me da un beso rápido en la mejilla—. Disfruta de tu momento, Gio.

Asiento y ella desaparece entre la multitud. Cuando vuelvo a girarme, me encuentro con unos ojos verdes observándome desde el otro extremo del salón.

Lorenzo.

Camina hacia mí con paso tranquilo, dejándome observar el traje gris a medida con el que viste. Este lleva una carpeta oscura bajo uno de sus brazos. Río. Ni siquiera aquí deja de trabajar. Cuando se detiene frente a mí, nos mantenemos en silencio sin dejar de mirarnos.

—Buenas noches —dice, paseando sus ojos por mí sin disimulo—. Estás hermosa.

Bufo.

—No te queda bien mentir.

—¿Y eso qué tiene que ver? —ladea la cabeza—. Un traje no impide que una mujer sea hermosa.

Siento el calor subir hasta mis mejillas, por lo que cambio de conversación.

—¿Cómo estuvo tu día?

—Bien.

Responde rápido. Desliza una mano dentro de la carpeta y saca un sobre hasta colocarlo frente a mí.

—Toma.

Lo observo sin comprender.

—No entiendo. ¿Qué es?

Estoy a punto de abrirlo cuando él sostiene mi muñeca con suavidad.

—Ábrelo después de la entrega del premio. —Elevo la vista para prestarle atención por varios segundos. Sea lo que sea, parece no estar bromeando, por lo que asiento—. Juntos.

—Está bien.

Tomo el sobre con cuidado y, justo en ese instante, el sonido del micrófono recorre el salón, logrando que el ruido se disipe en segundos. A unos cuantos metros, un hombre vestido de esmoquin sube al escenario y sonríe a los presentes.

—Muy buenas noches a todos. En nombre de la organización, queremos agradecer profundamente a cada uno de los patrocinadores, jurados y colaboradores que hicieron posible una edición inolvidable. Recordando que, como siempre, la cocina sigue siendo uno de los lenguajes más universales que existen.

Los aplausos llenan el salón.

—Y ahora, llegó el momento que todos estábamos esperando. Invitamos al escenario a la ganadora de esta noche —hace una breve pausa—, la chef Giovanna Greco.

Lorenzo gira apenas hacia mí y sonríe. Busco con la mirada a los chicos. Los encuentro enseguida, sentados en una de las mesas junto a Stephannie. Antes de avanzar, los abrazo.

—Gracias por nunca rendirse, chef —responde Rodolfo.

Mi corazón late con fuerza al escuchar tales palabras y le entrego el sobre a Stephannie antes de seguir al escenario. Esta no me hace preguntas, y se lo agradezco.

Al llegar al escenario, me acomodo frente al micrófono. Mis manos tiemblan, pero trato de no pensar en eso. Las luces me impiden distinguir con claridad los rostros del público, pero aun así alcanzo a ver la mesa de mi equipo. Y, un poco más atrás, al fondo de todos ellos, está Lorenzo.

Sus ojos no se apartan de los míos.

Recibo los premios y trago con fuerza antes de hablar.

—No soy buena con las palabras. De hecho, nunca lo he sido —admito, con una pequeña risa nerviosa—, pero creo que es el momento perfecto de hacer el intento. Cuando era pequeña, nunca soñé con ganar una competencia internacional. Soñaba con cosas más simples: lograr mi sueño de cocinar y ver a mi mamá sonreír al final del día.

Mi garganta se cierra.

—La cocina me enseñó que los sueños no aparecen de un día para otro, sino que se construyen. A veces, con mayor sacrificio del necesario y mucho, pero mucho miedo. —Elevo mis comisuras—. Hoy, este premio lleva mi nombre, pero no me pertenece solo a mí. Pertenece a todo mi equipo, quienes nunca dejaron de creer cuando yo empezaba a dudar. A mi mejor amiga, por sostenerme cuando ni yo misma podía hacerlo. A mi familia, que me enseñó la importancia de decir un *«te quiero»* sin necesidad de usar palabras.

Los aplausos llenan nuevamente el lugar. Aprovecho y respiro hondo cuando las lágrimas amenazan con salir.

—También pertenece al restaurante que me ve crecer. Gracias a los jurados por exigirnos más de lo que creían que éramos capaces de dar, y a cada participante. Encontré personas talentosas en este lugar y estoy orgullosa de ello. Y, sobre todo, gracias infinitas a la Giovanna de cinco años, por recordarme que esto nunca se trata de ganar —relato, más emocionada que nunca, y presiono la piel de mis palmas—; se trata de encontrar el camino de regreso a casa.

El salón entero se pone de pie y los aplausos me envuelven mientras inclino la cabeza.

—Muchas gracias.

Cuando bajo del escenario, apenas soy consciente de las personas que empiezan a rodearme para darme sus felicitaciones. Luego de varias fotografías, trato de encontrar aquellos ojos verdes entre la multitud. Frunzo el ceño al ver que Lorenzo ya no está. Miro alrededor una vez más.

Nada.

Camino hasta la mesa donde están los chicos.

—¿Viste a Lorenzo?

Stephannie asiente mientras bebe un trago de la copa que acaba de aceptar.

—Sí, se fue hacia ese lado del salón hace un momento —señala un pasillo lateral—, pero no estoy muy segura.

Asiento. Eso es suficiente.

—Ya vuelvo.

—Ve tranquila.

Me alejo y, con ello, el ruido de la música disminuye conforme avanzo por el pasillo. Hay una puerta abierta y estoy a punto de asomarme a ella cuando una voz me detiene.

Valery.

—¿Cuánto tiempo más piensas seguir ocultándoselo?

Mi cuerpo se queda inmóvil. No alcanzo a verlos desde donde estoy, solo escucharlos.

—¿Por qué te interesa tanto?

—¿Es en serio, Lorenzo? ¿En verdad es lo que estoy pensando?

—Valery, no creo…

—Respóndeme. ¿Es cierto? Si no es así, ¿cuándo pensabas decirle que sabías todo sobre que ese restaurante estaba en quiebra?

Mi respiración se corta.

No entiendo nada.

—Las cosas no son tan simples, lo sabes.

—Dime al menos que nunca pensaste convertir el Monroe en otro de tus restaurantes. Que no sigues haciendo la misma jodida mierda de años y años de arruinar restaurantes para luego volverlos tuyos.

Siento que el suelo desaparece bajo mis pies.

No. Eso… eso no puede ser cierto.

—Yo…

Un gemido ahogado escapa de mi garganta, tan silencioso que no parece darse cuenta, pero para mí ya es más que suficiente. Retrocedo un paso antes de seguir escuchándolo y salgo corriendo hasta que el salón vuelve a aparecer frente a mí, completamente borroso.

Llego hasta la mesa, o a mitad de ella, porque Stephannie se acerca al verme en tal estado.

—¡Giovanna! ¿Qué pasó?

No puedo responder. Mi pecho duele.

—El sobre —mi voz se rompe—. Dámelo.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué? ¿Qué tiene que ver ese sobre con que estés así?

—¡Que me des el sobre, Steph!

Sin hacer preguntas, regresa hasta la mesa y vuelve con él. Mis dedos tiemblan tanto que apenas logro romper el sello. Extraigo los

papeles y las primeras líneas bastan para que todo termine de desmoronarse.

Procedimiento de insolvencia, transferencia de activos del establecimiento con nombre «Monroe» y comienzo de venta.

No.

No.

No.

Mis piernas dejan de sostenerme y Stephannie me ayuda a sujetarme al caer en cuenta de que, durante todo este tiempo, él lo sabe. Sabe lo que está ocurriendo.

Siento cómo las lágrimas comienzan a caer sin control alguno por mi rostro.

—Gio, ¿qué pasa? ¿Qué dicen esos papeles? Déjame ver —pregunta Rodolfo, con la misma preocupación en sus ojos.

No puedo, porque admitirlo en voz alta sería mucho más doloroso. Así que aprieto los papeles contra mi pecho y salgo corriendo del salón. Necesito aire, necesito despertar y que todo esto se trate de una pesadilla.

Necesito irme de aquí cuanto antes.

—¡Giovanna! —escucho pasos detrás de mí, luego la voz de Lorenzo—. ¿Qué ocurre?

Cierro los ojos y luego me giro. Le arrojo los documentos contra el pecho. Las hojas caen al suelo entre nosotros.

—Explícame qué mierda es esto.

El silencio resulta insoportable. Los chicos y Stephannie llegan unos segundos después. Nadie entiende qué está pasando. Lorenzo no responde. Sus ojos bajan hasta los documentos esparcidos sobre el suelo y, cuando vuelve a encontrarse con los míos, algo dentro de mí termina de romperse.

—Giovanna.

—Respóndeme —mi voz es baja y peligrosa—. Dime que esto no es verdad.

—Déjame explicártelo.

Suelto una risa desde lo más hondo de mí. Solo que esta no tiene nada de gracia.

—¿Explicarme? ¿El qué? ¿Qué carajos es lo que me tienes que explicar?

—Las cosas no son como parecen. —Da un paso hacia mí, pero yo retrocedo de inmediato.

—No —levanto una mano para detenerlo—. No te me acerques.

Él se queda quieto.

—Giovanna, por favor.

—¿Lo sabías? ¿Sabías que el Monroe estaba en quiebra?

Silencio.

Ese maldito silencio.

Siento que el aire desaparece de mis pulmones.

—Lo sabías… —susurro con el nudo en la garganta.

—Sí.

La única palabra que jamás quiero escuchar. Todo a mi alrededor desaparece. Solo escucho esa respuesta golpear mi mente una y otra vez.

—¿Desde cuándo? —las lágrimas vuelven a nublar mi vista—. ¿Desde cuándo me conocías? ¿Cuánto sabías?

—Escúchame. Yo, en verdad…

—¡No! —Mi grito hace que varias personas giren la cabeza. Gracias al cielo, o quizás a la suerte de este hombre, no hay ni un solo reportero afuera—. Tú más que nadie lo sabías. Sabías que ese restaurante era toda mi vida, sabías que hice todo lo posible para poder salvarlo. —Aprieto los puños con tanta fuerza que las uñas se clavan en mis palmas—. Sabías por qué acepté entrar a esta competencia y, aun así, me dejaste creer que todavía había esperanza.

—Aún hay esperanza.

—¿Cuál? ¡Dime!

—Yo estaba intentando…

—¿Intentando qué? —Mi voz vuelve a romperse—. ¿Tomarlo para uno de tus restaurantes? ¿Terminar por destruir mis sueños?

Él no responde y no necesito escuchar nada más. Las piezas encajan una tras otra. Las reuniones, llamadas, viajes y ese maldito sobre. Todo.

Absolutamente todo.

—Debiste divertirte conmigo —digo casi sin voz—. ¿No te cansaste de fingir? ¿Por eso insistías tanto en que me quedara aquí? ¿Porque sabías que no tendría ningún lugar al que volver? ¿¡Te encantó jugar con mis sentimientos!?

Lorenzo intenta dar otro paso, pero él mismo se detiene.

—Nunca jugué contigo, Giovanna. Quería protegerte.

Las lágrimas empapan mis mejillas y ya no soy capaz de detenerlas.

—No, te equivocas. Eso no es proteger a alguien —Mi amiga se acerca hasta quedar a mi lado. No dice nada, solo toma mi mano—. Confié en ti. Todos confiamos en ti. Te conté lo que significaba ese lugar para mí, te hablé de mi madre y de todos… pero no te importó.

—Giovanna, espera.

Nunca había sentido tanto frío.

—¿Sabes qué es lo peor? —Él me observa—. Que ya no sé qué parte de todo el tiempo juntos, de *nosotros*, fue real.

Su expresión cambia por completo, como si esas palabras hubieran sido el verdadero golpe.

—Todo fue real. Lo que siento por ti es real. —asegura, pero niego una vez más—. Te quiero, estoy enamorado de ti.

—Ojalá pudiera creerte.

Miro hacia la puerta del salón. Hace apenas unos minutos ha sido el día más importante de mi vida, pero ahora se ha convertido en el lugar de una completa pesadilla.

—Puedes quedarte con el premio, después de todo. —Lo miro por última vez—. Lograste quitarme aquello por lo que vine a luchar, porque el Monroe era mi hogar.

Sin esperar respuesta, me doy la vuelta. Stephannie rodea mis hombros antes de que mis piernas vuelvan a fallar.

—Vámonos —susurra.

Yo asiento sin fuerzas.

No vuelvo a mirar atrás, porque tengo miedo de encontrar aquellos ojos verdes otra vez. Y descubrir, en lo más hondo de mi corazón, que todavía duele demasiado quererlos.

Capítulo 25

El viaje de vuelta a Florencia es silencioso, lo que agradezco sin dudarlo. En todo el trayecto permanezco con los ojos cerrados. No quiero pensar en nada, aunque no es tan sencillo. Siento un nudo en la garganta que no se disipa por más que me esfuerce. Recordaba la mirada de los chicos al llegar al hotel, y aunque estos me habían dicho que no tenía la culpa, no lo pensaba así.

La culpa me carcomía.

Si tan solo no me hubiera dejado llevar por los sentimientos. Si tan solo hubiera hecho más.

Cuando bajamos del avión y veo a mi madre, las lágrimas que tanto había soportado por no mostrar comenzaron a salir. Mis defensas se hicieron polvo, y me aferro a sus brazos como una niña pequeña.

Los recuerdos de los siguientes tres días son borrosos. No hago más que dormir hasta que el sol desaparezca por completo. Hay momentos en los que despierto desorientada, sin saber qué hora ni cuánto tiempo ha pasado, casi como un zombie.

Estoy muerta en vida.

Hasta que recuerdo todo y siento como dentro de mí volvía a romperse.

—No quiero que estés sola, hija.

Mamá insistió desde el primer momento para que me quedara en casa, y lo cierto era que no tenía fuerzas para discutirle. La mayor parte del tiempo permanezco acostada mirando el mismo rincón del techo mientras la lluvia azota el pueblo de Florencia. Sin embargo, luego de que esta termine y el sol vuelva a salir, se escuchan las risas de los niños al jugar en la calle.

El mundo sigue exactamente igual.

Algunas noches siento la puerta de mi habitación abrirse con cuidado. No necesito abrir los ojos para saber que se trata de mamá. Se sienta a mi lado, aparta el cabello de mi frente igual que cuando tenía fiebre de pequeña, y acaricia mi cabeza durante largos minutos.

—Todo va a estar bien, mi niña —recita cuando las lágrimas salen de mis ojos y puedo escuchar su voz quebrada continuar—. Llora todo lo que necesites, mamá está aquí.

Porque cada vez que abro los ojos y miro las hojas verdes de los árboles, inevitablemente, pienso en él. En su sonrisa, en sus caricias y las palabras que lograron acelerar mi corazón.

Al cuarto día, alguien golpea la puerta de mi habitación. Sé que no se trata de mi madre, puesto que la puedo ubicar desde la ventana recogiendo algunas fresas para las mermeladas.

—¿Puedo entrar?

Miro a Stephannie segundos después con una bandeja entre las manos.

—Tu madre me dijo que te trajera el almuerzo, llevas casi un día sin comer. —Deja la bandeja sobre la mesa de luz y arrastra la silla a pocos centímetros de ella hasta quedar frente a la cama—. No pienso irme hasta verte comer —continúa, mirando hacia la ventana —. Puedes ignorarme todo lo que quieras —suspira—. Sé que duele, Gio. Pero no puedes desaparecer frente a tu familia.

Una lágrima resbala sobre mi mejilla.

—No tengo hambre.

—Lo sé —empuja el plato hacia mí—, pero igual vas a comer un poco.

La miro por primera vez en días. Tiene ojeras y algo me dice que tampoco ha dormido desde que todo ocurrió. Tomo el tenedor y llevo un pequeño bocado a mi boca. No posee sabor, lo que me hace sonreír.

—Qué mal sabe esto, ¿lo cocinaste tú?

Más allá de ofenderse, ríe como si acabara de ganar una batalla. Al terminar la mitad del plato vuelven a tocar la puerta. Del otro

lado, la voz de mi madre viene acompañada de una que conozco a la perfección. La señora Monroe aparece y Stephannie me retira la bandeja de comida.

—Las dejaré solas.

Espero a que salga antes de girarme hacia Katherine.

—Mi florecita.

En cuanto se acerca a mí me lanzo a abrazarla, rompiendo a llorar otra vez. Ella me sostiene con fuerza, acariciando mi espalda. Como si intentara mantener unidos todos los pedazos en los que me he convertido.

—Lo siento… —susurra.

Niego entre sollozos.

—¿Por qué, por qué no me dijo nada? —pregunto cuando consigo recuperar el aire—. ¿Por qué no me dijo que el Monroe estaba a la venta? Quizá, si me esforzaba más habría encontrado otra forma… habría podido hacer algo…

Ella cierra los ojos.

—No quería romperte el corazón una vez más. —Elevo la mirada —. Estaba por decírtelo la noche en que nos vimos, pero cuando me dijiste que habías sido invitada a una competencia, no pude hacerlo. Pensé que, si encontrabas una oportunidad lejos de aquí, podrías seguir adelante con tu vida y no dolería tanto. Lo lamento tanto, florecita. Jamás quise verte sufrir así. Todo es mi culpa.

En ese momento comprendo que Katherine siempre lo supo, desde el principio. Había conocido la verdad mucho antes que yo. Había cargado con la culpa en lo más hondo de su corazón.

Vuelvo a abrazarla.

—La perdono, de verdad.

Ella besa mi cabello y permanecemos así durante un largo rato sin hablar. Hasta que Katherine vuelve a romper el silencio.

—Esta noche, debes ir al Monroe.

Frunzo el ceño.

—¿Para qué?

Una sonrisa aparece en sus labios.

—Será la última cena —dice—, y quiero que estés allí.

Toma mis manos entre las suyas.

—Por favor, florecita, no faltes.

Capítulo 26

Horas después, permanezco sentada sobre la cama. El silencio llena la habitación y, a pesar de sentir el cansancio sobre mi cuerpo, me obligo a levantarme. Tomo una ducha rápida, abro el armario sin detenerme a pensar demasiado y tomo lo primero que encuentro. No me molesto en mirar al espejo. Recojo mi cabello en un moño y salgo de casa después de avisarle a mamá que volveré más tarde.

El frío de la noche se hace notar apenas cruzo la puerta.

Camino entre las calles de Florencia, saludando con una leve inclinación de cabeza a algunos vecinos o personas que llegan a reconocerme. Siento cierto alivio al ser de noche, porque quizás así no noten lo espantosa que me veo ahora.

Cuando doblo la última esquina con dirección al Monroe, mis pasos disminuyen por sí solos. Mi pecho se oprime con fuerza, tanto que debo detenerme unos segundos. ¿Cómo podría dejar esto atrás? Todo está igual; sin embargo, dentro de poco desaparecerá.

Los recuerdos me invaden. Recuerdo el primer día que crucé esa puerta sin saber mucho de cocina. A Katherine entregándome el delantal y a mi madre sonriendo al verme feliz. Recuerdo el aroma del pan recién horneado por todo el salón durante las mañanas. Las noches en las que cerramos tarde y terminamos cenando juntos alrededor de una de las mesas mientras contamos nuestras historias.

Recuerdo el primer plato que preparo y el primer cliente que da sus elogios.

Toda mi vida está encerrada entre aquellas paredes.

Trago con fuerza, respiro e intento controlar el temblor de mis manos. Luego camino hacia la puerta y escucho el sonido de la

campana sobre el marco que anuncia mi llegada. Levanto la vista y mi corazón deja de latir durante unos segundos.

No es Katherine quien me espera en el comedor.

¿Qué hace él aquí?

Lorenzo.

Permanece de pie frente a una de las mesas, todavía con el abrigo puesto. Como si llevara rato esperando mi llegada. Cuando nuestras miradas se encuentran, ninguno de los dos habla. Su barba está ligeramente crecida.

Aunque, seguramente, yo tampoco debo verme mejor.

Mis dedos se aferran con fuerza a mi abrigo. Debo marcharme, dar la vuelta y desaparecer. No puedo respirar en este lugar si él está aquí. Me giro con intención de salir, pero apenas doy dos pasos, escucho su voz detrás de mí.

—Giovanna.

Cierro los ojos.

No. Por favor, no.

Sigo caminando. La campana de la puerta vuelve a sonar cuando mi mano alcanza el picaporte.

—Por favor… —Su tonada flaquea, como si estuviera por llorar.

Y, aunque me hace daño, aprieto la mandíbula.

—No quiero escucharte. Ya escuché suficiente.

—No voy a justificarme, solo déjame explicarlo. —Sus palabras hacen que mis dedos se presionen con fuerza—. Solo te pido cinco minutos, Giovanna. Y, si después de eso quieres irte, no te detendré.

Mi mano continúa sobre el picaporte.

Cinco minutos.

—Cinco minutos —murmuro—. Luego de eso, no vuelvas a buscarme nunca más.

Lorenzo exhala.

—Gracias.

Hay varios metros entre nosotros. Reparo en ello, en el hecho de que nunca hemos estado tan lejos. Lorenzo baja la mirada hacia el suelo antes de comenzar a hablar.

—Katherine Monroe es mi abuela y, durante años, la culpé por todo lo que ocurrió con mi familia. Necesitaba encontrar un

responsable para tanto odio y terminé convirtiendo este restaurante en uno de ellos. Pensé que, si desaparecía, también desaparecería una parte de todo aquello que llevaba dentro. Pensé que sería sencillo cerrar sus puertas y seguir adelante —levanta la cabeza; sus ojos me miran—, pero apareciste tú. Al principio intenté convencerme de que no cambiaría nada. Que solo eras un peón en el juego, pero, con el paso de los días y cada vez que te veía, entendí que no solo estaba por destruir un restaurante —hace una pausa—, estaba por destruir tu vida. Entendí que el Monroe nunca había sido el problema; el problema era yo. Y el pasado no debía afectar al presente. Tú fuiste quien hizo posible que convirtiera todo este odio en amor.

Mis lágrimas comienzan a caer y Lorenzo da un paso, pero sigue manteniendo la distancia.

¿Katherine Monroe era la abuela de Lorenzo? ¿Cómo puede ser esto posible? ¿Acaso me está mintiendo de vuelta?

—La competencia y todo lo que pasó entre los dos jamás fue una mentira —aprieta la mandíbula—. Soy un imbécil, Giovanna. Pero este imbécil está completamente loco por ti. Debí decirte la verdad desde el principio, debía confiar en ti y dejar que me odiaras antes y… no después.

Mis puños se estrujan más, me siento débil por el brillo en sus ojos.

Todo duele. Todo.

Y es por eso que no puedo creerle.

—¿Ya terminaste? Las disculpas ya no sirven de nada. Ya es demasiado tarde. Ya conseguiste lo que tanto querías.

Una sola lágrima cae por mi barbilla y mi voz amenaza con romperse desde hace rato.

—Giovanna.

—Vete.

No puedo ver bien debido a las lágrimas.

—Yo seguiré con mi vida —intento sonreír, pero solo consigo sollozar—, y tú harás lo mismo.

Él permanece quieto. Sus hombros descienden y asiente. Derrotado.

—Lo entiendo. No voy a pedirte que cambies de opinión. —Mete una mano dentro del bolsillo del abrigo y saca un sobre. Lo observo sin comprender. Es idéntico al de la gala. Lorenzo lo deja con cuidado sobre una de las mesas—. Solo quiero pedirte una última cosa: cuando puedas, léelo completo.

No intenta acercarse y el silencio entre nosotros cada vez es más insoportable. Pasa por mi lado y abre la puerta, pero antes de salir gira la cabeza.

—Te amaré toda la vida, Giovanna.

La puerta se cierra y caigo en cuenta de que sigo llorando. Mis ojos terminan yendo hasta el sobre en la mesa. Durante varios minutos me niego siquiera a tocarlo. ¿Qué sentido tiene? Ya no queda nada más por descubrir.

Sin embargo, mis piernas avanzan solas y lo tomo en mis manos. El papel sigue arrugado y, mientras saco los documentos, me doy cuenta de que son los mismos de la gala.

Una risa amarga escapa de mis labios.

—¿Para qué me dio esto?

La primera hoja sigue igual y noto mis lágrimas caer mientras paso a la segunda página. Entonces, mi respiración se detiene. Parpadeo varias veces y mis ojos vuelven una y otra vez al mismo párrafo.

No, esto no puede ser.

—¿Por qué mi nombre aparece como titular?

Mi corazón golpea con fuerza y siento mi alrededor detenerse. Paso las hojas con las manos temblorosas, no hay dudas. Un documento de herencia y luego, la transferencia de titular. Y mi nombre está en la aclaración de la nueva dueña.

¿Pero… por qué?

Me detengo en la siguiente página, aunque esta no es parte del contrato. Parece una carta escrita por Lorenzo, o más bien, la reseña oficial que había redactado para el Monroe.

«En varios de mis viajes he comprendido que existen restaurantes destacados por su técnica, ingredientes o historia. Me complace decir que el Monroe no pertenece a ninguna de ellas. Este es uno de esos lugares donde no te importa sentarte a compartir una mesa

con alguien, y aunque aquí no encuentres un local con vajilla bañada en oro, te aseguro que su pan recién horneado y personas que cocinan con el corazón no serán poca cosa. Entré sin muchas expectativas, pero me voy con algo más que el estómago lleno. Quizá recuerdes a tu hogar, o quizás encuentres algo mucho más valioso detrás de aquellas puertas.»

—¿Qué hice?

Mi voz consigue salir en un susurro. Esto es lo que tanto quiere mostrarme ese día y yo lo he malinterpretado.

«Yo seguiré con mi vida… tú haz lo mismo.»

Me llevo ambas manos a la boca.

—No.

Salgo corriendo del restaurante. Miro hacia ambos lados, pero no lo veo por ningún lado.

—¡Lorenzo!

Corro hasta la esquina, pero las lágrimas no me dejan distinguir nada. Me abrazo a mí misma al sentir frío y recuerdo la vez en que toma mi mano por primera vez. Todos los recuerdos vuelven sin descanso.

«Te amaré toda la vida, Giovanna».

Y yo he sido lo suficientemente estúpida como para no dejarlo explicarse. Mis piernas terminan cediendo y me apoyo sobre un banco, tratando de recuperar el aire.

—¿Giovanna?

Me giro al escuchar la voz. Lorenzo permanece a pocos metros, con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Te sientes mal?

Corro hasta él tan rápido que apenas tiene tiempo de abrir los brazos antes de que me estreche contra su pecho. Lo beso desesperadamente entre lágrimas y sollozos. Con toda la culpa y el amor que llevo días intentando esconder.

—Perdóname por no dejarte hablar y explicarme —sollozo—. Lo leí todo.

El rubio me abraza con fuerza, como si temiera que volviera a desaparecer.

—No, tú no tienes culpa de nada. Perdóname a mí, Giovanna. Debí confiar en ti desde el primer instante. Quería explicarte todo después de la gala y que fuera una sorpresa, pero todo salió mal. Terminé convirtiéndolo en el peor día de tu vida.

Niego.

—No digas eso.

—Tenía miedo de que, si conocías esa parte de mí, lo que tenía planeado hacer, nunca volvieras a mirarme como lo hacías.

Tomo su rostro entre mis manos.

—Pues mírame ahora. —Sonrío entre lágrimas—. Te amo, Lorenzo. Te amo desde hace mucho y no quiero seguir perdiendo el tiempo.

Sus ojos verdes vuelven a brillar y una sonrisa pequeña, aunque temblorosa, aparece en sus labios.

—Prometo que no volveré a ocultarte nada. Lo juro.

Vuelvo a sus labios con la necesidad del más sediento, sintiendo como el nudo en mi garganta se tensa y suelta, juguetón, alterando mis latidos como si fuera un procedimiento de rutina. Reviso mentalmente todas las cosas que pasaron en las últimas semanas, despidiéndose por fin del dolor, de la picazón en los lagrimales y el ardor en el pecho. Ya no está eso que me ataba. Ya no solo está el Monroe cuando pienso en mi hogar, por lo que sonrío en su boca, feliz por el descubrimiento. Me doy cuenta cuando, al mirarlo, mi corazón por fin halló su lugar.

Epílogo

Unos años después.

—¡Marco, esos ravioles no van a hacerse solos!

Mi voz se escucha por toda la cocina y, casi al instante, también el bufido al otro lado de la mesada.

—¡Cinco minutos, chef!

Termino de colocar unas hojas de albahaca sobre el último plato. El aroma de la salsa de tomate recién preparada invade mi olfato y no puedo evitar sonreír.

Ese olor.

—Ahora sí, están listos.

Marco coloca el último plato sobre la barra y asiente con satisfacción. Están perfectos.

—Muy bien, yo los llevo.

Rodolfo frunce el ceño.

—Son unos clientes muy importantes —recuerdo en voz alta.

Tomo dos platos y empujo la puerta con el hombro. El sonido del salón me recibe de inmediato. Las mesas están llenas. Recorro el lugar hasta detenerme frente a una de las paredes. Allí permanece la placa Michelin. Siento la misma emoción del día en que llegó.

Quién hubiera imaginado que este pequeño restaurante terminaría recibiendo uno de los reconocimientos más importantes del mundo.

Continúo mi camino hasta llegar a una de las mesas del fondo.

—Aquí tienen. —Dejo cada plato sobre la mesa—. Espero que les guste.

—¿Cómo no va a gustarnos? —responde Katherine con una sonrisa orgullosa—. Si la mejor chef de Florencia es mi florecita.

—Vamos, no exageres.

—No exagera nada —interviene Elena mientras prueba uno de los ravioles—. Todo lo que hace mi nuera es una maravilla.

No puedo evitar reír. Todavía me resulta extraño escuchar esa palabra.

Nuera.

Hace un tiempo ni siquiera imaginaba que Katherine Monroe y Lorenzo compartían la misma sangre. Katherine es su abuela paterna, la mujer que fundó el Monroe con la ayuda de su difunto marido. La misma que, muchos años atrás, incentiva el deseo por la cocina en él, pensando que algún día continuará con su legado familiar, y quien lo deja desde el primer momento como el dueño de su sueño.

Volver a unir a la familia.

—¿Cuándo llega mi nieto? —pregunta la anciana mientras toma un trozo de pan para mojarlo en la salsa.

—Hoy a la noche, si todo sale bien. Tiene una reunión importante en París.

Ella suspira.

—Ese niño —lanza una mirada a Elena—. ¿No se supone que la reunión dura una semana?

—Pues, al parecer, no soporta estar lejos de alguien —espeta esta.

Cuando el último cliente abandona el restaurante, el reloj marca casi la medianoche. Kevin y Marco se despiden, mientras que Rodolfo se queda unos segundos de brazos cruzados en la puerta.

—Trata de descansar. No limpies todo tú sola.

—No prometo nada.

Sonríe y sale de la cocina. El silencio invade el lugar, pero la diferencia es notable. Ahora este no me da miedo; es reconfortante. Tomo un paño y comienzo a limpiar cada una de las mesas. Nunca he podido evitarlo. Aunque tenga empleados y sea la dueña, termino hasta tarde para dejar todo lo más listo posible.

—Creo que jamás vas a perder esa costumbre.

Una voz roza mi oído y doy un pequeño salto.

—¡Lorenzo!

Me giro deprisa, dejando caer el paño, y lo abrazo.

—¡Volviste! Pensé que llegarías más tarde.

Ríe contra mi cuello y luego me besa.

—Te extrañé muchísimo.

—Mmm…

Vuelve a besarme, despacio y sin prisas, como si hubiera estado esperando todo el día para hacerlo.

—Me alegra escuchar eso.

Vuelve a abrazarme y, esta vez, me sonrojo al sentir el calor creciendo entre sus piernas. Lorenzo es insaciable, pero ahora mismo estamos en serios problemas.

—Es una lástima que mamá esté en casa —susurra. Una de sus manos baja por mi abdomen hasta detenerse en mi vientre bajo—. Podríamos llegar más tarde. ¿Qué te parece?

—Lorenzo, en verdad eres incorregible.

Sonríe con travesura y luego toma mi mano entre las suyas. Sus labios se posan con delicadeza sobre mi dedo anular, justo donde descansa mi alianza.

Mi esposo.

Lorenzo Moretti es mi esposo.

A su lado, todo parece una aventura. El simple recuerdo de la vez que intentamos buscar una casa meses antes de la boda no deja de volver a mi cabeza. Yo quería algo pequeño, mientras que él quería una casa enorme.

«—Estoy pensando en el futuro».

No había entendido a qué se refería hasta que, meses después, empezó a preguntarme con frecuencia cuándo había sido mi último período. Lorenzo quería formar una familia, quería hijos. Por eso, llevábamos algunos meses intentándolo, con citas médicas incluidas, pero no habíamos tenido suerte.

—¿En qué piensas?

Parpadeo.

—En nada.

—Eres muy mala mintiendo, Giovanna.

Sonrío y él entrelaza nuestros dedos.

—Bueno, ¿qué dices? —espeta—. Mi propuesta de quedarnos aquí a hacer el amor sigue en pie.

—¡Lorenzo!

—¿Qué? Tengo a la dueña del restaurante frente a mí, es mi esposa y no creo que quiera negarse.

No contengo la risa y le doy un pequeño golpe en el pecho.

—Eres un caso perdido.

—Soy *tu* caso perdido.

Entrecierro los ojos, lo tomo de la corbata y lo acerco a mí.

—Ven aquí, esposo.

El rubio no se aleja en cuanto mis labios buscan los suyos. Me dejo devorar y, cuando las ansias son más fuertes e incontrolables, tomo su mano y echo a correr hacia la salida. Su risa me sigue mientras apagamos las luces del Monroe. La campana sobre la puerta vuelve a sonar cuando la cierra detrás de nosotros.

Esta vez, sin embargo, no marca un final.

A pesar de las heridas o grietas en el camino, mañana volveremos a abrir las puertas de aquel lugar donde aprendo que los sueños pueden hacerse realidad.

Y donde encuentro el amor que siempre había estado esperando.

EXTRAS

1

Giovanna

El Mediterraneo y sus sorpresas.

El sonido de las olas me hace saber que no estamos en Florencia. No hay campanas ni el bullicio característico de los mercados, solo el mar golpeando suavemente la orilla mientras una brisa cálida mueve mi cabello.

Nunca imaginé que unas vacaciones pueden sentirse así. Después de tantos años dedicando cada minuto de mi vida al Monroe, detenerme me parece extraño.

—¿En qué piensas?

Sonrío sin dejar de mirar el agua cristalina ante la pregunta de mamá, quien acomoda mejor la sombrilla sobre nuestras cabezas. Me encojo de hombros y ella ríe.

—Eso quiere decir que estás feliz.

La observo unos segundos. Hace tanto que no la veía tranquila. Las arrugas alrededor de sus ojos parecen haberse suavizado y hasta el color de su piel luce distinto bajo el sol del Mediterráneo. Aunque mi madre se empeña en decir que es un viaje al que ella no debería ir y que gastar dinero en ella es innecesario, Lorenzo no hace caso y termina comprando los boletos sin aceptar un solo *no* como respuesta.

—La Costa Amalfitana es hermosa —dice, mirando el horizonte.

—Sí, lo es.

Toma mi mano y aprieta mis dedos con dulzura.

—Estoy tan orgullosa de ti, Giovanna.

—No hice nada especial.

—Claro que sí —afirma—. Construiste la vida que soñabas.

Mi garganta se cierra un poco. Jamás habría pensado estar sentada en una playa de Positano con el Monroe a kilómetros de distancia y sin mi presencia. Ahora, con el reconocimiento que hemos obtenido, el fin de mes ya no es una tortura.

Ladeo la cabeza y mis ojos van hasta él. Lorenzo está dentro del agua, hablando con un grupo de turistas que parecen haberlo reconocido. Bufo. Aun cuando no se trata de una estrella famosa de cine, siempre me sorprende cómo, a cada lugar al que vamos, alguien sabe su nombre.

Bueno… Es casi imposible que pase desapercibido con el cabello húmedo cayendo sobre su frente y esa sonrisa capaz de desarmarme desde la distancia. No soy la única consciente de eso. Varias chicas fingen jugar cerca de él mientras lo miran.

Suelto una risa entrecortada.

—¿Qué sucede? —pregunta mamá, siguiendo mi mirada.

—Nada.

Esta levanta una ceja, divertida.

—Llevas cinco minutos observándolo.

Siento mis mejillas arder y no respondo, porque en ese instante Lorenzo levanta la mirada y nuestros ojos se encuentran. Sonríe y hace un gesto con la mano para que me acerque antes de volver a sumergirse.

—Ese hombre te ama demasiado.

La sonrisa sigue intacta. No ha pasado un solo día en que él no me lo demuestre. Incluso luego de que nuestra relación se hizo pública y mi miedo a que las reacciones a nuestro alrededor no fueran las adecuadas, no dejó de decirme que todo estaría bien. Al principio llegué a pensar que Rodolfo, Marco y Kevin se enfadarían, pero ocurrió todo lo contrario.

Y resultó que entre los tres llevaban semanas apostando cuándo admitiríamos que estábamos juntos.

Lorenzo vuelve a girarse hacia la orilla y, al verme aún sentada, comienza a caminar hacia nosotras. Frunzo el ceño al ver esa sonrisa traviesa en su rostro que conozco demasiado bien.

—Te estuve esperando.

—Sí, ya iba.

Se cruza de brazos, apretando los músculos.

—Tres…

—¿Qué haces…? ¿Lorenzo?

—Dos… —Se detiene y pasa su mano por su cabello—. No creo que te convenga que llegue al uno.

—Ni se te ocurra, Lorenzo Moretti.

No sirve de nada. Me levanta en brazos con facilidad y lo único que puedo hacer es gritar entre risas mientras comienzo a tratar de que me baje.

—¡Bájame!

—Muy tarde.

Muerdo mis labios y siento mis mejillas calentarse.

—Lorenzo, mi madre está mirando.

—Y seguro está de mi lado.

No me da tiempo a protestar. El rubio corre hacia el mar y se lanza conmigo entre los brazos. El agua nos envuelve y, cuando salimos a la superficie, aparto el cabello de mi rostro mientras intento recuperar el aire.

—¡Estás loco!

Él se ríe y yo lo empujo con suavidad.

—Voy a terminar resfriada por tu culpa.

—Eso es imposible —acerca su frente a la mía—, porque pienso cuidarte toda la vida.

Sus manos rodean mi cintura y siento cómo mi corazón vuelve a hacer lo de siempre cuando estoy junto a él: ese latido frenético que solo Lorenzo puede provocar.

—Te amo, Giovanna.

Sonrío.

Aquellas palabras siguen haciéndome sentir exactamente igual que la primera vez. Me pongo de puntillas, rodeo su cuello con los brazos y doy un beso lento sobre sus labios.

—Y yo te amo a ti, Lorenzo.

A nuestro lado, el mar sigue moviéndose con calma.

Horas después, cuando la poca luz del sol ha desaparecido por completo, me ofrezco a comprar algunas cosas que se nos han terminado. Las calles están iluminadas por los faroles y los balcones repletos de flores. El aroma a pizza recién hecha se mezcla con la sal del mar. Compro algo de pan, mantequilla y un par de cosas más para el desayuno del día siguiente, además del famoso helado que el rubio ha pedido junto a una botella de vino.

De regreso, la noche ya había cubierto toda la costa.

Aprovecho para contestar algunos mensajes de Stephannie y Katherine y vuelvo a concentrarme en mi alrededor.

Siempre pienso que el mar es bonito durante el día, pero ahora, viéndolo de noche, y sobre todo al notar cómo las olas apenas pueden distinguirse entre la oscuridad y que no hay otra forma de imaginar su inmensidad más que por el sonido de estas, entiendo que estoy equivocada. La luna se refleja sobre el agua y casi parece perderse por completo hasta el horizonte.

La cabaña que Lorenzo ha alquilado se encuentra cerca de uno de los acantilados de Positano y, desde allí, puede verse perfectamente toda la costa. Es tan hermosa que a veces pienso que se trata de un sueño.

Subo los últimos escalones de piedra que llevan hasta la cabaña y frunzo el ceño al notar todo tan silencioso. Empujo la puerta con cuidado, mirando el interior completamente a oscuras.

—¿Mamá? ¿Lorenzo? —Doy un par de pasos—. ¿Dónde están?

De la nada, miles de luces cálidas comienzan a iluminar la sala, formando un camino que atraviesa toda la cabaña hasta la terraza. Parpadeo varias veces y dejo las bolsas sobre la primera silla que veo.

—¿Lorenzo? Vamos, no es momento de hacer bromas.

De nuevo, no hay respuesta. No más que el sonido del mar.

Sigo el sendero de velas con el corazón golpeando cada vez más fuerte y, cuando cruzo la puerta de la terraza, el aire acaricia mi rostro. La vista es impresionante. El acantilado cae varios metros hacia el mar y allí, junto a una de las barandas de madera de la terraza…

Mamá y él.

Frunzo el ceño mientras él permanece a su lado.

—¿Qué pasa aquí?

Mi madre me mira con una sonrisa enternecida.

—Creo… que alguien quiere decirte algo.

Bastan esas palabras para que el resto del mundo desaparezca. El rubio comienza a caminar hacia mí lentamente.

—Hay muchas cosas que quisiera decirte justo ahora —murmura —. Pero cada vez que te miro, las olvido todas. —Las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos—. Giovanna, durante mucho tiempo estuve perdido por el odio dentro de mi corazón, pero desde que te conocí, pude entender lo que se siente tener un hogar. —Toma mis manos entre las suyas—. Contigo descubrí que incluso alguien tan obstinado como yo merece una segunda oportunidad para ser feliz.

Respiro hondo.

—Quiero formar una familia contigo y, si algún día tenemos hijos, quiero que aprendan a amar la cocina mientras te miran a ti cocinar —suelto una risa entre lágrimas—, pero, lo más importante, quiero envejecer contigo.

Lorenzo suelta mis manos y, lentamente, se arrodilla. Detrás de él, mamá está llorando sin intentar ocultarlo. Lorenzo mete las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones y saca una caja pequeña. En su interior hay un anillo.

—Giovanna Greco… —Su voz tiembla—. ¿Me concederías el privilegio de seguir amándote el resto de nuestras vidas… y convertirte en mi esposa?

Las lágrimas no me dejan ver con claridad. Llevo ambas manos hasta mi boca mientras niego una y otra vez, incapaz de pronunciar una palabra. Toda mi vida pasa frente a mis ojos y, al final, aparece él. Lorenzo sigue arrodillado frente a mí, sus ojos verdes brillan con fuerza.

Sonrío entre lágrimas.

—¿Sabes cuál es el problema contigo, Lorenzo Moretti?

Parpadea, confundido.

Me arrodillo frente a él para quedar a su misma altura.

—Que cada día encuentras una forma para que te siga amando —respondo. Tomo la pequeña caja entre mis manos y asiento—. Claro que quiero casarme contigo.

La sonrisa que aparece en su rostro es, sin duda, la más bonita que he visto. Sus manos, ligeramente temblorosas, toman el anillo y lo deslizan con delicadeza por mi dedo. Encaja a la perfección.

Cuando termina, se pone de pie y me abraza con fuerza. Ambos reímos entre lágrimas. A nuestro alrededor solo existe el sonido del mar rompiendo contra el acantilado y los aplausos de mamá, que termina secándose las lágrimas con un pañuelo.

Apoyo la cabeza sobre el hombro de Lorenzo y observo el anillo que ahora descansa en mi mano.

Sonrío mientras entrelazo mis dedos con los suyos.

«Te amaré por toda la vida».

2

Giovanna

Amor a distancia.

Llevo casi once meses viviendo en Lyon, recorriendo cada mañana las calles adoquinadas hasta llegar al Institut Paul Bocuse, donde, gracias al premio de la competencia, tengo la oportunidad de estudiar junto a algunos de los mejores chefs del mundo. Han sido meses agotadores, aunque también maravillosos.

Por más que ame cocinar, descubrir ingredientes y aprender técnicas que jamás en mi vida imaginé utilizar, hay una parte de mí que sigue en Italia. El restaurante ha quedado en manos de Lorenzo durante mi ausencia, quien me tranquiliza con un beso y una de sus sonrisas.

—Todo irá perfecto.

Cada noche me envía fotografías del salón lleno y, con cada una de ellas, comienzo a extrañar absolutamente todo. Pero, sobre todo, lo extraño a él. Las videollamadas se han convertido en rutina, sin importar la diferencia horaria o el cansancio. Algunas noches, Lorenzo se queda dormido con el teléfono apoyado sobre la almohada mientras yo termino algún trabajo.

Es extraño, pero, de alguna forma, dormimos juntos aun estando a más de seiscientos kilómetros de distancia. El amor entre nosotros sigue igual.

Aunque no siempre las cosas van bien.

—Compré un boleto para el próximo fin de semana —dice con una sonrisa enorme al otro lado de la pantalla.

Frunzo el ceño.

—¿Un boleto?

—Voy a Lyon. Solo serán dos días.

Intento parecer contenta, pero mi sonrisa desaparece poco a poco.

—Lorenzo, la verdad es que no hace falta.

Él frunce ligeramente el ceño.

—¿Cómo que no hace falta?

—Estás ocupado con el Monroe, reuniones y varios clientes. ¿Crees que está bien viajar solo para estar conmigo cuarenta y ocho horas? —Niego despacio y llevo una mano a la frente—. Es una locura. No quiero que dejes todo eso por mí.

—No estoy dejando de lado nada. Solo quiero verte.

Siento un nudo en la garganta.

—Sería incómodo, a decir verdad.

Su expresión cambia y se cruza de brazos. Puedo ver una de sus venas acentuarse.

—¿Qué quieres decir con «incómodo»?

—Todos mis compañeros estarán aquí, incluso los profesores. Sería muy difícil vernos sin llamar la atención y...

—¿Entonces te molesta que tu esposo vaya a verte luego de once meses separados? ¿Es eso?

Abro los ojos de golpe.

—¿Qué? No, Lorenzo. Claro que no me refiero a eso.

—Es lo que parece.

—Solo intento que pienses un poco —suelto un suspiro—. Sería agotador.

Lorenzo desvía la mirada por unos segundos antes de volver a verme.

—¿Y qué importa?

—Importa porque no quiero ser una carga para ti.

—Nunca voy a entender por qué insistes en pensar eso.

Trago saliva.

—Porque te conozco. Soy consciente de todo lo que has hecho por mí. Sacrificas tiempo y luego están tus reuniones y...

—Y aun así, quiero ir.

El silencio es insoportable.

—Llevo meses despertándome sin ti. Once meses acostándome en esta cama que se siente tan vacía. Si para verte tengo que pasar horas en un avión, créeme que lo haría sin pensarlo dos veces. —Cierra los ojos—. Quiero sentirte, hablarte y besarte. Te necesito, Giovanna, pero te entiendo y estoy feliz porque estás realizándote como persona. ¿No podrías entenderme tú también?

Sus palabras salen con tanta calma que duelen mucho más que si hubiera elevado la voz. Bajo la mirada a mis manos, sin saber qué responder. Lorenzo suspira y se pasa una mano por el rostro.

—Será mejor que hablemos cuando ambos estemos más tranquilos.

—Lorenzo...

—Descansa. Hablamos mañana.

Por varios minutos permanezco mirando la pantalla apagada del teléfono.

Nunca antes habíamos terminado una conversación así.

No volvimos a hacer una videollamada desde la discusión de aquel día, no más que algunos mensajes. Cada vez que el teléfono vibra, espero ver la notificación de una llamada suya, pero esta nunca llega.

Más de una vez estoy a punto de presionar el botón para llamarlo yo misma, pero siempre termino dejando el teléfono sobre la mesa. Quizá sigue molesto, o quizá solo está dándome el espacio que le pedí sin darme cuenta. La simple idea hace que me duela el pecho.

Además, me guardo la idea de preguntarle a mi madre o a Katherine si han hablado con él. Las conozco tan bien que basta con que noten la preocupación en mi voz para comenzar a hacer preguntas. Lo último que quiero es preocuparlas por una discusión que, espero, podamos resolver nosotros solos.

Suspiro mientras guardo mis cuchillos dentro del estuche. Solo falta una clase. Una más. Y después vuelvo a casa.

∞∞∞

El aula huele a mantequilla, vino blanco y pan. La chef Morgan, encargada del programa durante aquel año, camina por las estaciones mientras observa cada preparación con la misma serenidad de todos estos meses.

—Vamos, chicos. Quiero que cocinen un plato con todo lo que aprendieron aquí.

Las horas pasan frente a mí mientras cocino, pero mi cabeza termina yéndose a otro lugar.

—Chef Giovanna. —Me sobresalto al notar a Morgan frente a mí —. La salsa.

Bajo la mirada y noto cómo está a punto de hervir.

—Lo siento.

Ella asiente y pasa hacia la siguiente estación. Yo suelto una bocanada de aire. Es el último día y, aun así, debo dar todo de mí. Me obligo a dejar de lado los malos pensamientos y a enfocarme.

Cuando la clase termina, los demás comienzan a despedirse.

—¡Te extrañaré tanto, Gio! ¡Por favor, debes ir algún día a Australia!

Sonrío mientras abrazo a Keyla, una de las amigas que hice allí.

—Iré con gusto.

Nos quedamos abrazadas unos segundos más antes de separarnos. Keyla sonríe mientras se limpia las lágrimas con el dorso de la mano. Suelto una carcajada. Keyla es tan sentimental.

Luego, cuando salgo del instituto y piso la calle, reconozco que Lyon continúa igual de hermosa que el primer día que llegué.

Mañana tengo que levantarme temprano para ir al aeropuerto y comprar un boleto de regreso a Italia.

A casa.

Solo pensar en ello me hace suspirar.

Quizás...

Mis pasos se detienen a unos cuantos metros de distancia. Parpadeo varias veces, creyendo que mi cabeza me está jugando una mala pasada, pero aquel hombre no desaparece. Sigue ahí, de pie, con las manos dentro de los bolsillos de su abrigo.

—¿Lorenzo?

—¿Sí, mi vida?

Cruzo la calle y lo abrazo. Rodeo su cuello con fuerza y escondo el rostro en su pecho. Siento su perfume y me doy cuenta de lo mucho que lo he extrañado.

—Pensé que estabas enojado conmigo.

—¿Enojarme contigo? —niega despacio mientras acaricia mi espalda—. No podría hacerlo nunca, Giovanna.

Me aparto un poco para mirarlo.

—Dejaste de hablarme.

Él sonríe y lleva su mano a mi mejilla.

—Pasé las últimas semanas adelantando trabajo y dejando mi agenda en orden para que el Monroe y mis restaurantes pudieran funcionar sin mí durante unos días. —Baja su mano y toma la mía—. Discúlpame, pero no podía soportar más tiempo sin verte.

Apoya su frente contra la mía.

—Te extrañé demasiado —susurro.

—Yo también.

Deja varios besos en mis mejillas hasta llegar a mis labios. Nos besamos sin prisas, disfrutándonos.

—¿Qué te parece si vamos al hotel?

—¿Al hotel?

—Sí. Tenemos que hablar mucho luego de un año separados.

Suelto una carcajada.

—¿Solo una conversación?

El rubio sonríe de lado, como un niño al que han pillado. Luego acerca su rostro hasta mi oído.

—Bueno, podemos empezar por la conversación y luego retomar otro asunto importante... —cierro los ojos al sentir una corriente atravesar mi cuerpo— y empezar a pensar como futuros padres.

Niego con la cabeza mientras el calor sube a mis mejillas. Pero, a pesar del latido de mi corazón, también siento una sensación que embarga todo mi cuerpo.

—Entonces no perdamos más tiempo.

Él sonríe como si acabara de recibir la mejor noticia de su vida. Me besa una vez más, toma mi mano y me guía por las calles de Lyon.

El futuro, *nuestro* futuro, ya no está separado por una pantalla ni cientos de kilómetros. Está justo a mi lado.

Y esta vez, pienso vivir cada uno de nuestros sueños junto a él.

3

Lorenzo

Hogar.

Durante mucho tiempo odié a mi padre, aunque a decir verdad, esa palabra le queda demasiado grande. Recuerdo con claridad las noches en que mi madre no dejaba de llorar mientras él no hacía más que dejar ahí, tirada en el suelo de aquella enorme mansión para luego irse tras otra de sus cuantas aventuras. Aquel infierno siguió dos años después del nacimiento de mi hermano menor. Hasta el día en que mi padre decidió irse de casa y de nuestras vidas para siempre. Se esfumó sin preguntar o llamar alguna vez. En ese momento entendí que moriría antes de volver a verlo, y que nadie iba a venir a salvarnos.

Mientras mi madre levantó una familia completamente sola, yo dejé de comportarme como un niño para ser el hombre de la casa mucho antes de tiempo. No me interesaban los juegos o las tardes tratando de ir tras la pelota como el resto de los niños, solo me interesaba una sola cosa: evitar que el dinero volviera a ser un problema.

Había hecho una promesa conmigo mismo de que mi familia jamás volvería a depender de nadie. Incluso de mi abuela paterna cuando apareció. Aquella no dejaba de traer regalos, preguntar por nuestras notas en la escuela, asistir a los cumpleaños e incluso ayudar a mi madre cuando las cosas eran realmente difíciles. Intentó llenar el vacío que aquel tipo había dejado.

Como si todo eso fuera suficiente para reparar lo que había pasado.

Como si ella o alguien pudiera apagar el odio que llevaba dentro. Porque el problema nunca fue Katherine, sino su apellido. El simple hecho de recordar el *Monroe* hacía que a mi mente vinieran miles de recuerdos, y la sospecha de que esa familia seguía adelante mientras la mía se había roto en mil pedazos.

Por esa razón me convertí en el mejor. Construí mi propio imperio: Aerum. Abrí un restaurante tras otro y dejé en claro que nadie tendría poder sobre nosotros una vez más. Sin embargo, y a pesar de cada nueva apertura que pasaba por mis manos, seguía sintiendo aquel vacío en mi pecho. Nada lograba llenarlo. Ni los premios, entrevistas o el reconocimiento en el mundo. Nadie podía quitar de mí esa sensación constante de rabia. Con los años, esa rabia se convirtió en mi reputación.

Los noticieros, periódicos y blogs no pararon de decir que, cuando Lorenzo Moretti visitaba un restaurante, su futuro estaba perdido y que una sola crítica bastaba para cerrar sus puertas. La verdad es que nunca me importó, después de todo… jamás en mi vida había conocido la compasión.

—Tengo algo que darte, te pertenece.

Cuando Katherine me contactó años después con el pretexto de darme una noticia importante, al principio no le creí. Pero en cuanto mis manos tuvieron aquel sobre, sonreí con ganas.

Dentro estaban los documentos de un restaurante.

El Monroe.

El último vínculo que seguía uniendo a la familia paterna con nuestro apellido, y del cual al ser el mayor de los hermanos —y teniendo en cuenta que ni Guillermo o Erick mostraron el mínimo interés—, me pertenecía.

Perfecto.

Podía tomar el último legado de aquel hombre y hacerlo desaparecer por completo. Borrar su rastro hasta los cimientos… pero solo había un pequeño problema.

Ella.

La primera vez que vi a Giovanna Greco pensé que todo terminaría rápido. ¿Quién es capaz de beber antes de una inspección? No hubo nada que no hubiera hecho adrede, y aun así,

había algo en ella que no dejaba de hacerme pensar. Katherine no dejaba de hablarme de una chef joven que amaba con todo su corazón al Monroe, por lo que quería comprobar si era tan buena como todos decían, para después destruir el restaurante sin el menor remordimiento.

¿Habré sido demasiado ingenuo? ¿Qué falló en mi plan? ¿En qué momento empezó a desmoronarse mi muro? ¿Acaso fue cuando levantó la vista para discutir conmigo?

Joder.

Ni todo el dinero del mundo habría podido prepararme para conocer a una mujer como ella. Giovanna no era de esas que podían comprarse con promesas o una cuenta bancaria llena de ceros. Ella no necesitaba alguien que la salvara, y en medio de ello, fui yo quien terminó necesitando cada vez más de ella.

—La deuda es enorme.

Guillermo hojea los documentos en el living de la casa de mamá. Hace minutos habíamos llegado del aeropuerto, donde había ido a recogerlos a él y Erick, quien permanecía en la cocina conversando con mamá.

—Si aceptas esto vas a invertir muchísimo dinero para recuperar muy poco. Económicamente no tiene ningún sentido.

Permanezco en silencio. El Monroe arrastraba una deuda tan importante que desde cualquier punto de vista, lo más inteligente sería dejarlo quebrar por sí solo. Sin meter siquiera mis manos en el fuego.

—Paga todas las deudas.

El de lentes frunce el ceño.

—¿Qué? ¿Me escuchaste?

—Quiero el restaurante completamente limpio, sin una sola deuda.

—Lorenzo, ¿eres consciente de lo que estás diciendo? Será una pérdida de tiempo y dinero —refunfuña, quitándose las gafas por segundos para masajear su sien—. ¿Para qué?

Intento encontrar una explicación lógica. Podía decirle que un restaurante sin deudas es mucho más valioso, y que así sería más sencillo venderlo y proteger la inversión. Pero nada de eso era verdad. No cuando mi cabeza no deja de traer recuerdos que no deberían estar ahí: Giovanna caminando delante de mí por las calles de Florencia, su manera de sacar pleito por todo y la forma en que sus ojos brillan cada vez que habla del Monroe, como si ese edificio de ladrillos fuera una jodida maravilla.

Sin darme cuenta, termino sonriendo también.

—Esto no puede ser. —Guillermo apoya un codo sobre el respaldo del sofá.

Levanta la vista, sin entender.

—¿Qué sucede?

—Eso mismo estoy por preguntarte, hermano. —Suelta una risa y alza una mano antes de poder hablar—. Hace tantos años que no te veo sonreír y eso me hace preguntarme quién es la mujer que te tiene así. Tan… enamorado, como para pagar la deuda del mismo lugar que llevas meses deseando destruir.

Miro hacia un costado, y él no insiste, no cuando Erick lo llama.

Siento un peso extraño en el pecho cada vez que imagino aquellos ojos marrones al poder enterarse, y ya no me produce nada de satisfacción. Es una sensación nueva para mí, y eso es un problema.

No paro de pensar en que, luego de años, el odio en mi corazón comienza a perder contra una mujer.

∞∞∞

Abro los ojos al instante ante un llanto suave.

Por segundos permanezco sin moverme, acostumbrándome a la oscuridad de la habitación hasta que escucho otro pequeño quejido proveniente del cuarto de al lado. No pasa mucho tiempo antes de que Giovanna, a mi lado, comience a moverse.

—Voy yo —susurro. Ella intenta protestar y deposito un beso sobre su frente antes de levantarme de la cama—. Sigue descansando. Ya has hecho demasiado por hoy.

La habitación de nuestra hija está iluminada por una pequeña lámpara en forma de luna. Cuando me acerco a la cuna, dos enormes ojos marrones con algunas lágrimas en los párpados me observan de inmediato.

Sonrío y, en cuanto la tomo entre mis brazos, deja de llorar.

—Hola, princesa. Llegó papá.

Me sorprende lo pequeña que es y cómo una persona tan diminuta puede ocupar un espacio tan inmenso dentro de mi pecho. Camino hasta la cocina y tomo uno de los biberones listos.

—No puedes seguir despertando a mamá cada dos horas, ¿sí? Tenemos que dejarla dormir un poquito. —Mueve las manitos en el aire, casi como si quisiera responderme. Suelto una risa—. Sí, ya sé. Tú eres quien manda en esta casa, Chiara.

Voy al salón y me siento junto a la ventana. Afuera, los copos comienzan a llenar el jardín. Las luces del árbol de Navidad siguen encendidas, reflejándose sobre el cristal, recordándome que aquella es nuestra primera Navidad como familia.

Le doy el biberón y no tarda en beber con desesperación.

Bajo la vista hacia ella y siento un nudo en la garganta. Y pensar que toda mi vida tuve miedo de parecerme al hombre que nos abandonó a mis hermanos y a mi madre, de repetir su historia y convertirme en alguien incapaz de amar.

Me inclino y beso con cuidado sus mejillas regordetas.

—Nunca te faltará nada mientras yo respire, mi pequeña princesa —susurro—. Nunca conocerás el abandono ni tendrás que preguntarte si papá volverá a casa, porque yo siempre estaré aquí.

Chiara parpadea y una de sus manos toma mi dedo, sujetándolo con fuerza. Quiero permanecer ahí durante mucho tiempo, pero cuando escucho unos pasos acercarse, levanto la vista. Giovanna está apoyada en el marco de la puerta, envuelta en una manta.

—Te dije que descansaras.

—Lo intenté, pero no pude.

Se acerca despacio y se sienta a mi lado, apoyando la cabeza sobre mi hombro. Ambos miramos a la bebé con adoración mientras afuera la nieve sigue cayendo. Podría permanecer horas ahí y jamás podría cansarme de estar junto a ellas, de tenerlas a mi lado. Ellas dos son mi mejor regalo, lo que durante tanto tiempo he anhelado sin darme cuenta.

Beso a Giovanna y luego vuelvo la mirada a nuestra hija.

Sonrío.

Aquel niño que jura no volver a necesitar a nadie finalmente puede descansar. Porque, al final, ha encontrado algo mucho más fuerte que el odio…

Mi familia.

Agradecimientos

Vaya, llegamos aquí y si ya me conocen sabrán que se me da fatal este último apartado, principalmente porque siento que no hay páginas suficientes para agradecer a cada una de las personitas que dieron vida a este proyecto. La historia de Giovanna y Lorenzo empezó mucho antes, cuando estaba incursionando en Wattpad y claro, en mi primera novela. Incluso ahora mismo pueden encontrarla, aunque con una trama diferente y con muchos (pero vamos, demasiados) errores normales en una adolescente que solo escribía por diversión y nada más.

¿Cómo y por qué se me ocurrió escribir la novela? La verdad es que tenía buen rato queriendo escribir una historia cortita pero llevadera de leer, una que sea un alivio cuando quieres leer algo cute y lleno de romance ligero. Entonces, me acordé de *«Pruébame»* —el título original de la trilogía (que ya no es trilogía)— y dije *«¿por qué no la reescribo y hago un libro autoconclusivo?»* ¡Y así nació *«Pruébame y Sedúceme»* , o al menos un poco de ella. Hubo muchos cambios en escenas, personajes, trama en general hasta llegar a la historia que acabas de leer.

¿Pero… por qué en la cubierta dice serie cartas de amor, Lor? Pues… no me puedo resistir a escribir este tipo de romance, así que tal y como leyeron, habrá más libritos luego de este con este mismo formato: cortito y adictivo de leer. ¿Cuándo será publicado el siguiente? Pues ahí les debo la respuesta. Como saben, tengo otros proyectos simultáneos, por lo que todo a su tiempo.

Ahora, si dejamos de lado la historia en sí y nos fijamos en los personajes, puedo decir con seguridad que Lorenzo será uno de los protagonistas masculinos que se quedarán conmigo durante mucho tiempo. Su calidez, personalidad e inseguridades hacen que lo ame

sin importar todas las cositas que pudo haber hecho (que mi niño estaba lastimado, oye). Adoro con locura ver a hombres llenos de supuesto *«control»* perder la razón por una mujer, y si esa mujer es Giovanna, puff, premio doble.

¡Los extras fueron un plus para la historia! y claro, parte de un *«acoso»* por parte de mis lectoras beta, a las que amo con todo mi corazón.

Y ya que hablamos de lectoras beta, debo darle las gracias a cada una de ustedes chicas. Sus consejos y recomendaciones hicieron que el libro alcanzara su máximo esplendor, sobre todo a mi mejor amiga Milagros, quien confía en cada uno de mis escritos a pesar de lo locos que estos son. Por otro lado, agradecer a William Invernoz, el corrector de este proyecto. Gracias por tomar este manuscrito y pulirlo, soportando mis horrores en la gramática, sin ti, creo no sería posible esto. ¿Vieron la maquetación? ¡¿La vieron en verdad?! Toda esta maravillosa obra de arte es gracias a **Cherlys, (bookssdesign__)** mi maquetadora. ¡Haces demasiado arte, querida!

Claro, ¿cómo se me puede olvidar agradecer a mis dos gatitos Piolin y Silvestre? Estos peludos son mis guardaespaldas personales cuando escribo a altas horas de la madrugada.

Gracias a mi familia, a mis padres que están en Venezuela y aun así, no dejan de decirme una y otra vez lo orgullosos que están de mí. A mi familia, a cada una de las lectoras que me siguen y dan su apoyo incondicional. Gracias a cada uno de los artistas que participaron en esta obra, sigan a ***@pillow_ref*** y pídanle comisiones.

Por último, pero no menos importante, gracias a mi pareja. Eres un hombre increíble que apoya todos y cada uno de mis sueños, y solo espero que siempre podamos estar juntos, sin importar que sea en esta vida o en otra.

¡Gracias a ti, lector! Por leer estas páginas y por apoyar mi carrera como escritora. Nos vemos en otra entrega. Ahora, ¿qué esperas?

¿Romance? ¿Fantasía? ¿O algo un poco más oscuro?

Sobre la autora

L.M.R. BELLO (2003) es una escritora venezolana radicada en Argentina, amante de las tramas que esconden algo más de lo que aparentan.

Sus primeros pasos como autora los dio en **Wattpad,** donde comenzó a compartir sus historias y a construir una comunidad de lectores que la acompañaría hasta su llegada a **Amazon**. Su debut**, INK CHAINS**, marcó el inicio de una nueva etapa y de un público que espera con entusiasmo cada una de sus historias.

Escribe romance y fantasía sin demasiadas ganas de seguir las reglas, llevando a sus lectores por mundos fantásticos, escenarios peligrosos y relaciones intensas donde nada es completamente blanco o negro.

Aunque disfruta adentrarse en lo oscuro, **L.M.R. BELLO** no se cierra a un único subgénero. Puede escribir desde una historia de fantasía hasta un romance capaz de arder en las páginas, siempre con tres cosas imposibles de negociar: romance, pasión y spicy.

Instagram: @lmr.bello_autora